Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VII SEPTIEMBRE DE 1923 NÚMERO 3

INTER-AMÉRICA

EL propósito de INTER-AMÉRICA es contribuir a la comunidad de ideas entre los pueblos de América, concurriendo a vencer la barrera del lenguaje, que tiende a separarlos. Se edita alternativamente, un mes en español, comprendiendo artículos traducidos de la literatura periodística de los Estados Unidos y el Canadá, y otro en inglés, traduciendo igualmente artículos publicados por la prensa de las naciones americanas de habla española o portuguesa.

INTER-AMÉRICA sirve así de vehículo para la difusión internacional de artículos que ya hayan circulado en los diferentes países. No publica artículos originales ni editoriales propios. Traduce simplemente lo que se haya publicado, sin hacerse responsable por las ideas en ellos expresadas, de manera que el lector de las diversas naciones americanas tenga fácil acceso al pensamiento corriente en cada una de ellas.

INTER-AMÉRICA se ha fundado a instancias de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, uno de cuyos objetos es cultivar sentimientos amistosos entre los habitantes de países diversos y fomentar la buena inteligencia y la comprensión mutua entre las diferentes naciones.

INTER-AMÉRICA se redacta en 407 West 117th Street, Nueva York, quedando la impresión y reparto a cargo de la casa editora de Doúbleday, Page y Compañía, de la ciudad de Nueva York.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

INTER-AMÉRICA inglesa (6 números)	$ .80 anuales
INTER-AMÉRICA española (6 números)	.80 anuales
INTER-AMÉRICA inglesa y española (12 números) .	1.50 anuales
Número suelto de cualquiera edición	.15 cada uno

Diríjase toda la comunicación a

INTER-AMÉRICA

407 WEST 117TH STREET NEW YORK, E. U. DE A.



Inter-América

Órgano de Intercambio Intelectual
entre los Pueblos del Nuevo Mundo



Sumario:

DOUBLEDAY, PAGE & COMPANY
NUEVA YORK

ESPAÑOL: VOLUMEN VII SEPTIEMBRE DE 1923 NÚMERO 3

DATOS BIOGRÁFICOS

SOBRE LOS AUTORES DE LOS ARTÍCULOS QUE APARECEN EN ESTE NÚMERO

J. ÁRTHUR M. RÍCHEY nació en Prince Édward's Island, Canadá, 21 de febrero de 1871; fué fundador de *The American Catholic* y director de la misma publicación por cierto número de años; más tarde dirigió la revista *The Western Catholic* y durante los seis años recientemente transcurridos ha sido administrador y director de *The Lamp, The Antidote* y otras publicaciones religiosas; es autor de numerosos artículos publicados en *America, The Catholic World, The Western Catholic,* etcétera.

RÓBERT M[ÁLCOLM] GAY nació en Brooklyn, Nueva York, 15 de febrero de 1879; recibió su educación en el Polytechnic Institute of Brooklyn, Nueva York, y en la Columbia University; enseñó en escuelas particulares desde 1901 hasta 1909; ha sido profesor de inglés en el Simmons College, Boston, Massachusetts, desde 1918; colabora en *The Atlantic Monthly,* y es autor de *Writing Through Reading.*

RÓBERT HÉRRICK nació el 26 de abril de 1868; recibió su educación académica en la Hárvard University; ha sido profesor de retórica en el Massachusetts Institute of Technology, Boston, Massachusetts, y, desde 1905, profesor de inglés en la University of Chicago; es autor de *The Man Who Wins; Literary Love Letters and Other Stories; The Gospel of Freedom; Love's Dilemmas; The Web of Life; The Real World; Their Child; The Common Lot; The Memoirs of an American Citizen; The Master of the Inn; The Healer; His Great Adventure; The Conscript Mother;* etcétera.

RÁYMOND GÁRFIELD GETTELL nació en Shíppensburg, Pensilvania, 4 de marzo de 1881; recibió sus grados en la escuela normal del estado, en el Ursinus College, Cóllegeville, Pensilvania, y en la University of Pennsylvania; fué instructor en la escuela normal del estado, Shíppensburg, Pensilvania, en el Ursinus College, y profesor de historia y economía en el Bates College, Léwiston, Maine, profesor de historia y ciencias políticas en el Trinity College, Hártford, Connécticut, profesor de ciencias políticas en el Ámherst College, Ámherst, Massachusetts, y profesor de ciencias políticas en los cursos de verano de otras universidades; es autor de *Introduction to Political Science; Readings in Political Science; Problems in Political Science;* y de numerosos artículos periodísticos.

E. W. BURGESS es profesor de sociología en la University of Chicago, y ha colaborado con el profesor R. E. Park en la obra titulada *Introduction to the Science of Sociology.*



Inter-América

SEPTIEMBRE DE 1923

ESPAÑOL: VOLUMEN VII



NÚMERO 3

LA RAZA HUMANA: SU UNIDAD DE ORIGEN

POR

J. ÁRTHUR M. RÍCHEY

La raza humana, a pesar de todas las diferencias de color, lenguaje, costumbres, tiene un mismo y único origen, y este origen es un origen divino. Las facultades físicas, mentales y espirituales del hombre funcionan análogamente bajo análogas favorables condiciones. Tal es el tema que desarrolla el autor de este artículo. Analizando los principios de la historia desde la creación del hombre, fundándose y comparando las diversas cronologías antiguas y las opiniones de sabios antiguos y modernos, llega a la conclusión de que la dispersión de la raza humana se produjo solamente después del diluvio, habiendo sido hasta entonces su residencia el valle y los alrededores del Eufrates. Ello revela su descendencia común de un mismo tronco. A despecho de las divergencias y querellas a que sus humanas características le han arrastrado, espera el autor que, en virtud de su origen divino, busque de nuevo el hombre su fin verdadero en Dios, alcanzando aquella unidad de propósito y de acción que debe distinguir a los miembros de la gran familia humana.—LA REDACCIÓN.

EL NOTABLE discurso del presidente Hárding en el sur de los Estados Unidos sobre la cuestión de razas hace que la atención se concentre de nuevo en los principios fundamentales que sirven de base a las diferencias o desigualdades étnicas y sociales. La diferencia es más que superficial; es la diferencia de temperamento, que se encuentra a menudo tanto entre los individuos de una misma familia o los pueblos de la misma raza como entre los pueblos de raza distinta. Existen muchas cosas que son esencialmente humanas, y que siempre lo han sido. Es humano el errar; es humano el disentir; es humano, bajo la presión de las circunstancias, dejar que la pasión se sobreponga a la razón, y así sucesivamente. Todos estos elementos de diferencia, por otra parte, estimulan la afinidad del espíritu, la asociación en grupos, tribus y naciones. Abundantes testimonios de este hecho se encuentran en el estudio de las tribus indias y las naciones de los primeros tiempos de la América del Norte; también los encontramos en la organización del sistema feudal en Europa, que brotó de la edad esencialmente militarista que siguió a la caída del imperio romano. Las naciones europeas fueron creadas sobre el sistema feudal, y aun cuando aquí y allá existía desde épocas antiguas un núcleo que podría calificarse de entidad nacional en embrión, no constituyó factor dominante en la organización de los estados de Europa.

En los gobiernos democráticos el pueblo tiene voto por lo general; pero ningún hombre cuerdo sostendrá que el sufragio universal aporta la igualdad económica, que depende de las leyes de la inteligencia, oportunidad e iniciativa a que toda raza puede aspirar siempre que posea la habilidad necesaria. La prosperidad económica

conduce a menudo a la supremacía política, del mismo modo que la conquista un progreso marcado en el terreno de la educación, la literatura y otros ramos. El prestigio político e intelectual representa el escabel que nos permite aproximarnos a la "igualdad" social; y así hemos visto a un israelita desempeñando el puesto de primer ministro en Inglaterra, a un negro, licenciado en artes, cenando con el presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca, y que el "lirio de los iroqueses" fuera canonizada por la iglesia católica. Sin embargo, las excepciones no establecen la regla. Es difícil decir lo que constituye la igualdad social. En casos individuales, es principalmente cuestión de criterio personal; en sentido más amplio, como en aquello que se relaciona con muchos de nuestros primeros colonos, fué resultado de las circunstancias. Mas las convenciones sociales tienen cierta manera de levantar sus propias barreras y establecer, en medida considerable, sus propias normas de igualdad social, que no solamente están confinadas por la línea de color, sino muchas veces también por el grado de riqueza, educación, tacto, atractivo personal y otros mil requisitos. Las excepciones a la regla general son numerosas, no obstante, y bastan para establecer el hecho de que, por más que las edades hayan pasado sobre la raza humana presenciando sus divergencias, continúa siempre siendo la misma raza humana con las mismas facultades físicas, mentales y espirituales que funcionan análogamente bajo iguales favorables condiciones. Esto es prueba suficiente de la unidad de la raza humana según aparece en nuestros días, la cual no reside en los caracteres accidentales de divergencias políticas, religiosas, educativas, económicas o sociales.

I

HAY dos teorías acerca del origen de las especies biológicas: la monogénica y la poligénica. Estas dos teorías se han estudiado en el esfuerzo de resolver el problema de las diversas razas humanas. En razón de ciertas diferencias superficiales que aparecen más o menos permanentemente, la teoría poligénica, que atribuye diferente origen a las divisiones principales de la raza humana, fué adoptada por algunos sabios; la teoría monogénica es, sin embargo, la hipótesis más generalmente aceptada.

Brinton, famoso biólogo y egiptólogo, dice con referencia al origen de las razas: "La teoría de un origen único es la más simple, y la regla del razonamiento científico es adoptar siempre la hipótesis más simple cuando basta para explicar los hechos. En vista de estas consideraciones, la mayor parte de los antropólogos, tanto en Europa como en América, se inclinan a favorecer la opinión de que la especie humana brotó en una sola localidad, extendiéndose de allí sobre toda la faz de la tierra."

El mismo Darwin escribió, y creo que fué ésta una de las cosas más racionales que dijo acerca del origen de las especies: "Todas las razas humanas se asimilan en tantos detalles insignificantes de su estructura y en tantas peculiaridades mentales que solamente puede encontrarse la explicación en la herencia de un progenitor común."

No se elegiría tal vez a ninguno de los caballeros citados como defensor del "concepto ortodoxo;" pero sus declaraciones tienen valor especial desde el punto de vista de una seria investigación científica, y como representantes de la opinión de "casi todos los antropólogos." Y, puesto que prácticamente todos los antropólogos y cronólogos reconocen el valor testimonial de *La biblia*, es interesante observar que la diagnosis de ambos sabios corresponde esencialmente con el texto de los *Actos de los apóstoles*: que Dios "hizo de una *misma* sangre a todas las naciones de los hombres, para que habitasen sobre toda la haz de la tierra."[1] La conformidad de concepto en testigos dignos de crédito, y separados por un lapso de cerca de dos mil años, representa una prueba de extraordinaria importancia, particularmente cuando se arriba a la misma conclusión por diferentes métodos de razonamiento: el uno biológico, el otro antropológico y el otro, evidentemente, tradicional. Para establecer mejor todavía el método de razonamiento tradicional, puede recordarse el versículo décimonono del capítulo noveno del *Génesis*, que dice:

[1] *Actos*: capítulo XVII, versículo 26.

"Estos tres son los hijos de Noé, y de éstos fué llena toda la tierra." Aquí se establece, por lo menos, la antigüedad del concepto tradicional, en tanto que la única cronología antidiluviana que ha llegado hasta nosotros hace remontar su origen hasta Adán. El hecho de que ninguna cronología de otro pueblo alguno se extienda tan atrás confirma por sí mismo el concepto tradicional; y cuando Darwin establece virtualmente dicho concepto estudiando el proceso biológico, y Brinton, entre muchos otros, llega a idéntico resultado mediante investigaciones antropológicas, el valor testimonial de la tradición adquiere enorme importancia. La tradición se había aceptado por motivos de fe, pero ha quedado confirmada por investigaciones científicas que no tendían a afirmarla. El elemento esencial de la verdad es que sea *verdadero,* y su comprobación, en pro o en contra, ha sido el incentivo principal para el desenvolvimiento de las ciencias naturales y de la educación superior.

II

BRINTON dice que las investigaciones científicas más avanzadas tienden a demostrar que "el lugar de la aparición del hombre estuvo situado en algún punto de la vasta cadena de montañas que se extiende en línea casi ininterrumpida desde la costa septentrional de España en dirección al este hasta el Himalaya. . . . Hay mayor razón de conjeturar que fué en aquella localidad donde apareció el ser humano, más bien que en algún sumergido continente (la Atlántida, o la Lemuria de Háeckel)."

Las montañas del Himalaya forman el baluarte meridional de las mesetas del Tibet, separándolas de las bajas planicies del norte de la India. Precisamente al sur de los montes del Cáucaso se encontraría el término medio entre los dos extremos indicados por Brinton y varios otros; y, en efecto, ésta es la misma sección que describe el *Génesis* como lugar donde se hallaba situado el "huerto del Edén." La vegetación exuberante del saludable clima del Cáucaso, con el Mar Caspio al este y el Mar Negro al oeste, ofrecía ciertamente condiciones ventajosas para el advenimiento del hombre. De la narración bíblica no se deduce que el "huerto" del Edén fuera el Edén entero. El relato del segundo capítulo del *Génesis,* tomado en conjunto, presupone un extenso territorio, un dominio, como si dijéramos, destinado a señorío del hombre. El primer hombre aparece en la descripción dando nombres a muchas fieras, reses y aves, lo cual hace presumir una vasta extensión de terreno. Además, el río que salía del Edén "se repartía en cuatro cabezas" o corrientes, de las cuales se dan los nombres: el Eufrates, el Tigris o Hiddekel, y los tributarios más pequeños, el Gijón y el Fisón. Estos ríos se convierten en uno que desemboca en la extremidad septentrional del golfo de Persia. La descripción del *Génesis* coloca probablemente el Edén al oeste de la frontera entre Persia y Turquía, cerca de la confluencia del Eufrates y el Tigris, aproximadamente a ciento veintiún kilómetros al noroeste del golfo de Persia y a unos cuantos kilómetros al sur de los montes del Cáucaso; pero, de todos modos, dentro del extenso ámbito marcado por Brinton. Está ahora generalmente admitido que Babilonia tiene historia más antigua que la de Egipto; y Babilonia se extendía a lo largo del Eufrates por varios centenares de kilómetros, encontrándose asimismo situada a mitad de la distancia entre el golfo de Persia y el monte Ararat, donde se dice haber encallado el arca. Todo esto viene a establecer estrecha relación entre los restos humanos más antiguos que se hayan descubierto y la sección de la tierra que *La biblia* atribuye geográficamente al Edén.

III

LA CRONOLOGÍA de *La biblia,* remontándose más atrás que cualquiera otra cronología conocida y teniendo al mismo tiempo caracteres de autenticidad, salvo algunas probables omisiones, debe, razonablemente, asumir prioridad sobre todas las demás cronologías, tanto en antigüedad como en exactitud; no existe cronología babilónica, egipcia o china de reconocido mérito que pueda compararse con la de *La biblia* en estos respectos. Es pertinente, por lo tanto, referirse a la narración bíblica en cuanto a la luz que pueda arrojar sobre la división de la tierra, la dispersión de sus habitantes y el nacimiento de las diversas

lenguas; será pertinente también examinar la relación de los pueblos más antiguos de la tierra ateniéndose a los datos así suministrados.

Asumiendo, en primer término, que la humanidad tuvo un origen común y un centro común, debe deducirse que, al menos durante período considerable, los hombres emplearon un idioma común. El capítulo undécimo del *Génesis* comienza con estas palabras: "Era entonces toda la tierra de una lengua, y de unas *mismas* palabras." Esto sucedía después del diluvio. Antes del diluvio no se encuentra nada a propósito de diferentes lenguas ni naciones. Aparte de las genealogías y eventos relatados en los capítulos que se refieren a la historia original del hombre primitivo, puede decirse que la substancia está comprendida en los primeros cuatro versículos del *Génesis,* capítulo sexto: "Y acaeció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la haz de la tierra, y les nacieron hijas. Viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomáronse mujeres escogiendo entre todas. Y dijo Jehová: *No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne: mas serán sus días ciento y veinte años.* Había gigantes en la tierra en aquellos días; y también después que entraron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos, éstos fueron los valientes, que desde la antigüedad fueron varones de nombre." A continuación sigue un breve relato de la maldad creciente de los hombres, la preparación del arca, y el diluvio. Como los hombres antidiluvianos habitaban el valle del Eufrates, y se cuenta que inventaron el arpa y el órgano y muchos instrumentos de hierro y bronce, es muy posible que excavaciones hechas en aquella región hayan descubierto algunos restos del hombre antidiluviano, atribuyéndolos erróneamente y sin mayor evidencia al pueblo de Babilonia que ocupó más tarde el mismo territorio. En cuanto a la universalidad del diluvio, la ciencia ha comprobado que existía tal abundancia de seres prehistóricos físicamente adaptados para sobrevivir a la lucha por la vida y que han desaparecido, que se hace necesario cataclismo de las proporciones del diluvio para explicar esta desaparición; del mismo modo que la mitología común a las razas más primitivas con respecto a los "hijos de los dioses" y los dragones y los gigantes que servían de tema a los fantásticos relatos que nos extasiaban en la niñez, y que los hombres de ciencia han comprobado, demuestran que la realidad es mucho más extraña que la ficción.

La historia posterior al diluvio comenzó con los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, sus mujeres y sus hijos. El décimo capítulo del *Génesis* nombra las líneas principales de su descendencia por varias generaciones, y concluye con estas palabras: "Éstas son las familias de Noé por sus descendencias, en sus naciones: y de éstos fueron divididas las naciones en la tierra después del diluvio." Esta división, de acuerdo con el versículo vigésimo quinto, se realizó en los días de Faleg, o sea, la quinta generación de Noé en la línea de Sem; Sem fué el padre de las tribus o naciones semíticas.

Queda por establecer la relación entre los descendientes de Sem, Cam y Jafet y los pueblos primitivos, como los babilonios y los egipcios, que aparentemente procedieron de ellos. Pero es igualmente importante indicar la probabilidad de que muchas omisiones, a veces de generaciones enteras, ocurren en la cronología bíblica. En su *Early History of the Hebrews,*"[2] hace observar el profesor Sayce que "hijo, en el idioma semítico, equivalía a menudo a descendiente." Por ejemplo, el capítulo primero, versículo octavo del *Evangelio según San Mateo,* dice: "Joram engendró a Ozías," aunque entre los dos intervinieron Ocosías, Joab y Amasías. Análogas omisiones conocidas ocurren en el libro primero de los *Paralipómenos,* capítulo sexto, y en muchos otros pasajes de *La biblia.* Mientras más antigua es la cronología más probable es que ocurran tales omisiones. No es necesario asumir, por lo tanto, que sólo hubieron cinco generaciones entre Noé y la división de la tierra arriba mencionada. J. A. Hówlett, autoridad católica, y probablemente conservador, hace notar las grandes diferencias que se encuentran en las cronologías hebrea, sama-

[2]Página 144.

ritana y la versión de los *Setenta*, y declara: "Puede afirmarse sin temor que no ha llegado todavía el tiempo para establecer una cronología autorizada de *La biblia*." El propósito que aquí perseguimos es establecer la secuencia de las cronologías más antiguas, más bien que intentar la tarea imposible de suplir sus omisiones. Comenzaremos, por lo tanto, con los pueblos semítico y camítico, proponiéndonos demostrar que los pueblos de Babilonia y Egipto procedieron de ellos.

Morris Jástrow no vacila en declarar que el lenguaje babilónico es lenguaje semítico, y que el pueblo babilónico es un pueblo semítico, de cuyo origen sigue las huellas hasta el valle del Eufrates, residencia original de los semitas. Éste es ciertamente el concepto más lógico, aunque el escritor sugiere también la hipótesis de que el África pueda haber sido el "punto de partida" de la lengua y emigración semíticas. Esta hipótesis parece bastante avanzada; pero si el escritor aludido enganchó el caballo a la zaga del carro, es indudable que por lo menos realizó el enganche, cuando dice: "Factor importante en esta teoría es la relación que se ha demostrado existir entre el idioma egipcio y el semítico, conexión tan estrecha que justifica la presunción de un origen común en ambos pueblos, siendo el lenguaje egipcio una combinación de raíces semíticas mezcladas con elementos camíticos." Si esto prueba algo, sería que el idioma egipcio fué derivado de los descendientes de Sem y de Cam, y que el punto de partida de la emigración debe haber sido la región donde se establecieran los hijos de Noé y sus descendientes inmediatos, o sea, el valle del Eufrates.

Se infiere generalmente que las naciones europeas descienden de Jafet, el tercero de los hijos de Noé. La manera de escribir Jafet en hebreo es *Yepheth*, y se le ha identificado a menudo con Iapetus, a quien la mitología griega considera el ascendiente de la raza humana. Esto indicaría que, siendo el monte Ararat el punto inicial y común de partida a raíz del diluvio, los descendientes de Jafet se diseminaron en dirección norte y noroeste, en tanto que los de Sem y Cam se extendieron hacia el sur, a través de Babilonia, en ambos lados del golfo Pérsico, internándose en Arabia y el Egipto.

La tradición hebrea, bien establecida con anterioridad a la época del rey David, asumía que el Egipto era la tierra de Cam. Dos veces es mencionado así en los *Salmos*, como cosa sabida. Dos de los hijos de Cam fueron Canaan y Mizraím. Desde la región del monte Ararat no había sino una jornada de unos cuantos kilómetros al mar Mediterráneo, donde los canaanitas se establecieron, y dos o tres mil kilómetros más conducían al delta del Nilo, vía de comunicación para la fundación de un nuevo pueblo que no se llamó al principio Egipto, ni sus habitantes egipcios: entre los hebreos fué conocido como Mizraím, y entre los asirios como Miisri o Misri; y como Mizraím era también el nombre del hijo de Cam, el nuevo pueblo se llamó también la tierra de Cam. El nombre de Egipto fué adoptado mucho tiempo después, derivándose del griego **Αἴγυπτος**, que parece ser de origen incierto. Indicios de importancia considerable tienden a demostrar que existían elementos semíticos y camíticos en Asiria, Babilonia y Arabia. Saba es un nombre que se encontró repetidas veces entre los descendientes de Cam, y en fecha remota existía una ciudad de este nombre en la Arabia meridional, que llegó a ser más tarde la capital de un reino; y la reina de Saba visitó a Salomón. Pero no nos referimos ahora a conexiones tan recientes.

Todo parece indicar una base original semítica en las regiones que más tarde fueron conocidas como Babilonia. Babel ha sido identificada con Babilonia, muy lógicamente al parecer. El nombre hebreo era *Babel*, probablemente derivado de *babili* (puerta de los dioses); Babilonia es la forma griega de la palabra Babel. Sir Henry Ráwlinson identificó Babel con las ruinas llamadas hoy Amrán, que se encuentran dentro de la misma ciudad de Babilonia; pero más generalmente se la identifica con Birs Nimrod en Borsippa, que se convirtió en suburbio de la gran metrópoli. Sea como quiera, los documentos más antiguos de Babilonia hablan de los semitas, y antes de aquella época los semitas hablan de sí mismos en documentos más antiguos, transmitidos a través de las edades.

En cuanto a la división mogólica de la

raza humana, hemos de atenernos a documentos no tan extensos, o por lo menos, no tan antiguos como los de Babilonia y Egipto; pero se ha establecido asimismo la conexión de un origen común entre la lengua china y la babilónica y egipcia. Lyon dice: "Las formas más antiguas de escritura, tales como el sello de Sargón de Akkad y las inscripciones encontradas por de Sarrec en Tello, se leían verticalmente, si bien la secuencia de las columnas era de derecha a izquierda. Cambiando las columnas o líneas a posición horizontal, la escritura de los antiguos tiempos vino a leerse de izquierda a derecha, como el inglés. Así el lenguaje asirio y el etiópico llegaron a diferir de las demás lenguas semíticas que se leen de derecha a izquierda. Los ejemplares más antiguos de la escritura egipcia se leen asimismo de arriba abajo, como sucede todavía con la escritura china." Expresa también más adelante que "el uso de muchos caracteres chinos representando objetos, hace que la escritura japonesa sea exactamente análoga al método asirio-babilónico." Róbert Lilly dice: "La historia demuestra que el pueblo chino ocupó aquel territorio en período muy remoto, apareciendo como una partida de inmigrantes de algún lugar del Asia central; y recientes investigaciones parecen indicar que Babilonia fué su residencia original."

No pretendo extenderme aquí, como fácilmente podría hacerse, sobre los numerosos y diversos eslabones de conexión que existen entre los pueblos más antiguos de la tierra; es suficiente haber indicado, con cierto grado de precisión, la convergencia retrospectiva de todos los orígenes étnicos hacia el lugar del origen común de la humanidad, el cual, según múltiples y autorizados testimonios, parece quedar determinado en el centro general que tiene el monte Ararat al norte y el Edén al sur, siendo Babel el punto inicial de la distribución.

IV

ESBOZADA ya en términos generales la relación existente entre las razas humanas, el examen de las cronologías debe confirmar esta relación; y, a mi entender, la confirma.

Las cronologías más antiguas de la raza humana están gobernadas, como la teoría de Einstein, por la fuerza de la relación recíproca. La cronología bíblica de Ússher asumía que no faltaba ningún eslabón en la cadena genealógica; pero en oposición a la fecha que él señala para la creación del hombre, o sea 4004 antes de Jesucristo, está la versión de los *Setenta,* que la extiende a 5199 antes de Jesucristo. J. A. Hówlett, cronólogo católico, dice: "Se han sugerido por lo menos doscientas fechas diferentes, fluctuando entre 3483 y 6934 antes de Jesucristo, basadas todas en la suposición de que *La biblia* nos autoriza para establecer el punto. Pero esto está muy lejos de ser cierto." Y más adelante: "La iglesia no coarta la libertad de los sabios para examinar esta materia y formar el juicio más aproximado que sea posible con ayuda de la ciencia. Evidentemente, no concede influencia decisiva a la cronología de la *Vulgata,* versión oficial de la iglesia occidental, puesto que en el *Almanaque* para el día de Navidad la creación de Adán figura en el año 5199 antes de Jesucristo, que es la fecha establecida por la versión de los *Setenta.* Es indiscutible, sin embargo, que no podemos limitar los días del hombre sobre la tierra al período que generalmente se ha señalado; mas, por otra parte, tampoco podemos dejarnos arrastrar a las extravagantes conclusiones de algunos sabios. F. M. Colby dice: "Con anterioridad al octavo siglo antes de Jesucristo, las fechas de los acontecimientos se basan en gran medida en simples conjeturas. Las tentativas para asignar una fecha precisa a la creación del mundo han ocasionado enorme proporción de labor infructuosa y conducido a los más diversos resultados."

El período glacial, según afirman casi todos los geólogos, fué el período geológico más corto. Se supone que los grandes lagos y las cuencas de los ríos de aquella región en la América del Norte fueron originados en el pleistoceno o período glacial. No hay testimonios auténticos que permitan colocar el origen del hombre en época anterior a la terminación del período glacial. Se presume también, con bastante razón, que las gargantas del Niágara se formaron a la terminación del período glacial; y estableciendo la edad de las rocas

por su actual estado de desgaste, deberían tener 7,000 años, o sea, remontarse a 5079 antes de Jesucristo, que es poco más de cien años menos de la fecha que la versión de los *Setenta* señala para la creación del hombre. Por otra parte, en la ignorancia de las variables condiciones que posiblemente prevalecieron durante la gran excavación torrencial, todo cálculo basado en la profundidad de la garganta y la proporción actual de su desgaste, tiene que ser, en gran medida, conjetural. La *Encyclopædia Britannica*[3] da como "fecha probablemente verdadera" de la creación del hombre el año 7000 antes de Jesucristo. Monsieur Guibert es de opinión que, según los conocimientos actuales, nada nos impulsa a extender el período de la existencia del hombre más allá de 10,000 años, lo cual sería 8079 antes de Jesucristo. Pero, ¿a qué extender el tiempo más allá de los testimonios y las necesidades del caso?

Debido a la tradición del diluvio, común a las naciones más antiguas, debemos presumir ya sea que el diluvio fué universal, o que la tradición fué llevada por las diferentes ramificaciones de la humanidad desde su común punto inicial de emigración. Lo segundo parece con mucho ser la conjetura más probable, sin comprometer al mismo tiempo la cuestión de la universalidad del diluvio. Si la humanidad partió de un centro común, dispersándose desde este centro común, es mucho más razonable suponer que la dispersión se realizó después del diluvio; y la similitud de la tradición a este respecto nos hace suponer que la historia del diluvio partió asimismo de un centro común. Si fuera de otro modo nos veríamos precisados a explicar la admirable coincidencia de distintos diluvios descritos en forma idéntica, como también la preservación de las razas implicadas. La concordancia de las numerosas tradiciones establece el hecho sin necesidad de tales explicaciones. La presunción lógica, por consiguiente, es que el diluvio antecedió a la dispersión del pueblo. En consecuencia, es una cuestión importante fijar aproximadamente la fecha del diluvio.

Si adoptamos por vía de ensayo la "fecha probablemente verdadera," 7000 antes de Jesucristo, que da la *Encyclopædia Britannica* para la creación del hombre, y deducimos los 2,242 años desde Adán hasta el diluvio, que admite la versión de los *Setenta*, tendremos el año 4758 antes de Jesucristo como fecha del diluvio. Es digno de notarse, sin embargo, que si bien las versiones de los *Setenta* y la *Samaritana* concuerdan, en oposición a la versión hebrea, en extender considerablemente las fechas entre el diluvio y el llamamiento de Abraham, hay una diferencia de 940 años entre los *Setenta* y la *Samaritana* respecto del tiempo entre la creación del hombre y el diluvio. Combinar las numerosas circunstancias del caso, muchas de las cuales sugieren más bien la fecha del diluvio que la de la creación del hombre, es la tarea más difícil que afrontamos; y la extensión del período subsecuente al diluvio en vez de extender la época anterior, no es inconsecuente con los hechos conocidos, teniendo en cuenta la reconocida deficiencia de las cronologías y las análogas tradiciones del diluvio; de manera que parece plausible mediar la discrepancia mencionada de 940 años, y colocar la fecha del diluvio alrededor del año 5228 antes de Jesucristo.

El cómputo de los años desde cierto período determinado, comenzó en el siglo octavo antes de Jesucristo. De este modo, la historia babilónica se ha contado desde el año 747 antes de Jesucristo, comenzando con la llamada era de Nabucodonosor; la griega, desde el año 776 antes de Jesucristo, cuando la victoria de Coroebus en los juegos olímpicos; y la romana, desde el año 753 antes de Jesucristo, presunta fecha de la fundación de Roma. Como se ha observado antes, con prioridad a la adopción de este sistema las fechas se basaban en simples conjeturas, y mientras más remotas, se hacían más inciertas.

Hílprecht señala el año 4000 antes de Jesucristo como fecha del advenimiento del babilónico rey de Uruck, dominio que identifica con el Arac del capítulo décimo del *Génesis*, donde habla de Nimrod, el poderoso cazador, y dice: "Y fué la cabecera de su reino Babel, y Arac, y Acad, y Calanne, en la tierra de Sennaar." Sayce da la fecha de Sargón de Agade como el año 3800 antes de Jesucristo, y habla del triunfo de sus armas hasta el Mediterrá-

[3]Edición undécima, 1910.

neo. D. G. Lyon dice: "La fecha definida más antigua nos lleva a la Babilonia septentrional del tiempo de Sargón I, y de su hijo, Naram-Sin. Según autoridad de Nabu-na'id, el último rey nativo de Babilonia (558-538 antes de Jesucristo), estos dos monarcas pertenecen a la primera mitad del siglo trigésimo octavo antes de Jesucristo. Nabu-na'id refiere que cuando estaba restaurando el templo del dios del sol en Sippar, encontró un documento depositado en los cimientos por Naram-Sin 3,200 años antes de su descubrimiento. Han llegado hasta nosotros inscripciones de ambos antiguos reyes. Sargón es llamado el rey de Agade, ciudad gemela de Sippar, y parece evidente que erigió varios edificios en Agade, Babilonia y Nipur."

Lyon hace observar, sin embargo, que los datos acerca de los siglos anteriores a Hammurabi son escasos. Autoridades competentes identifican a este Hammurabi con el Amrafel, rey de Sennaar, del capítulo décimocuarto del *Génesis*, versículo primero, donde aparece con otros cuatro reyes haciendo la guerra a los reyes de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboim y Bala, en el valle de Siddim, que es el mar de sal. Estos reyes eran soberanos de pequeños dominios, que Hammurabi logró, según parece, unir en reino más importante. De las épocas anteriores escribe Lyon: "La historia de Babilonia después del tiempo de Hammurabi, aproximadamente el año 2300 antes de Jesucristo, está íntimamente ligada con la de Babilón, su capital. Escasa información tenemos de los siglos que precedieron a aquel período, y ésta procede principalmente de las breves inscripciones de algunos de los antiguos reyes, y de referencias en los escritos de reyes de fecha posterior. Sucesiva o contemporáneamente surgieron pequeños reinos, cuyas capitales estaban localizadas en Ur, Nisín, Nipur (Níffer), Uruck (Arac, Warka), Larsa y otros puntos. A veces, varios de estos pequeños reinos se unían bajo un solo cetro."

La pequeñez de estos reinos es aparente por el reducido territorio que se dividían, y retrocediendo unas cuantas generaciones, naturalmente se espera encontrar que fueron apenas poco más que tribus. Sargón I parece haber sido al principio nada más que el caudillo de una banda de aventureros. Se conserva un documento asirio en que Sargón habla en primera persona y relata que, cuando párvulo, fué recogido y salvado de morir a la intemperie por un pastor; que más tarde le eligieron caudillo de una banda de montañeses, y después le consagraron como rey. Todos los testimonios indican que por aquella época los comienzos eran reducidos; y considerando que se admiten 1,700 años para el engrandecimiento entre Sargón y Hammurabi, 4000 antes de Jesucristo parece fecha suficientemente temprana para el advenimiento de Sargón, si no es, en realidad, del todo extrema. De acuerdo con la evidencia de que disponemos, la narración del *Génesis*, capítulo décimo, da cuenta de población bastante para responder a las necesidades del caso en cuanto se refiere a Sargón I, especialmente cuando es necesario asumir, como se ha indicado, que la cronología bíblica de aquel período es incompleta. En efecto, si aceptamos tentativamente, y como término medio, el año 5228 antes de Jesucristo como fecha del diluvio, este cálculo dejaría 1,228 años entre el diluvio y Sargón, lo cual representaría mucho más de lo que la población y otras evidencias pudieran justificar, a menos de haberse producido una gran dispersión sobre la tierra, quedando solamente parte de sus habitantes en el valle del Eufrates.

En cuanto a argumentos plausibles con respecto a la fundación del templo de Bel, se la hace figurar demasiado aislada de las otras fechas para otorgarles crédito. Si no se trataba de la torre de Babel o de algún otro de los edificios de los alrededores, cuyas ruinas se levantan más o menos a cuarenta y siete metros sobre el nivel de la llanura, no hay testimonios que establezcan fecha más remota para su erección que para cualquiera de los demás. Mas, aparte de otras pruebas, la existencia de dicho templo puede asumirse por el hecho de que desde las épocas primitivas hasta Noé se ofrecían sacrificios a Dios, y también por el hecho de que la adoración a los falsos dioses data de muy antiguo. No obstante, existe siempre la posiblidad de que existieran en aquella región por lo menos ruinas de edificios anteriores al diluvio, explicándose así la presencia de

restos de otra manera inexplicables. En todo caso, la última deducción no es necesariamente la que mejor se coordina con los hechos.

Egipto reclama en seguida nuestra atención.

Búrmeister suponía que el Egipto estaba poblado desde hace más de 72,000 años, y G. de Mortellet intentó demostrar que el hombre europeo existía hace más de 250,000 años, pero Guibert declara a propósito de estos cálculos extravagantes: "Estas cifras descansan en base tan frágil y arbitraria que la verdadera ciencia no podía tolerarlas por mucho tiempo." Gillet dice: "Las inscripciones nada revelan acerca del engrandecimiento del Egipto ni de las condiciones que precedieron al reinado de Menes, su primer rey. Manetho habla de dioses, semidioses y soberanos de Thinis y Menfis, en tanto que los papiros reales de Turín mencionan seres llamados "el séquito de Hor," como precursores de Menes. Estos seres eran alegóricos, por supuesto. Se ha pretendido que en Egipto se encuentran huellas de una edad de piedra, pero hasta ahora no ha sido comprobado, puesto que las reliquias encontradas pueden atribuirse a edades históricas."

Varían enormemente las fechas asignadas para el período de Menes, primer soberano egipcio. Wílkinson señala 2320 antes de Jesucristo, Lepsius 3124, y Brugsch 4400 antes de Jesucristo. La *Encyclopædia Britannica* indica el año 4777 antes de Jesucristo, citando el primer cómputo de Petrie y rehusando aceptar su fecha revisada. La historia de Manetho, el historiador egipcio, está profusamente exornada de pompa regia, y sólo se conserva en parte. Hay largos intervalos entre la séptima y la undécima dinastía, del mismo modo que entre la décimotercia y la décimoséptima, en que no figuran monumentos, inscripciones o información alguna, indicando, como sostienen muchos, la existencia de luchas internas y la probabilidad de dinastías antagónicas. También hay diferentes versiones de Manetho, que varían hasta 300 años en la relación de una dinastía. Uno de estos relatos afirma que en la séptima dinastía se sucedieron setenta reyes en setenta días. Otro da 260 años para seis reyes en la décimoquinta dinastía, y todavía otro asigna cuarenta y tres reyes en 151 años de la décimoséptima dinastía. Los papiros de Turín y las narraciones de Manetho se encuentran a menudo en contradicción con los monumentos; y es sabido que los nombres de muchos monumentos fueron cambiados por los mismos reyes, quienes substituyeron su propio nombre al de otros soberanos. Sobre esta clase de evidencia se fundan en gran parte la historia y la cronología egipcias. Llama asimismo la atención que Manetho asigna precisamente el doble de tiempo a las primeras diecisiete dinastías que a las diecisiete subsiguientes, habiendo sido treinta y cuatro en total; y, sin embargo, es generalmente admitido que poquísima evidencia digna de crédito ha sobrevivido a las primeras diecisiete dinastías.

Cualquiera se halla en el caso, por lo tanto, de señalar la fecha que le parezca con libertad de conciencia; y la primera cuestión que surge es: ¿Por qué atribuir a las primeras diecisiete dinastías el doble de duración que a las diecisiete subsiguientes? Si existieran testimonios autorizados, tal sería la respuesta; pero no sucede así. Si se contestara que hubo más soberanos, podría argüirse que el mismo testimonio en que esta evidencia se funda afirma que hubo setenta reyes en setenta días; y Manetho asigna la mayor parte de aquellos reyes a esas dinastías, de la séptima a la undécima, de las cuales prácticamente no quedan reliquias. Manetho se contagió verosímilmente con el exaltado espíritu propio de las inscripciones existentes, razonando en el sentido de que si Egipto no era el país más antiguo del mundo, debería serlo de acuerdo con principios generales, y procedió a consagrarlo como tal. Trabajando en Alejandría al mismo tiempo que se redactaba la versión de los *Setenta,* pero incluyendo período mucho más largo y datos a su arbitrio, logró hacer la historia de Egipto algo más antigua de lo que señalaban los *Setenta* como fecha de la creación del hombre. Con la notable carencia de testimonios habría sido suficiente asignar a las primeras diecisiete dinastías una duración correspondiente a la de las diecisiete restantes,

respecto de las cuales poseemos datos pasablemente contemporáneos y fidedignos. Esto colocaría a Menes, el primer rey egipcio, en el año 4060 antes de Jesucristo, fecha menos remota de la que computan Petrie y Brugsch, pero considerablemente más de lo que señalan Lepsius y Wílkinson. Esta fecha estaría también en conformidad estrecha con todos los demás hechos mencionados. Comparada con los documentos de Babilonia, evidentemente el punto inicial común de emigración, da a Egipto la parte que le corresponde en la dispersión realizada algunas generaciones después del diluvio, y unos cuantos centenares de años para que la "tierra de Cam" (Mesram o Mazor) tuviera tiempo de prepararse para el establecimiento de su primera dinastía.

De acuerdo con la tradición china, esta raza comenzó con un gran caudillo llamado Foh-hi, el primero de los "Cinco soberanos," el año 2852 antes de Jesucristo. La historia escrita por Confucio comienza con Yao, en 2357 antes de Jesucristo. Todo lo que se remonta a más de 2852 antes de Jesucristo en los comienzos de la historia china se atribuye a la mitología. Hemos citado anteriormente a Róbert Lilly cuando dice que "recientes investigaciones parecen indicar que Babilonia fué su residencia original." Apenas es necesario para el propósito de este artículo insistir sobre la lógica y recíproca relación cronológica que existía entre el pueblo chino y otros de la raza mogólica en la época de la dispersión general. Tuvieron superabundancia de tiempo después de la dispersión para expandirse y desarrollarse a su propia manera.

La única rama de la humanidad cuyo aislamiento exige establecer el lazo de conexión con el resto de la raza humana es la raza americana aborigen, en la cual el clima, la disposición y los hábitos han imprimido sus características étnicas. Darwin, a quien citamos al principio con relación a la teoría de un origen único para la raza humana, sostiene también que tanto los indios de la América del Norte como los de la América del Sur ofrecen caracteres que revelan una sola derivación. Dice que el tipo físico de los naturales de la Tierra del Fuego es idéntico al de los botocudos de las selvas del Brasil. Autoridad más moderna, el doctor Pópper, dice que los patagones del sur presentan iguales rasgos peculiares que los algonquinos e iroqueses del Canadá. Brinton avanza más todavía cuando dice: "La configuración nasal de los algonquinos e iroqueses apenas difiere de la del parisiense ordinario de nuestro días." Y da más fuerza a su observación, agregando: "Este hecho es muy importante, porque ningún otro rasgo físico se relaciona tan íntimamente con un grado de mentalidad comparativamente elevado."

Los idiomas indios no revelan gran cosa, porque las tribus se componían por lo general de doscientos a trescientos individuos, y cada tribu tenía su propio dialecto, separadas como estaban por grandes extensiones de territorio. Es cierto que las tribus consanguíneas se confederaban a veces y hablaban el mismo lenguaje; pero subsiste el hecho de que los idiomas de la América del Norte y la América del Sur son tan numerosos como los de todo el resto del mundo combinados. Estos idiomas se subdividían en dialectos locales, y se dice que más de cien dialectos diferentes se hablaban entre el círculo ártico y la América central; pero investigaciones recientes los han vinculado, llegando a establecer su unidad de origen.

Entre casi todas las tribus indias existían tradiciones de otros mundos o territorios al este y al oeste. Podría suponerse que entre los indios del noroeste del Canadá y de las islas frente a Alaska, esta idea representaba más bien conocimiento que tradición, porque difícilmente podían ignorar el pasaje entre Asia y América. Hace algunos años, la controversia sobre el mar de Béring era tema palpitante de discusión entre nosotros. Adquirimos de los rusos el territorio de Alaska; y los rusos, por su parte, ocuparon originalmente Alaska como lo hicieron sin duda las hordas primitivas de los antiguos tiempos, cuando no había fronteras nacionales para contener su emigración hacia el sur. Existían dos pasajes convenientes: el estrecho de Béring, aproximadamente de cuarenta kilómetros de anchura, y el puente formado más hacia el sur por las islas que se extienden desde Kamchatka en Rusia hasta la península de Alaska.

Ciertos sabios tienen la convicción pro-

funda de que los aborígenes americanos resultaron de la emigración de bandas mogólicas en alguna fecha remota. De otro lado, hordas numerosas invadían la China, lo cual se asume haber sido el motivo para la erección del gran muro que rodea a este país, ordenado por el célebre emperador Shi-Hwang-Ti, primer emperador universal de China, y quien proyectó esta obra colosal para defender la frontera norte y noroeste de su imperio contra las hordas de bárbaros que pululaban entonces en aquella parte del Asia. Este muro se completó el año 211 antes de Jesucristo, pero las razones que incitaron a su erección existían desde mucho tiempo atrás. Es lógico suponer que estas hordas merodeadoras del norte de China eran solamente parte de otras hordas que llegaron hasta el estrecho de Béring y Alaska, como lo hicieron más tarde los rusos. Es también digno de notarse que los yacutas de las frías y pantanosas llanuras de Siberia tienen el pelo negro y lacio, y los altos pómulos de los indios de América. Hay, en efecto, cierto paraje en la costa nordeste de Siberia llamado Indian Point, y quizá el nombre procede de alguna tradición que conectaba antiguamente a los indios con el Asia. A todo evento, el encadenamiento lógico de las circunstancias sugiere esta conclusión: conclusión que podría hacerse mucho más evidente si el espacio nos permitiera desarrollarla con mayor amplitud.

Del estrecho de Béring al cabo de Hornos había gran distancia que atravesar, pero también había gran distancia de Nueva York a California por el camino de Santa Fe; y si nuestros primeros colonos pudieron atravesarla en cien años o algo menos, a pie o sirviéndose de los primitivos carros de los emigrantes, y establecer los cimientos de los Estados Unidos, con mayor facilidad podían los indios haber ocupado en dos mil años la América del Norte y la del Sur, y desarrollar aquellas características tribales que observaron nuestros descubridores europeos. Las investigaciones recientes no revelan ocupación muy antigua de este continente por el hombre. Es generalmente aceptado que los indios estaban todavía, en su mayor parte, en la edad de piedra cuando Colón descubrió la América, aunque el uso de los metales, que demostraba habilidad notable en su manufactura, era común entre los peruanos, y casi todas las tribus de la América del Norte y la América del Sur comenzaban por aquel tiempo a emplear los metales en alguna medida. No es verosímil que el pie del hombre hollara el suelo americano sino alrededor del año 500 antes de Jesucristo; y es muy probable que la expulsión de las antedichas hordas hacia el norte y la edificación del gran muro alrededor de China entre los años 221 a 211 antes de Jesucristo fueran más o menos sincrónicas con la necesidad de expansión de aquellas "legiones de bárbaros" en otra dirección, dando por resultado que buscaran y encontraran nuevos campos de bienaventuranza en este continente por el simple método antes indicado.

V

EL GRAN ESPÍRITU, los dioses tutelares y el paraíso de bienaventuranza de los indios; la tradición que hacía del emperador del imperio celeste "hijo y ministro del cielo;" la mitología escandinava que hacía de Odín el padre de los dioses y de los hombres, mientras Walhalla acogía a los muertos en el campo de batalla; el "séquito de Hor" de los egipcios, con sus dioses y semidioses; y la *babili* o puerta de los dioses de las tradiciones similares de los babilónicos: todo indica retrospectivamente, en las diversas y adulteradas creencias de cada uno de estos pueblos, la fuente antigua y original de la época antidiluviana, de la cual se dijo: "Viendo los hijos de Dios las hijas de los hombres que eran hermosas, tomáronse mujeres escogiendo entre todas." Como antes se ha observado, el tercer capítulo del *Evangelio según San Lúcas* lleva esta expresión a su origen primordial cuando, remontándose atrás para trazar la genealogía de San José, llega a "Set, que fué de Adán, que fué de Dios." Si Adán fué hijo de Dios por creación, se deduce que todos sus descendientes son "hijos de Dios" por descendencia; y tal es, indudablemente, el origen de todas las tradiciones análogas, si bien pervertidas, de los hombres.

Por testimonio propio, ampliamente difundido, declaran su origen divino todos los pueblos de la tierra, y establecen la uni-

dad de este origen. La deducción implícita, en tanto que el hombre exista, es que esto se ha producido por la voluntad divina más que por selección natural; en otras palabras, que el mismo Dios, muy directamente, lo ha dispuesto así. Por consiguiente, si los hombres concuerdan en buscar su principio en Dios, buscarán también al cabo su fin en Dios; lo cual significará la reunión de la familia humana. Y los indicios de la época pronostican ese *terminus ad quem*.

La resolución de celebrar una conferencia para el desarme fué, teóricamente al menos, un paso hacia esta reunión de la familia. La oposición que tan violentamente se desarrolló contra los métodos y proyectos del Ku Klux Klan fué otra vindicación de la unidad fundamental de la raza humana. Asimismo el hecho de que en los últimos dos mil años transcurridos, o como resultado de las influencias de la era cristiana, prácticamente todas las naciones de la tierra fechen misivas, documentos oficiales y cartas de negocios con el lema, *Anno Domini* 1923, o cualquiera que sea el año del nacimiento de Cristo, indica por lo menos una pasiva y discreta unidad, ya que no siempre una activa unidad de propósito. Acabamos, además, de salir de una guerra mundial, en que han participado hombres de toda raza y color: blancos, negros, amarillos, cobrizos; hombres todos, todos combatientes, todos unidos en igual propósito, avanzando lado a lado contra el enemigo. Este conflicto gigantesco, en que los hombres riñeron sus diferencias, ¿no ha establecido acaso al mismo tiempo el hecho de que eran y son una sola familia humana a pesar de sus querellas?

El mundo tiene todavía grandes problemas que resolver, pero continúa tratando de encontrar la solución, y cada paso es un avance en la vía de reunión de los pueblos de la raza humana. Las relaciones internacionales, una asociación de naciones, el acercamiento entre las diversas iglesias y la plegaria ampliamente difundida por unidad, "para que todas sean una sola;" todos los grandes movimientos universales del día indican un futuro y decisivo retorno hacia aquella unidad que existía entre los habitantes de la tierra hace millares de años en el valle del Eufrates, antes de su dispersión, cuando todos se expresaban en el mismo lenguaje y alimentaban igual propósito al erigir una torre que alcanzara al cielo. Si el mundo entero pudo llegar al momento en que solamente estaba dividido en dos campos de aliados, ¿no es posible esperar que, en fecha más o menos distante, se reúna en un solo campo, con un solo rebaño y un solo Pastor?



ACORDES MORALIZADORES

POR

RÓBERT M. GAY

Siempre han juzgado los hombres deber suyo predicar moral a las mujeres, esas criaturas frágiles y de inherente frivolidad, en concepto masculino, expone el autor. La poesía era uno de los mejores vehículos para transmitir máximas solemnes y sentenciosa moral, según demuestra el autor, citando algunos versos de otras épocas. Mas, desterrada hoy la solemnidad del estro poético por restricciones inusitadas, se ha refugiado sucesivamente en diversas ciencias, revistiéndolas de frases altisonantes para admiración de los profanos. La mujer no es inclinada a la solemnidad, sin embargo; y el autor se retrae horrorizado ante la posibilidad de que alguna vez se aventure en profundidades abstrusas de verbo y de pensamiento, abandonando ese práctico sentido común que siempre la ha hecho buscar el grano oculto al fondo de tales embolismos.—**LA REDACCIÓN.**

EN LOS días de mi juventud, entre los estudios llamados superiores en la universidad, había siempre un curso de filosofía moral. Ahora se le llama de ética, pero se me figura que no es en realidad la misma cosa. Ética tiene un eco al parecer mucho más ligero, mucho más frívolo, que filosofía moral. Con todo, no podría asegurarlo. Yo tomé el curso aquel de filosofía moral en mi último año universitario (los estudiantes siempre "toman" cursos, probablemente por analogía con tomar una medicina) y, cuando lo hube terminado, mi viejo y querido profesor me declaró, con cierta voz entrecortada, que yo había sido positivamente el peor estudiante de la clase.

He tenido alumnos bastante malos en el tiempo que llevo de catedrático,—dijo,—pero, en verdad, creo que usted se lleva la palma.

—Pero usted me dejó pasar, profesor, —repliqué, creyendo haberle cogido.

—¡Que lo dejé pasar! ¡Caramba, pues claro que había de dejarlo pasar! ¿Se imagina usted que me halagaba la idea de conservarlo un año más en mi clase?—

Ahora bien; yo sentía gran respeto hacia mi profesor, porque nadie como él me había dicho tantas verdades sin acritud ninguna de su parte o de la mía; y por tal consideración omití el preguntarle, en vista de sus razones, si su propia moral no andaría un poquillo enrevesada. Sabía, además, que él asentiría de buen grado. Dictando clases de filosofía moral, encontraba un placer inocente en pretender que era inmoral en la práctica. Por consiguiente, me separé de él sin argüir más, rememorando cuán a menudo nos había repetido que la filosofía moral era el más teórico de los temas.

No obstante, conforme pasa frecuentemente con muchos otros cursos que estudiamos (o ¿deberé decir, tomamos?) en la universidad, he lamentado siempre desde entonces el haber sido el peor estudiante con que hubiera tropezado el profesor; porque en estos tiempos en que tanto se oye hablar de la nueva moral, habría resultado cómodo saber de vez en cuando algo de la vieja moral: en sentido práctico y filosófico, quiero decir. Mas parece que nunca estudié la primera, según descubrió mi profesor; y, como consecuencia, nunca he sido capaz de determinar si mi propia moral responde al sistema nuevo o al antiguo. Y tampoco he tenido nunca el solaz de leer lo necesario para dilucidar el punto. Al abandonar la universidad, se echa uno a trabajar de firme día tras día, siendo bueno o malo a discreción del momento y sin tener jamás certeza completa de que su moral sea la más de moda, hasta que algún hermoso día asoma cualquier mozalbete, cuya moral se adapta al último patrón, y lo califica a uno de "victoriano" o alguna otra terrible denominación por el estilo; y uno se llena de desolación y pasa el resto del día lamentándose de las oportunidades perdidas.

Semejante ignorancia es infortunada para el individuo de mi generación. Nosotros, los que florecimos en la pacífica época de mil ochocientos setenta a mil ochocientos ochenta, nos hallamos en cierto modo en el patético caso del hombre que,

a la pregunta de si le gustaba la pechuga de ave, respondía:

—No lo sé. Cuando era chico, mi padre siempre se la comía, y ahora que yo soy padre son mis hijos quienes se la comen.—

Nacimos después que la antigua moral había perdido mucho de su bello ardor y antes de que la nueva moral se hubiera puesto de moda por ciertos novelistas; y a esta causa atribuyo cierta levedad que parece revelarse en mis contemporáneos. Carecemos evidentemente de la solemnidad extraordinaria que caracterizaba a nuestros abuelos y caracteriza a nuestros nietos, y, con esta deficiencia, es difícil arribar a la conclusión de que contamos por mucho. Sídney Smith reconoció este peligro cuando hacía observar que, contrariando las leyes de la física, su hermano se había elevado en la vida a impulsos de la gravedad, en tanto que él se había hundido a impulsos de la levedad. Es así cómo sucede que el hombre capaz de decir "con aire solemne una cosa indisputable" es quien arriba en el mundo. Una mente ligera constituye una desgracia positiva. Envidio al orador que puede afirmar que "la vida es superficial porque se desliza demasiado en la superficie," con aire tan erudito que sus oyentes murmuran:

—¡Cúan cierto es eso!

—Ese hombre hará carrera.—

Mas volvamos a la filosofía moral que, en mi último año de universidad, me hacía el efecto de ser el más solemne de todos los cursos. Ignorante como soy, es posible que esté equivocado al decir que me parece que nadie se atreve hoy en día a ser tan moral como lo era casi todo el mundo, digamos, hace cien años. En los tiempos de mi juventud éramos muy morales, mucho más de lo que ahora se acostumbra; pero mucho menos de lo que era la gente de 1820.

En aquella época sencilla no se había oído una palabra acerca de la nueva moral ni de la ética superior; y, como consecuencia, todo el mundo sabía exactamente lo que era moral y lo que no lo era. La gente de ese tiempo se hubiera visto perpleja ante muchos de los problemas expuestos en los dramas y novelas de hoy. Fugarse con la mujer del vecino, por ejemplo, era costumbre o hábito que para ellos no tenía posible excusa, porque no habían llegado a percibir cuán extremadamente complejos y aun abstrusos eran los motivos que uno podía tener para hacerlo. En su concepto, aquello era simplemente mal hecho; y si alguien lo hacía en el barrio, no vacilaban en escribir una carta al periódico diciendo lo que pensaban del transgresor. La gente era demasiado primitiva para comprender cuán difícil es declararse en pro o en contra de acción tan opuesta a las convenciones, o cuántos problemas biológicos, psicológicos, sociológicos y económicos es necesario considerar antes de dar un fallo ilustrado. En esos tiempos, por supuesto, los hombres huían con la mujer del vecino lo mismo que ahora; mas parece que lo hacían impulsivamente, y habrían admitido prontamente que al hacerlo procedían contra la moral. El peso de la opinión pública sobre las almas ardientes era, por lo tanto, mucho más severo de lo que es ahora con respecto a nuestros héroes y heroínas contemporáneos que viven en una época de intelectualidad aguda.

Sin embargo, para la gran masa de almas que no eran particularmente ardientes, la vida en aquel período debe de haber sido bastante placentera; pues aunque sus propios problemas pudieran haber aparecido intrincados en ocasiones, los de sus vecinos eran siempre muy sencillos. Al comentar las acciones del prójimo, tenían siempre una regla definida para guiarlos: "Una cosa es buena o es mala en sí misma." En un mundo bastante complejo en sus mejores momentos, es muy conveniente tener una regla de fácil aplicación; y hasta podría creerse que la escasez de neurastenia en aquella época nacía de la posesión de fórmula tan simple.

Especialmente digno de envidia era el padre de familia de aquel período, ya que podía plantarse en la alfombra de su chimenea, con las piernas bien separadas y las manos debajo de los faldones de su levita, y lanzar atronadoras filípicas morales sin temor de verse interrumpido por sus hijos. Nada hay que le dé a uno sentimiento tan definido de bienestar como la oportunidad de endilgar a cualquiera sonoras máximas morales; pero las oportunidades para gozar

de tal privilegio se hacen día a día más raras. De vez en cuando vemos entre los avisos de alguna revista el cuadro de un hombre bien nutrido y bien conservado de edad mediana, sentado ante un escritorio de oficina y señalando con el dedo extendido un grupo de serviles empleados, como ilustración de las ventajas que pueden obtenerse a favor de un curso en fuerza de voluntad; y descubrimos de una ojeada que está en pleno ejercicio de su capacidad moral y es, por consiguiente, un hombre feliz. Pero en la vida real rara vez vemos que alguien tome semejante actitud; nunca un padre de familia, por cierto. Cuando es necesario que el padre de familia moderno asuma una actitud moral, trata de ser jovial más bien que olímpico, e insinuante más bien que incendiario. Comienza su homilía con un preámbulo por este estilo: "Sin el afán de predicar," o "No porque me crea un oráculo," o "Sin deseo de parecer omnisciente;" y con toda probabilidad, el hijo o hija a quien va dirigida interrumpe por vía de estímulo: "Espléndido. No te hagas el papá severo; sé buen muchacho," o "Este papaíto es una alhaja."

¿Quién puede predicar moral a raíz de esto? Y, ¿es esto realmente equitativo? El padre de familia moderno ha tenido en todo caso muy pocos goces, y parece que debiera permitírsele lanzar de cuando en cuando truenos y centellas en su hogar doméstico. Nadie le prestó jamás mucha atención, sin embargo, ni siquiera en 1820; pero extraía de su actitud un placer inocente, a la par que una impresión continua de seguridad al sentirse plantado firmemente en la eterna roca del bien y mal fundamentales. Decía orgullosamente: "Yo soy un tipo a la antigua;" y los demás padres exclamaban: "¡Viva, viva,!" Ahora frasea sus amonestaciones: "Quizá seré anticuado, pero . . ." y la joven generación se echa a reír.

En 1820 la gente admiraba no solamente al hombre moral, sino al hombre de principios morales, lo cual no es inevitablemente la misma cosa. Un hombre de principios morales no se conformaba con ser moral, sino que no le atemorizaba exponer en público sus convicciones. "Yo, señor; soy hombre de principios morales," decía; y su esposa no vacilaba a su vez en proclamarse mujer de principios morales. Hará alrededor de cien años que Lord Mélbourne hizo su famosa observación de que "Las cosas han llegado a estado tan peculiar que la religión invade la esfera de la vida privada," creyendo, al parecer, que la solemnidad debía reservarse para ocasiones ceremoniales. En tiempos del noble caballero la religión y la moral, en cualquier sentido que se desarrollaran, asumían carácter oficial.

Era aquel el período de lo obvio, en que la gente no sólo esperaba escuchar sermones de moral, sino que parecía regocijarse en ello. Agradábale leer poesías que terminaran: "Vivid de tal manera que el llamamiento os encuentre dispuestos;" o "Querría hallarme en estas condiciones cuando vea aproximarse la hora de la muerte;" o "Entonces, levantémonos y hagamos;" o "Gracias, gracias a ti, mi digno amigo, por la lección que me has enseñado." Una poesía estaba, en su concepto, adecuadamente concluída, aplicada y remachada cuando al final se elevaba del arte en particular a la ética en general, ofreciendo alguna pura máxima de conducta que se grabara en la memoria. Es posible que tuvieran su Keats y su Shélley, pero la mayor parte de la gente de aquel tiempo leía su Mrs. Bárbauld,[1] su L. E. L.[2] y su Mrs. Hemans;[3] y su ansia de instruirse proporcionaba ocupación a gran número de industriosos poetas que se llevaban la vida meditando sobre flores, mariposas, hojas de otoño, alondras y ruiseñores con el objeto de extraer de estos pequeños paganos los más irreprochables y cristianos sentimientos. El péndulo del tiempo ha marcado una oscilación tan pronunciada que el más avanzado de nuestros poetas del día prefiere no expresar nada en un poema a expresar un sentimiento.

Esta revolución se observa más que en ningún otro sentido en la actitud de los hombres hacia las mujeres. A los hombres

---

[1]Anna Letitia Aikin Bárbauld (1743–1825): literata inglesa, hija del reverendo John Aikin y esposa del reverendo Róchemont Bárbauld.—La Redacción.

[2]Seudónimo de Letitia Elízabeth Landon (1802–1838): literata inglesa; autora de poesías, novelas, etcétera.—La Redacción.

[3]Felicia Dorothea Brown (1793–1835); poetisa inglesa, muy conocida por su lirismo.—La Redacción.

les ha agradado siempre predicar a las mujeres con más particularidad todavía que a los niños; y uno de los placeres de que al presente se van viendo privados los maridos es la afectación de una solemnidad de buhos ante la frivolidad de sus esposas. El marido moderno se cuida a menudo de aparecer solemne en tópicos morales, debido a la curiosa pretensión de las esposas modernas que asumen saber tanto como él de la materia. Antaño, cuanto quiera que una mujer pensara en sus adentros, parece habérselo guardado discretamente para sí. En 1720, para no remontarnos muy atrás, la mujer esperaba como algo natural ser insultada, arrogante si bien gallardamente. "Verdad indiscutible," decía cierto varón de la época (soltero, debo confesarlo):

Verdad indiscutible la que promulgaste un día:
"Suelen ser las mujeres al carácter ajenas,"
Como la cera blandas, no guardan las señales,
Y así se las distingue por rubias o morenas.

Al hombre lo gobiernan encontradas pasiones,
Mas sólo dos impulsos siente su compañera;
Ansiedad de placer o sed de predominio
Infinita y tenaz, en su alma prepondera.

Diviértense unos hombres mientras otros se afanan;
Mas la mujer anhela placer sin medida;
Unos hombres son tímidos y otros luchadores
Mas la mujer ambiciona reinar toda la vida.

En 1922, igualmente críticos pero menos valerosos, escribimos novelas en que expresamos por boca de nuestros personajes las opiniones más devastadoras respecto del sexo; y las damas las leen, del mismo modo que leían las coplas de 1720. Pero en 1820, los hombres se manejaban con sagacidad en este punto, con una especie de guiñada cariñosa, como quien dijera: "Vasos frágiles, criaturas timoratas; necesitan la dirección masculina; mas, usemos de gentileza;" y alcanzaban a veces un grado de solemnidad sin paralelo. En estos virtuosos momentos producían composiciones semejantes a la siguiente:

Mientras tus sienes juveniles ciñes
¡Oh, hermosa! con guirnaldas, y transitas
Ataviada de púrpura soberbia
Por las sendas de flores de la vida;
Mientras fulgen diamantes en tu seno,
Rubíes en tu flotante cabellera
Y en tu cíngulo verdes esmeraldas;
Mientras así deslumbra tu belleza,
Perdona si la musa en ese instante
Con severos acordes echa un velo
De sombra sobre el cuadro fulgurante.

Vanos fulgores son ésos, que ofuscan
Cual los rayos del sol de mediodía:
Así las flores en su estiva gloria
Se abren, su aroma esparcen en la brisa
Y visten, desplegando mil colores,
Con las galas de mayo a la pradera;
Mas cuando el sol culmina en el espacio,
Bajo su rayo abrasador las flores
Dobléganse, y sus tintes se marchitan.
Piensa, hermosa, en tus dulces ilusiones;
Aprende allí en el libro de cordura
De la naturaleza cuán fugaces
Son sus horas, cuán pronto se disipan
Los sueños de placer y de ventura.

Tal la hermosura se consume y aja
Cual se aja la azucena cuya pompa,
Ya marchita, le sirve de mortaja.

Me inclino a pensar que ésta es la poesía peor que se haya escrito en inglés, y es, por lo mismo, digna de admiración. En todo caso, me ha causado más placer que muchas otras poesías famosas. El significado de los versos parece ser: No fijéis vuestro corazón en joyas; y el autor ha hecho uso de las pobres florecillas a fuer de horrible ejemplo, porque a los moralistas siempre les ha gustado hacerlo así. Pero lo que más me ha impresionado es la manera en que se eleva en ondas sucesivas de emoción, como aeronauta que ejecuta una serie de espirales, o como Mrs. Raddles cuando sube las escaleras; y también la forma en que organiza en parada los substantivos, cada cual llevando de la mano su adjetivo, como un colegio de señoritas de aquel período, *en promenade*.[4] La delicadeza extrema de su mente—blanda como el tema—es superior a todo encomio. Estoy seguro de que esta composición proporcionó a su autor goce tan ingenuo como ningún hombre es capaz de experimentar en nuestros días.

Puede uno imaginarse al poeta en golilla

[4]Tal vez la descripción del autor de este articulo no se acomoda tanto a la poesía conforme la presentamos en español, porque el traductor, obligado por la presión del ritmo, ha omitido unos diez adjetivos (contados).—La Redacción.

almidonada, camisa de pechera rizada y calzas, mientras observa a su mujer ("Deliciosa, infantil criatura," murmura) que se adorna de brazaletes, anillos y collares; y luego el esposo, vibrante el cerebro de ecos poéticos, enristra la pluma, invocando a la musa de acordes moralizadores. Un instante de sentimental meditación, y todo está listo. Sólo falta escribirlo. Es tan fácil como mentir. En 1820 escribir versos era un arte al alcance de todo hombre. Con una idea suficientemente didáctica, podía confiarse a la memoria para desempeñar el resto; y frases como "púrpura soberbia," "sendas floridas," "verdes esmeraldas," "flotante cabellera," "cuadro fulgurante," "estiva gloria," "pompa marchita," y "vanos fulgores," fluían de la pluma tan libremente como la tinta.

Infortunadamente, en nuestros días, el escribir poesía es obra tan laboriosa que no se encuentra placer alguno en intentarla. Cuando el poeta sólo trataba de ser instructivo, su cerebro era capaz de secretar versos como el hígado secreta bilis; pero hoy el arte se encuentra tan coartado por irracionales restricciones que la solemnidad se ha abstenido por completo de cortejar a la musa. Esta separación absoluta, ocurrida indudablemente por razones de incompatibilidad, se produjo alrededor del año 1840, cuando Phílip James Báiley publicó su *Festus* y Martin Fárquhar Túpper su *Proverbial Philosophy*; y desde el advenimiento de estos dos portentosos prodigios de extensión y difusión, la solemnidad se vió obligada a buscar un nuevo cónyuge.

Escudriñando el mundo para descubrir esta nueva afinidad, se la encuentra, al parecer, en la psicología. La solemnidad ha tenido sus fantasías pasajeras en el ínterin, porque los hombres siempre han tendido a ser solemnes en una u otra forma, y durante la revolución industrial anduvo muy mezclada con su aciaga hermana, la economía política; pero es muy lógico que, en una era intelectual como la nuestra, sintiera la fascinación de los encantos algo indefinidos de la ciencia psíquica, especialmente en estos momentos en que la religión y la moral han cesado de estar de moda.

Observando su última conexión, llegamos a sospechar que los hombres afectan siempre solemnidad frente a temas abstractos; y son más solemnes mientras menos saben del asunto. Un psicólogo profesional hará regocijados comentarios acerca de su ciencia; pero no así el hombre de negocios que recientemente ha descubierto la psicología de este amo. Hubo un tiempo en que los negocios tenían cierto aire ligero y de alegre actividad; pero hoy en día no hay tema respecto del cual sacuda uno más tétricamente la cabeza o hable con profundidad más esotérica. Este cambio lamentable se debe a la aparición de ciertas largas y sonoras palabras en los negocios. Nuestros abuelos explicaban en frase cruda la necesidad de hacer uso del cerebro con que Dios nos había dotado al nacer, en tanto que nosotros hablamos de la "psicología de la eficiencia," o de la "ciencia administrativa industrial." Las almas sencillas, que sienten el peso de un misterio excesivo, escapan diariamente de los negocios a los clubs de *golf* o a las galerías de espectadores; pero durante las horas de oficina jamás se permiten extraviarse en la alegría. Fuera de los negocios, la solemnidad parece florecer más exuberantemente en los diarios políticos, en que el estilo de oráculo es el que más se cultiva. Este rasgo es tanto más interesante cuanto que los temas políticos son los menos seguros para aventurarse a fuer de oráculo, y los que más estimulan la jocosidad.

Parece probable, en conjunto, que jamás estará vacante la alfombra de la chimenea en que nuestros abuelos acostumbraban dilucidar la moralidad del bien y la inmoralidad del mal. Las damas, a quienes se insultaba en 1720 y se hacían sermones de moral en 1820 indudablemente continúan todavía escuchando con la dulce paciencia que las caracteriza. Saben que los hombres para ser felices necesitan ser solemnes en ocasiones, y que algunos, como "Mr. Wáddington of Wyck,"[5] han de adoptar la solemnidad en todo tiempo. Ellas, por su parte, nunca son solemnes: tal vez porque las frases sonoras jamás las llenan de reverencia y porque tienen el

[5]Personaje principal de la novela de este nombre, escrita por Miss May Sinclair, novelista inglesa contemporánea.—LA REDACCIÓN.

devastador hábito de expurgar el verbo hasta descubrir el grano de sentido común que puede encontrarse encerrado entre sus sinuosidades. El mundo se ha mantenido a plomo a través de los siglos a causa de este hermoso equilibrio de los sexos. Si alguna vez ocurriera a las mujeres el mostrarse solemnes . . . pero la idea es demasiado perturbadora para hablar de ella ni siquiera en broma.



UNA VISITA A HENRY JAMES

POR

RÓBERT HÉRRICK

Henry James es un novelista y crítico famoso: en realidad, uno de los maestros de la literatura norteamericana. Es famoso por la profundidad y fecundidad de sus obras, y famoso también por la fecundidad de asociación de sus ideas, las cuales se aglomeran en sus escritos hasta el punto de que en ocasiones el lector (¡y sobre todo, el traductor!) pierde fácilmente el hilo del pensamiento, necesitando el ovillo de Ariadna para salir del laberinto. El autor del presente artículo analiza jovialmente esta profusión y elaboración de estilo, particularmente en la revisión y corrección que el novelista hizo de sus obras para la edición final publicada en Nueva York. Citas de ciertos pasajes de los libros de James, conforme fueron escritos originalmente y como aparecían después del "retoque," ilustran la contención del autor, quien discute el derecho que asiste a un escritor para alterar sus producciones juveniles impartiéndoles carácter que armoniza mejor con los sentimientos de la edad madura o avanzada.—LA REDACCIÓN.

EN EL verano de 1907 hice una visita a Lamb House. Había conocido a Henry James en 1905, cuando acometió la peligrosa aventura de descubrir por segunda vez su patria natal después de veintiún años de alejamiento voluntario, y de la cual tantas reverberaciones y perturbaciones se encuentran en sus *Letters*. Tuve entonces el honor de servirle más o menos de cicerone a través del lóbrego laberinto de Chicago; y recuerdo cierta ocasión memorable en que le acompañé de regreso de una invitación a almorzar en el lejano South Side, vía del ferrocarril suburbano que costea las glaciales orillas del lago (corría el destemplado marzo), por entre los tiznados confines de la desaseada ciudad hasta penetrar en la tétrica opacidad del Loop. Conservo todavía en la mente el vívido cuadro del distinguido viajero acurrucado en el sucio asiento del coche suburbano, envuelto en los amplios pliegues de un indescriptible sobretodo impermeable, apretando entre sus manos un abolsado paraguas inglés, y con el rostro alterado ante los abrumadores asaltos del panorama de Chicago. "¡Qué monstruosa fealdad!" murmuró, en tono de intensa angustia física. ("La horrenda y gris Chicago será tu ambiente cuotidiano," escribía más tarde a su hermano Wílliam, que estaba en vísperas de caer en purgatorio semejante, olvidando que aun en Chicago todos los meses no son marzo). En la única de sus cartas fechada en Chicago que su discreto, su demasiado discreto, agente literario, Mr. Lúbbock, permitió que viera la luz pública, escribía:

"Estoy ya (después de diecisiete días del "gran oeste central") agotado y exhausto, exhausto de moción y de verbo, y ¡oh! fatigado de semejante inconcebible aspecto de tétrica *fealdad* (en muchos, ¡casi por todos lados!) y del perpetuo esfuerzo de intentar *hacer justicia* a lo que a uno no le agrada. ¡Si solamente me fuera dado enviarlo todo al diablo y acabar de una vez! Está todo tan plagado de buenas intenciones. . . . Este Chicago es enorme, *infinito* (de magnitud y forma potencial, y aun existente); obscuro, humoso, con aire de *viejo*, asemejándose mucho a algún preternaturalmente *próspero* Mánchester o Glásgow, situado a orillas de un lago colosal (el Míchigan) de crueles y pálidos reflejos de verdoso jade, y ostentando antenas de vía férrea de enloquecedora complexidad y extensión gigantesca," etcétera.

Antes de terminar este dinámico estallido, sin embargo, celebraba el novelista el regalo de su baño y tocador privado en el University Club: "placer universal en este país, en las casas particulares o donde quiera que sea; detalle que realmente sirve casi de compensación por muchas otras cosas."

Dos años de reposo en aquel "apretado anclaje de Rye, esa pequeña conejera de marcado declive, en el Viejo Mundo,"—como escribió Édmund Gosse en lamentable acceso de nostalgia,—habían contribuído a disipar en gran parte la pesadilla de las aventuras de James en América; y

mi huésped se reveló en Lamb House mortal mucho más alegre y comunicativo que el aburrido viajero a orillas de los "crueles y pálidos reflejos de verdoso jade" del lago Míchigan. Después de una caminata por las mullidas praderas—el novelista acostumbraba dar diariamente un paseo al aire libre—regresamos una de las tardes de mi corta visita a comer y conversar al amor del fuego de la biblioteca, plática que se deslizó naturalmente a los métodos de composición literaria. James, que daba vueltas de un lado a otro del cuarto, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo un agonizante cigarrillo que chupaba de vez en cuando para dar énfasis al final de sus enormes períodos, describió su recientemente creado método de composición, en que un diestro amanuense cogía sus palabras a medida que fluían o más bien estallaban por ráfagas mientras él ambulaba por su estudio, cigarrillo en mano. Digo "estallaban" más bien que "fluían," porque en aquel tiempo Henry James tenía cierta definida, aunque sospecho que afectada, vacilación al hablar; una especie de interrupción asmática, que favorecía la formulación mental de la textura de la larguísima oración que se preparaba a lanzar. Sus frases, como ovillos de lana de tejer, saltaban a despecho del obstáculo del tartamudeo, reprimido una vez más hasta que hubiera brotado otro eslabón; y así sucesivamente, hasta que al cabo, en un suspiro de apaciguamiento, se redondeaba la frase, la cosa estaba hecha, terminada . . . ¡a menos que se reabsorbiera para ser de nuevo rehecha en el próximo estallido de palabras!

—¿Comenzó usted este nuevo método de composición, con ayuda de amanuense,—interpuse yo en una de estas pausa,—en mitad de la *Princess Casamassima?*

—¿Cómo lo sabe usted?—replicó prontamente, con franqueza que recordaba los días de "Wáshington Square."

—Porque,—dije,—es allí donde su estilo principia a cambiar.

—¡Oh!—musitó, arrugando el ceño; y a continuación procedió a recomendar el sistema de dictado como superior a las labores de escribir a mano una composición. Parece que su admirable secretario escribía en maquinilla sus exuberantes períodos, dejando ancho espacio entre las líneas para que el novelista pudiera hacer con comodidad las numerosas correcciones—y eliminaciones—que tan indispensables juzgaba. En seguida se copiaba de nuevo el manuscrito, repitiéndose el procedimiento hasta que, después de la angustiosa lucha con las pruebas, la obra se presentaba finalmente al público. Esta conversación era interesante para mí en razón de mis definidas convicciones, que diferían radicalmente de las del maestro en materia de métodos mecánicos.

Entre sus cartas encuentro una dirigida a su agente literario inglés, Mr. Pínker, ilustrando todavía más y defendiendo su método de composición, que evidentemente influyó tanto en la sorprendente evolución de su estilo desde, diremos, *The Portrait of a Lady* [Retrato de una dama] hasta *The Wings of a Dove* [Las alas de una paloma]. El agente había estado reclamando o inquiriendo por el manuscrito de *The Golden Bowl* [La taza de oro], y el novelista se excusa y defiende:

"He trabajado en el libro con incansable actividad todas las benditas mañanas, desde que lo comencé hace cosa de trece meses. . . . Pero sólo puedo trabajar a mi manera—¡y muy buena manera, qué diantre, bien puedo afirmarlo!—y me parece que va a ser el mejor libro que jamás haya producido. Realmente lo he hecho muy pronto, por lo que es en sí, y por la forma en que lo hago: *forma* en que, al parecer, estoy condenado a trabajar; y que consiste en elaborar *profusamente* mi tema con desenvolvimientos y amplificaciones que a veces necesitan condensarse en gran medida, pero a los que más tarde debe la obra lo que le da valor más duradero. Llevo escritas con toda perfección doscientas mil palabras de *The Golden Bowl* —¡con extraordinaria perfección!—y puede usted imaginar cuánto de esto, que ha ocupado bastante tiempo en hacerlo, ha sido preciso eliminar. No es ciertamente, en pequeño, un método económico de trabajar, pero para mí sí lo resulta, a la larga; y, a todo evento, uno no puede proceder sino a su propia manera."

Pronto veremos a cuánto ascendieron estos "desenvolvimientos y amplificaciones" cuando se trató de revisar sus prime-

ras obras en preparación para la "edición de Nueva York;" y es permisible creer que no siempre los últimos cambios representaban aquella "condensación en gran medida" de la primitiva "profusa elaboración" que él admitía. En todo caso, tal era el método del novelista para expresar sus concepciones; método, debe observarse, (como es fácil comprobar echando una sola ojeada al facsímile de una página de las pruebas corregidas de *The American* en las *Letters*), exactamente opuesto al de Balzac, quien sobre el desnudo esqueleto de su historia edificaba una enorme serie de interpolaciones. El método de Henry James se asemejaba mucho al procedimiento de los muchachos que hacen figuras de nieve, desechando la cantidad superflua de materia acumulada y modelando las facciones con la materia compresible que tienen entre las manos. Debe notarse además que cuando se encontró frente a frente con la concisa forma del drama, el novelista se vió precisado, en la necesidad de ahorrar palabras, a emprender nuevamente la pesada tarea de la composición escrita a mano. Mr. Lúbbock dice, en la introducción al segundo tomo de las *Letters:* "Las placenteras horas de dictado en el jardín de la casa de Rye se interrumpieron cuando se dedicó a escribir dramas; descubrió que sólo podía alcanzar la concisión requerida en obras dramáticas escribiendo sus composiciones a mano, y escapando así a la tentación de extenderse y discurrir que le acometía siempre que creaba en alta voz."

Testimonio amplio de que muchos lectores echaban de menos la antigua manera y deseaban que el novelista volviera al método más laborioso de "escribir sus composiciones a mano, resistiendo a la tentación de extenderse y discurrir que le acometía siempre que creaba en alta voz;" a ese "elaborar profusamente" el tema con "desenvolvimientos y amplificaciones," se encuentra en la carta característicamente franca y jovial de Wílliam James a su hermano Henry en mayo de 1907, a raíz de la lectura de *The American Scene* (El teatro americano), ese producto de la fantasmagoría del repatriado:

Sabes cuán opuesta es aquella *tercera manera* tuya de composición a los ideales literarios que animan mi pecho, rústico y salvaje como el de Orson,[1] acostumbrado como estoy a decir alguna cosa en una frase lo más directa y explícitamente que sea posible y abandonarla luego para siempre; en tanto que tú te gozas en evadir el nombrarla, dándole vueltas entre exhalaciones y suspiros hasta despertar en el lector, que puede haber tenido ya análoga percepción (¡Dios le ayude si no la tuviera!) la ilusión de un objeto sólido, formado enteramente (como el *espectro* de la Polytechnic) de materiales impalpables, aire e interferencias prismáticas de luz, ingeniosamente enfocados por medio de espejos contra un espacio vacío. ¡Pero tú lo *consigues*, esto es lo más curioso! Y la complicación de alusiones y referencias por asociación en la medida enorme en que las usas aglomera tanto el material para el lector, que el resultado es solidificar, por el mero volumen del proceso, la vaga percepción que ha de servirle de punto de partida. Conforme el aire, en razón de su volumen llega a pesar como un cuerpo sólido, así su pobre sombra inicial de percepción, envuelta en este gigantesco desarrollo de atmósfera sugestiva, crece como los gérmenes hasta convertirse en algo inmensamente mayor y más real. Pero constituye el método más singular que uno pueda emplear sistemáticamente, como lo haces tú al presente; y lo haces a tu propio riesgo. En esta época de lectura múltiple y apresurada, páginas que demandan atención tan intensa se pasan por alto sin ser leídas. . . . El método hace un efecto disolvente:—¡Diga las cosas de una vez, por amor de Dios,—exclaman,—y acabemos!— Y lo mismo digo yo ahora; danos *una* cosa en tu antigua, directa manera, siquiera para demostrar que a despecho de tu paradójico triunfo en este inusitado método, *puedes* todavía escribir de acuerdo a los cánones establecidos. Danos este respiro; y continúa después siendo la "curiosidad literaria" en que te has convertido. Eres inaccesible en tus relampagueos, alusiones y felices laberintos verbales, pero el *fondo*

[1]Alusión a *Valentine and Orson*, novela del tiempo de Carlomagno, que ha servido de tema a varios dramas. Valentine y Orson eran gemelos nacidos en la selva. Orson fué arrebatado por un oso, y se hizo rústico y salvaje. Valentine fué recogida por su tío, el rey Pepino, y llegó a ser una dama de la corte.— La Redacción.

de la literatura es sólido. ¡Bríndanoslo siquiera *una vez* más! El simple perfume de las cosas no perdura, y el efecto de solidez que tú obtienes no es sino perfume y simulacro."

Conociendo la susceptibilidad exagerada del novelista que se rebelaba contra la sombra más ligera de crítica, registré minuciosamente su correspondencia de aquel tiempo para descubrir el efecto de esta tunda cordial administrada por su "queridísimo hermano Wílliam." Probablemente había dejado en alguna parte la huella de los costurones. Henry James era incapaz de haber aceptado sin protesta aquello de "dar vueltas entre exhalaciones y suspiros," ni "la ilusión de un objeto sólido formado enteramente . . . de materiales impalpables, aire e interferencias prismáticas de luz, ingeniosamente enfocados por medio de espejos contra un espacio vacío;" ni la admisión de que "el fondo de la literatura es sólido," o que "el simple perfume de las cosas no perdura, y el efecto de solidez que tú obtienes no es sino perfume y simulacro." No; estos porrazos no podían haber pasado inadvertidos ni disimulados. Pero mi investigación ha sido en vano. Ese discreto redactor —el demasiado discreto Mr. Lúbbock, que ha tomado a su cargo, a fuer de misión sagrada, la tarea de evitar que el verdadero sujeto sea conocido del inquisitivo público a favor de algún imprevisto desliz—ha substraído cuidadosamente de la correspondencia la respuesta a esta ardiente flagelación fraternal.

Sin embargo, con fecha del todo diferente—dos años antes, en efecto—en carta del 23 de noviembre de 1905, dirigida de Lamb House a "Mi queridísimo Wílliam," descubrí, disimulado entre la graciosa verbosidad de familia (a que Henry era tan adepto) algo que puede haber sido eco de la misma controversia, si no exactamente respuesta al desembozado ataque arriba mencionado. O bien el redactor de la correspondencia de Henry alteró osada—y desmañadamente—la secuencia real de esta carta con el objeto de disimular las escaramuzas de la familia en cuestión de convicciones literarias, o, lo que es igualmente probable, la controversia era perenne y se había reavivado con las recientes entrevistas de los hermanos en los Estados Unidos. A todo evento, he aquí, y bastante vigorosa, una réplica que bien podría haber servido de respuesta a la amonestación: "¡Diga las cosas de una vez, por amor de Dios, y acabemos!'

"Me propongo (con relación a lo que me dices de haber leído *The Golden Bowl*) dedicarme a producir alguna aventurada composición, en forma de novela, que te satisfaga como hermano; mas permíteme decirte, querido Wílliam, que me sentiré terriblemente humillado si te *agrada*, y si por ello la englobas, en tu afección, con cosas de la época corriente, sobre las cuales te he oído expresar admiración y que yo preferiría descender ignominiosamente a la tumba antes que haber escrito. Con todo, te escribiré tu libro en el estilo de dos y dos son cuatro en que toda la horrible broza que nos circunda se produce, y *entonces* descenderé ignominiosamente a la tumba por haberme consagrado al arte del pizarrín en vez de continuar con el arte del pincel. . . . Pero, seriamente, está muy avanzada la noche, y yo estoy demasiado cansado para discutir esta cuestión—más allá de lo que sea manifestar que siempre me desconsuela saber que has leído algo mío, y siempre espero que no lo hayas de leer—tan incapaz eres constitucionalmente, a mi entender, de "apreciarlo," y tan sin remedio condenado a contemplarlo desde un punto de vista tan remotamente ajeno al mío al escribirlo, y a las condiciones de que, *a fuer de mío*, inevitablemente ha brotado; de suerte que todas las intenciones que han sido (para mí) su principal razón de ser parece que no llegan al radio de tu percepción; y aun pareces asumir que la vida, los elementos que componen su esencia, se apartan de la felicidad por el hecho de carecer de una imposible analogía con la vida de Cámbridge. En ninguna parte en torno mío veo realizarse o siquiera soñarse las cosas que únicamente constituyen para mí el *interés* de escribir una novela, y sin embargo, en sacrificarlas en su propio terreno es que consiste evidentemente aquello que tú me sugieres. Ello demuestra cuán alejadas y en cuán diversa dirección tenemos que orientar (¡lógica y naturalmente!) nuestra respectiva vida intelectual."

Henry concluía esta dignificada (salvo

en la alusión a la vida de Cámbridge) disertación fraternal en propia defensa, con una rapsodia sobre *Kipps*, en donde (lo mismo que en *Tono Bungay* y *Anna Veronica*, por las cuales sentía análoga admiración) tendría uno razón suficiente para descubrir el "estilo de dos y dos son cuatro" que recomendaba el hermano Wílliam; y también con una generosa apreciación del austero método y asuntos de Wílliam en sus recientes publicaciones.

Volviendo a nuestras conversaciones en Lamb House aquel verano, referíanse en su mayor parte, naturalmente, al tópico de la edición definitiva—la edición de Nueva York—de las obras del novelista. Este plan había estado en preparación desde la visita del escritor a los Estados Unidos; en realidad había sido una de las varias consideraciones que le impulsaron a emprender el viaje, y desde su arribo había estado ocupándose en la nueva edición. En marzo de 1907 escribía a Miss Grace Norton: "He estado muy atareado los últimos meses pasados revisando mis producciones para una (sutilmente analizada) colectiva y definitiva edición." Acentuó en sus pláticas conmigo el grado de selección que representaría esta nueva edición: sería "sutilmente analizada," y también embellecida. "En verdad," decía, "solamente bajo esta condición he consentido en que se llevara a cabo este plan." Conociendo, a pesar de mi escasa experiencia en aquel tiempo, algunas de las exigencias de los editores con respecto a los autores cuyo éxito se cuenta más en reputación que en dólares, agregué el necesario grano de sal a esta exposición del caso; criterio en que me fortificó después el descubrir entre sus *Letters* una en que se quejaba francamente a Howells de las restricciones que le imponían los editores norteamericanos limitando la edición de Nueva York a veintitrés volúmenes (últimamente a veinticuatro). Esto requirió, con sentimiento del autor, la exclusión de "los tolerablemente pletóricos y buenos bostonianos de casi un cuarto de siglo atrás: producción que nunca, ni siquiera ante mi bien disciplinada paciencia, ha recibido la menor justicia." "En cuanto a la edición en sí," continúa, "me ha molestado un poco el tener que dejar fuera tantas cosas que habrían contribuído a completarla más vívidamente. No me apeno por las muchas cosas que he omitido yo mismo en razón de bien fundadas preferencias y objeto definido; pero sí lamento otras que han debido condensarse por falta de espacio y por el rigor de los veintitrés volúmenes, y nada más que veintitrés, que ha sido la condición absoluta en que he podido arreglar el asunto con los Scríbner."

Lo anterior fué escrito en 1908 hacia la terminación de la abrumadora labor; pero en el verano de 1907 el autor estaba embelesado con la oportunidad de supresiones y enmiendas que debían constituir "la selectiva y definitiva edición." Me conturbó un poco descubrir que entre las muchas cosas omitidas "en razón de bien fundadas preferencias y objeto definido" figuraba *Washington Square*, serie de cuentos comparativamente claros, escritos en su primitivo estilo americano, y también, según creo, *Daisy Miller*, que obtuvo suspensión de la sentencia gracias a la convicción de los editores de que era uno de los pocos libros comercialmente remunerativos de la lista.

Cualesquiera que fueran mis emociones acerca de la selección para la nueva edición, resultaban pálidas ante las que agitaban al maestro en la concepción de su deber para con sus antiguas creaciones. Aquello era, en una palabra, nada menos que el "rehacimiento" completo de sus tempranos y primitivamente simples esfuerzos en conformidad con su último método, ¡el método del amanuense y de la "elaboración profusa!" En muchos pasajes de sus cartas de aquel tiempo alude a este proceso de "retocamiento," lo cual viene a reavivar mis recuerdos de nuestras prolongadas discusiones sobre la cuestión de si un autor debe tomarse esta clase de libertades con sus creaciones anteriores, y hasta qué punto es conveniente alterarlas. A propósito de los eliminados "bostonianos," escribía James a Howells: "Indudablemente esto requerirá una cantidad enorme de ingenioso retoque, y no tengo ahora el valor de emprender tarea tan formidable como la que representa el revisar y volver a revisar." Siente uno el deseo de que este acceso de laxitud hubiera acometido al novelista con más anticipación, de manera

que *Roderick Hudson* y *The American* pudieran haber escapado al demasiado impetuoso pincel del retocador. En la carta antes citada a Miss Grace Norton, dice James, refiriéndose a la revisión:

"Entonces sobrevinieron tropiezos y retardos, complicándose el asunto por la diversidad y conflicto de opiniones producidos por la distancia que separaba a mis editores, hasta que al fin todo se ha arreglado en condiciones satisfactorias (en ambos países, ya que la dificultad provenía de la diferencia de apreciación aquí y en los Estados Unidos) y resultará una *hermosa* colección: espero que en realidad sea hermosa y no demasiado trivial (a decir verdad, suficientemente laboriosa) debido en gran parte a la estricta revisión (y aun nueva *redacción*) de las primeras cuatro novelas que escribí, y a su ilustrativa clasificación, colocación, yuxtaposición y separación en la serie."

Cito la frase entera exactamente como fué escrita, porque ilustra admirablemente la clase de estilo en que su primera y más clara labor iba a reformarse. James añade: "La tarea de corregir mis primeras novelas ha sido muy laboriosa . . . tratando de realzar el efecto de las perversas convicciones que alimento."

En una de esas serenas tardes de verano en Inglaterra, como el mismo Henry James podría haberla descrito en sus primeros tiempos de escritor, fué cuando se me reveló en toda su enormidad, de acuerdo con mi propio criterio, el proyectado intento en contra de aquellas juveniles producciones. El novelista, cómodamente arrellanado en una amplia *chaise longue* en la pradera de Lamb House, me leía ciertos pasajes de la primera edición de *The American* (1877), y en seguida la versión corregida y "retocada" en que trabajaba entonces. La primera versión era lo suficientemente vívida y directa para satisfacer aun al "hermano William," la obra de un joven. Las nuevas, "retocadas" frases, desprendiéndose en asmáticos embolismos de los labios del novelista, caracterizaban bien las "exhalaciones y suspiros" a que tan vigorosamente objetaba "el hermano William;" y las "enmiendas" resaltaban como manchas en las pulidas y limpias páginas del original, haciéndose aparentes siquiera al escucharlas. La versión revisada afectaba cierto aire reposado de la edad, que se avenía mal con el sencillo argumento de *The American.*

A fuer de novicio experimentaba yo considerable pavor ante mi huésped, el respetado maestro de mi círculo; no obstante, pasado un momento (a medida que los efectos del "retoque" se hacían más y más evidentes) me aventuré a lanzar algunas observaciones, a decir algo del respeto que uno debe a su propio pasado, viviente o enterrado, y de la imposibilidad de efectuar esta especie de resurrección, queriendo infundir el aliento de la vida presente a lo que, con buen o mal éxito, se había concebido y terminado bajo diferente inspiración, como persona distinta así fuera inferior. (Después de comparar las dos versiones de *The American* antes de escribir el presente artículo, estoy más convencido que nunca de la verdad de mis observaciones.) Mi huésped, sin embargo, no asintió conmigo en lo menor, y como siempre que se discutían sus métodos, protestó viva y rotundamente. Si mi memoria no es infiel, tal fué el tema de nuestras conversaciones durante el resto de mi visita, y aunque el maestro me abrumó con sus tempestuosas aseveraciones ("¡Nunca podría permitir redacción tan mala en una edición definitiva!") y yo cedí hasta cierto punto, admitiendo correcciones literales (porque no es necesario, pensaba, que uno preserve errores incidentales en ortografía y puntuación—asumiendo que se hubieran cometido—para regocijo de la posteridad); pero, continuando inalterables mis convicciones sobre el punto principal de la discusión, me refugié en un silencio cortés dejando que el viejo escritor tuviera la última palabra . . . hasta que llegó el momento de la inevitable carta de reconocimiento por su hospitalidad, que escribí desde un pequeño lugar de Bretaña adonde me había dirigido a raíz de mi visita a Lamb House. Aquella carta debe haber contenido alguna repetición más osada de mi punto de vista: dejar que el pasado se las arregle como pueda, a fuer de parte y parte genuina de nuestra psicología, que evidentemente es tan peligroso remover como lo es el tratar de revivir antiguos amores; y debe haber sido lo suficientemente exaltada (a salva distancia

de mi temible huésped) para provocar la respuesta siguiente:

LAMB HOUSE, RYE, SUSSEX
7 de agosto de 1907

Estimado Róbert Hérrick:

Fué un gran placer recibir noticias suyas, pero yo ando siempre atrasado millas y más millas con toda clase de correspondencia. Cuando he completado mi cuota de trabajo diario—es decir, de *composición literaria*—con cierta intensidad, la facultad de escribir en cualquier forma me abandona desastrosamente. Me siento vacío, exánime, y las cartas vienen en el orden que pueden . . . y la mayor parte se quedan sin contestar. Pero tengo que agradecerle también el amable obsequio de su libro *The Common Lot* (que deseo y he de leer: descansa en mi mesa solamente haste que me resuelva a endosar los arreos y halar de mi carromato por sus acostumbrados surcos). Desde mi regreso de los Estados Unidos he estado un poco fuera de carril, pero las cosas ruedan ahora más suavemente. Mis felicitaciones cordiales por que las condiciones en Bretaña le resulten tan placenteras y que pueda usted (?) aventuras románticas. ¿Por qué habla de "ahorrarme" la expresión de la "insuperable" atracción que ejercen sobre usted? No habría sospechado que a estas alturas *j'en étais encore* a probar mi obsesión constante acerca de las cosas de Francia. ¡Ni siquiera asistió usted—según confesión propia—a mi fanática conferencia sobre Balzac! Un millón de gracias, a todo evento, por sus singulares e insistentes observaciones en el asunto de revisión de mis obras a propósito del antiguo material de que hablé a usted con referencia al plan de una edición definitiva. Me conmueve infinitamente que haya prestado usted al asunto consideración tan honda y simpática que le impulsara a tomarse la molestia de protestar contra el retoque. *A decir verdad*, solamente un libro admite retoque (*The American* y tal vez *Roderick Hudson* y *The Portrait of a Lady*, aunque en grado mucho menor); pero, en substancia, jamás habría yo proyectado esta edición sin el convencimiento de que una prolija revisión—dondequiera que fuese necesaria—constituía parte integrante del proyecto. Hago completa justicia a sus argumentos, pero no me juzgue usted temerario o ciego por sostener que soy yo realmente y no usted quien tiene razón. La *raison d'être* (de la edición) es su calidad de selectiva a la par que colectiva, y por el simple hecho de eliminar ciertas cosas (¡he procurado leer de nuevo *Washington Square* y me ha sido *imposible*, y temo que sea indispensable omitirlo!) estoy en el caso de ejercer cierta censura, cierto discernimiento, y considerar algunas partes de mis obras como accidentes desgraciados. (Muchas partes de muchos de mis libros—de todos—revelan espíritu varonil.) De allí no hay sino un paso . . . pero es la una de la mañana, he escrito siete cartas, y no intentaré terminar esta frase ni ampliar el significado. ¡Dispense usted mi orgullosa confianza en la lucidez de mi sentido literario! Si no hubiera decidido este retoque—es decir, una revisión estricta—habría reimprimido *todas* mis obras, y la idea es terrorífica. ¡Usted mismo se regocijará! Confíe en mí, y se convencerá de que tuve razón. Pero, buenas noches, y perdón por mis ilegibles garabatos y la incoherencia de las altas horas. Sírvase ponerme a las órdenes de su señora, y créame siempre muy suyo.

HENRY JAMES.

Esta contestación a mi protesta, a juzgar por las cartas que la discreción de Mr. Lúbbock ha dejado ver la luz, caracteriza la tendencia del novelista a una elaborada defensa de su tema, entre la cual se destacan las pocas palabras realmente significativas al final de su epístola: "¡Confíe en mí, y se convencerá de que tuve razón!" En la colección de *Letters* publicadas por Mr. Lúbbock encuentro una respuesta análoga a protesta aparentemente análoga contra las libertades del novelista al retocar sus primeras obras, arruinando la antigua sencillez con modernas sutilezas de estilo. Con fecha 12 de noviembre de 1906 escribía James, de Lamb House, a Mrs. Dew-Smith: "Lo que he intentado es una simple revisión de la superficie y expresión, porque el libro (*Roderick Hudson*, esta vez) adolece positivamente de estilo perverso en muchas de sus partes."

La filosofía del "hermano Wílliam" debería haber convencido al novelista de la imposibilidad—sobre todo en este caso—de hacer "una simple revisión de la superficie y expresión" sin afectar inevitablemente "la substancia," cuando ambas se funden tan íntimamente como en cualquiera otra circunstancia se habría deleitado Henry James en reconocer que se fundían en sus obras.

La prueba del asunto—y que a mi entender, aun ahora que consideraciones de mucho mayor importancia se han impuesto a nuestra atención, no asume por cierto significación mezquina—se encontrará comparando la vívida descripción de un joven en *The American* (1877) con el estilo reto-

cado de la versión de la edición de Nueva York. Afortunadamente, los pasajes más dramáticos y los diálogos—que abundan allí más de lo acostumbrado en las novelas de Henry James—están relativamente libres del proceso de "elaboración;" pero los trozos explicatorios y más profundamente analíticos y concisos han sufrido un extraño cambio de juventud a edad madura y aun senil. Con una simple ojeada al facsímile de una página de las pruebas revisadas de *The American,* puede observarse cuán constantemente se había usado el pincel del retocador en esta obra. Los efectos obtenidos por esta "elaboración" verbal se ilustran en las dos series de pasajes típicos de dicha novela que aparecen abajo en columnas paralelas:

EDICIÓN ORIGINAL, página 6	EDICIÓN DE NUEVA YORK, página 2
. . . El caballero sentado en el diván era un hermoso ejemplar de americano. Pero no era solamente un gallardo americano; era, sobre todo, físicamente, un hombre gallardo. Parecía poseer aquel aspecto de salud y fortaleza que, en la plenitud de su desarrollo, despierta admiración: capital físico cuyo propietario no hace nada por realzar. Si era un cristiano vigoroso, no aparentaba saberlo.	. . . El caballero sentado en el diván era el americano superlativo; afirmación de carácter a que contribuía en parte la general e inconsciente magnificencia de su edad viril. Parecía poseer aquel aspecto de salud y fortaleza que, en la plenitud de su desarrollo, despierta admiración: modalidad física cuyo propietario no hace nada por realzar. Si era un cristiano vigoroso, carecía de doctrina.

En este caso, el retoque se reduce casi por completo a la fraseología, y, sin embargo, puede observarse la tendencia a substituir lo general y lo abstracto, característico de la edad, en aquello de "afirmación de carácter a que contribuía en parte la general e inconsciente magnificencia de su edad viril" en vez del simple "era, sobre todo, físicamente, un hombre gallardo," y lo de "carecía de doctrina" en lugar de "no aparentaba saberlo."

EDICIÓN ORIGINAL, páginas 215-16 (*continuación*)	EDICIÓN DE NUEVA YORK, páginas 239-41 (*continuación*)
Jactábase de no estar enamorado, pero hay que suponer que su biógrafo sabía lo que se pescaba. No aspiraba, por lo menos, a ninguna de las exenciones ni emolumentos de la pasión romántica. El amor, a su entender, volvía necios a los hombres, y sus emociones actuales no significaban insensatez sino cordura: una cordura discreta, serena, bien dirigida. Lo que sentía era una ternura intensa, devastadora, cuyo objeto era cierta dama extraordinariamente graciosa y delicada, a la par que majestuosa, que vivía en una vasta mansión gris de la orilla izquierda del Sena. Esta ternura convertíase a menudo en positiva congoja: síntoma que ciertamente debería haber indicado a Newman el nombre que la ciencia ha dado al sentimiento que experimentaba. Cuando el corazón está oprimido, nada significa que el peso que le agobia sea de oro o de plomo; a todo evento, cuando la felicidad alcanza el grado en que se identifica con el sufrimiento, el hombre se halla en el caso de admitir que el reinado de la cordura se ha interrumpido temporalmente. Newman deseaba tantos bienes a Madame de Cintré, que nada de lo que pensaba hallarse en situación de hacer por ella en lo futuro alcanzaba a compararse con lo que anhelaba en su presente estado de ánimo. Aparecía ante él como producto tan feliz de	Jactábase de no haber sucumbido, y no necesitaba sucumbir al amor en la manera en que lo recomendaba a Valentín, pero hay que suponer que su biógrafo, como él lo hubiera expresado, sabía el mal que le atormentaba. No aspiraba, por lo menos, a ninguna de las exenciones ni emolumentos del simple estado de enamorado. Esta condición, reflexionaba, era demasiado consistente con la estupidez, y jamás había tenido más firme dominio de su razón ni opinión más elevada de su criterio. Sentíase consciente, no obstante, de una ternura intensa, devastadora, cuyo objeto era cierta dama extraordinariamente graciosa y armoniosa, a la par que insidiosamente excitadora, que vivía en una espléndida mansión gris de la orilla izquierda del Sena. Su teoría de la inclinación que le arrastraba hacia ella era que se sentía penetrado de la conciencia de cuán magníficamente podría la dama venir a su ayuda en la cuestión de su porvenir. . . . En realidad, casi habría deseado que alguna premiosa necesidad de dinero la asediara; el chirrido de gozne de esta clase habría resonado dulcemente en sus oídos, siempre que se tradujera en el derrumbamiento de la puerta de separación. Lo que anhelaba era hacerla *suya*, y que las emociones de ella en la con-

EDICIÓN ORIGINAL *(continuación)*	EDICIÓN DE N.Y. *(continuación)*
la naturaleza y de las circunstancias, que su fantasía, extraviándose en futuras combinaciones, se sobresaltaba de continuo con el temor de hacerse culpable de alguna compresión o mutilación de tan bella y armoniosa personalidad. Esto es lo que significaba la ternura de Newman. . . . Un griego de la antigüedad, coronado de rosas, reposando deliciosamente su brillante intelecto en la contemplación de una diosa de mármol, no habría podido encarnar más plenamente la sabiduría que se absorbe en el goce de apacibles armonías.	ciencia de su rendición se reflejaran en él, para regocijo de ambos. En tanto que no se le entregara por completo, la seguridad estaba acompañada de inquietud y deseo ardiente, de los cuales sólo encontraba refugio en las hermosas fantasías, la extravagancia, que casi rayaba en formidable, de sus sueños para el porvenir. . . . Y la impresión que experimentaba, asemejábase mucho, discurría él, a la crítica meditativa de un artista que estudiara el "estilo" en alguna obra exquisita o en algún genio apacible, y lo sintiera palpitar y palpitar y palpitar sin interrupción, como la verdad en una voz perfecta o la seguridad en una índole perfecta. Del mismo modo que tal artista pudiera decirse a sí mismo: "¿Cómo ha sido posible para mí la vida sin consagrarla a este estudio?" así Chrístopher Newman podía solamente repetirse: "¡Pensar que este ser existe y que—en mi necesidad general—no lo poseo!"

Este pasaje ilustra los peligros del proceso de elaboración, más insidiosos cuando en la edad madura o en la vejez el creador se lanza a describir de nuevo un personaje concebido en la juventud. Si no me equivoco, Henry James ha alterado aquí, sutil y tal vez inconscientemente, el carácter de su primitivo héroe—un americano sencillo, ingenuo, poco dado a metafísicas, probablemente como muchos otros que el novelista conociera en la época en que escribió *The American*—elaborando sus reacciones pasionales hasta convertirlas en algo demasiado consciente (y demasiado sensual) para el carácter que originalmente había atribuído al personaje. La "insidiosamente excitadora dama" es una adición gratuita muy poco en armonía con el Newman que presenta la historia, quien tampoco era el deliberado egoísta que en medio de su pasión concibiera que "su teoría de la inclinación que le arrastraba hacia ella era que se sentía penetrado de la conciencia de cuán magníficamente podría la dama venir a su ayuda en la cuestión de su porvenir." Solamente la perversión de una edad a que no habían llegado en 1877 ni Newman ni su juvenil creador, concibe aquello de "en tanto que no se le entregara por completo, la seguridad estaba acompañada de inquietud y deseo ardiente;" y por último, el corazón de la edad madura, por no decir de la vejez, es lo que se traduce para el conocedor en la actitud final del enamorado héroe en el pasaje: "*¿Cómo ha sido posible para mí la vida sin consagrarla a este estudio?* así Chrístopher Newman podía solamente repetirse: *¡Pensar que este ser existe y que—en mi necesidad general—no lo poseo!*" Pero me es imposible imaginar al juvenil Chrístopher Newman de Henry James expresándose de su amor en términos semejantes, ni pensando siquiera remotamente de esta manera en Madame de Cintré. Esta clase de sentimiento amoroso pertenece al egoísmo de la madurez: época en que el interés de la propiedad se ha establecido suficientemente a fuer de instinto que corroe las relaciones más nobles. En este caso el retocador no se ha conformado con agregar un rasgo aquí y acentuar un tono vago allá, sino que ha superpuesto sobre un tipo sencillo y perfectamente consistente una personalidad mucho más consciente y, a mi juicio, menos atractiva.

Hay, por supuesto, muchos otros igualmente aplicables ejemplos de la inevitable transformación producida por el retoque, con especialidad en el último capítulo, que es el resumen de la obra, y donde la muy comprensible desolación de Newman por su fracaso amoroso aparece entretejida en una ingeniosa red de sutiles consideraciones adornadas de los indispensables arabescos, tales como "podría compararse a algún solitario atleta ejercitándose infatigable-

mente en los corredores del circo" (analogía que se me hace imposible imaginar que alguna vez acudiera a la mente de Chrístopher Newman). Existen leyes para proteger a los niños contra un tratamiento demasiado rudo de sus padres; debería existir para el artista una especie de conciencia que le prohibiera tocar las producciones de su juventud. ¡Los *Six Characters* (Seis tipos) de Pirandello harían bien de tener esto en cuenta antes de echarse en busca de su creador!

Al terminar estas páginas acuden a mi memoria otros temas de nuestras conversaciones de aquellos días de verano en la placentera casa de ladrillos en Rye: apreciaciones por el Master of Gissing, anécdotas de Hardy (y *Jude the Obscure*), de Mrs. Humphry Ward (¡La buena señora! ¡Nunca entendía una palabra de lo que yo estaba diciendo!), de Guy de Maupassant, y muchos otros; pero ello era casi todo chismografía. La única discusión seria de arte que tuvimos fué sobre esta cuestión de corregir antiguos trabajos. Y comprendo, después de todo, que el asunto no es de importancia trascendental. Estas cuestiones de técnica literaria, del método de los artistas en la producción de su arte, alcanzaban quizá mayores proporciones antes de que nadie soñara en el advenimiento del gran desastre. Por lo menos, la asumían para mí, que me había aventurado en la incierta y fascinadora ruta del escritor. Y Henry James, en el pináculo de su hondamente apreciado aislamiento, podía desazonarse el alma a su placer con tales materias. Ahora el mundo ha cambiado, aunque no se haya hecho mejor, y los escritores se preocupan por cosas que perturbarían "horriblemente," lo temo, la serenidad del famoso expatriado que consagrara sus días a la penosa tarea de transubstanciar casi por completo (¡si no del todo!) la forma por el fondo en virtud de la fraseología.



ELEMENTOS DETERMINANTES EN LA POLÍTICA MUNDIAL

POR

RÁYMOND GÁRFIELD GETTELL

El problema de las relaciones internacionales es de índole sumamente vasta y compleja, y debería analizarse estudiando separadamente los factores que influyen en la política interna y externa de las naciones. Como factores determinantes en la conducta de los pueblos y que ejercen influencia considerable en la política, enumera el autor: la historia, la situación geográfica, la raza y la nacionalidad, el incremento de población, la forma de gobierno, los problemas económicos, los ideales políticos, la religión, y las personalidades eminentes capaces de moldear la opinión pública. A grandes rasgos analiza el autor todos estos elementos, cada cual ejerciendo presión importante en las relaciones internacionales. Todavía hay otros factores indirectos, explica, pero cuya acción se deja asimismo sentir en la esfera política. La apreciación de estas diferentes fuerzas combinadas, a que obedece necesariamente la orientación de la política de los pueblos, debería crear actitud más tolerante y amplia en las relaciones internacionales. —LA REDACCIÓN.

UNA de las enseñanzas más conspicuas de la reciente conferencia de la paz en París ha sido el convencimiento de que las relaciones entre los estados no pueden arreglarse de acuerdo a un solo patrón. Muchas de las dificultades con que se tropezara respecto de la demarcación de fronteras, adjudicación de territorio y monto de indemnizaciones se produjeron por el hecho de que en ciertas ocasiones determinado factor era considerado decisivo por alguno de las naciones interesadas, en tanto que en otras ocasiones factor enteramente distinto asumía importancia predominante para el mismo estado o para alguno de los demás interesados.

Si se aplicara el principio de la unidad étnica y la voluntad nacional, se llegaría a cierto resultado. Si se tuvieran en consideración barreras geográficas y fronteras estratégicas, la solución sería del todo diferente. Los lazos económicos, tales como la necesidad de materias primas o empréstitos e inversiones de capital extranjero, marcarían, de otro lado, línea de conducta muy diversa. Las tradiciones históricas y los anhelos, a menudo irrazonables y nacidos de prejuicios, de los pueblos mismos demandarían todavía distinta solución.

Las influencias que han producido las condiciones existentes en las relaciones internacionales y que afectan la solución de los problemas futuros son extremadamente complejas y tienen conexión íntima entre sí. Sin embargo, un análisis de estas fuerzas latentes es esencial para la inteligencia de los asuntos mundiales. Sin pretender mencionar todos los factores, resolver sus elementos o establecer su relativa importancia, señalaremos algunas de las influencias determinantes que afectan el mundo de la política.

I

LA HISTORIA

EL DESARROLLO de los estados y de las mutuas relaciones internacionales en lo pasado, cualesquiera que hayan sido las influencias que determinaron este desarrollo en su época, se convierte, una vez alcanzado, en factor de la política ulterior del mundo. Muchos de los motivos y mucho de la política de los estados existentes pueden explicarse solamente en razón de su pasado histórico. Las amistades y enemistades transmitidas por la tradición subsisten largo tiempo después de desaparecidas las causas que las provocaron; y el deseo popular de vengar pasados agravios o corresponder al apoyo prestado en otra época puede encontrarse en conflicto con una política práctica de actualidad. Si lo pasado pudiera borrarse, sobreviviendo únicamente influencias perennes y motivos racionales, la política mundial asumiría índole del todo diversa.

Los estados son lo que son principalmente a causa de su pasado. Representan una larga serie de esfuerzos, luchas e ideales comunes; y la memoria del pasado, con-

forme lo registra su historia, influye profundamente en su actitud actual y en sus aspiraciones para el porvenir. Las doctrinas e institutiones humanas, acumuladas en otras épocas, constituyen las verdaderas fuerzas que actúan en la vida presente. Contra ellas luchan, a menudo en vano, los talentos más preclaros y los entusiasmos más nobles. El progreso obtenido a favor de rudo esfuerzo se ve frecuentemente anulado por falacias desacreditadas e instituciones añejas. Los estados, a semejanza de los individuos, corren el peligro constante de considerar problemas modernos a la luz de emociones anticuadas, o tratar de resolverlos con raciocinio anticuado. Las tradiciones históricas y los resultados directos e indirectos del desarrollo pasado influyen poderosamente en la política mundial.

II

EL AMBIENTE NATURAL

LAS relaciones entre los estados, como las demás funciones humanas, se desarrollan en el cuadro ordenado por la naturaleza y sufren la influencia de las diversas fases del ambiente natural. La situación geográfica, el clima y los recursos naturales son factores importantes en la orientación de la política. La extensión de los estados, su grado de aislamiento y la dirección natural de su expansión externa dependen en gran manera de las condiciones geográficas. La posición estratégica de un estado y la forma de sus fronteras naturales ejercen considerable influencia respecto de su posición y su política en los asuntos extranjeros. El clima y los recursos naturales afectan el temperamento de su población y la índole de sus industrias, determinando medidas importantes de gobierno y de política externa. Que se atienda de preferencia al poder militar o al poder naval es, en gran parte, cuestión de geografía. Las amistades o enemistades internacionales son a menudo resultado accidental de la propincuidad geográfica. Las barreras de tarifa para proteger las industrias nacionales y la rivalidad comercial por mercados, marina mercante e inversión de capitales se producen a consecuencia de los recursos naturales de los países interesados. Batallas de que dependía la suerte de pueblos enteros se han decidido por fenómenos naturales, tales como el viento, la lluvia, la niebla o la nieve, fuera del dominio humano.

El estudio del mapa físico de la tierra es uno de los primeros pasos hacia la comprensión de los principios básicos de la política mundial. Antes de que el hombre apareciera en la tierra, la naturaleza había trazado ya las líneas principales de gran parte de la historia política. A despecho de los mejores esfuerzos del hombre para dominar el mundo en que habita, la influencia del ambiente natural ha constituído un factor importante, y a menudo decisivo, sobre la evolución política en la historia de la humanidad.

III

LA RAZA Y LA NACIONALIDAD

DEL mismo modo que la tierra está dividida por la naturaleza en cierto número de unidades geográficas que influyen en la forma y relaciones externas de los estados, la población del globo se divide en cierto número de unidades étnicas, razas y nacionalidades que constituyen factores importantes en la esfera actual de la política. El sentimiento de unidad y supremacía étnicas, con la antipatía consiguiente hacia pueblos de estirpe extraña, ha sido una influencia permanente en la historia política. La comunidad de origen constituyó elemento primordial en la formación del estado, y las agrupaciones tribales condujeron a menudo a la organización política.

La nacionalidad, en gran medida resultado de los vínculos de lenguaje, tradición, costumbres y religión comunes, forma grupos sociales más bien que étnicos, pero no es menos poderosa en la política. Los estados modernos tienden a coincidir con las unidades nacionales, a extender su autoridad política sobre pueblos de la misma nacionalidad fuera de sus fronteras, y procuran asimilar a su cultura todos los elementos extranjeros entre sus ciudadanos. La nacionalidad tiene relación estrecha con la historia y la geografía, pues que el espíritu nacional se origina a menudo en tradiciones poderosas de unidad política en lo pasado o en la ocupación de un territorio común. Durante el siglo reciente-

mente transcurrido gran parte de la política mundial europea ha girado en torno de los esfuerzos de los nacionalidades para conquistarse la unidad o independencia políticas; y la política mundial del porvenir necesitará tomar en consideración este poderoso elemento en la psicología del derecho internacional.

IV

EL INCREMENTO DE POBLACIÓN

EL HECHO natural que origina la expansión es el incremento en números, debido al exceso de natalidad sobre la mortalidad en pueblos vigorosos. Es indispensable tomar alguna providencia para el aumento de población. Ningún estado mira con satisfacción que la proporción de natalidad decline rápidamente en su territorio, ni se someterá sin lucha a que el hambre o las enfermedades destruyan el excedente de su población. Tampoco sufre de buen grado la pérdida de número considerable de sus ciudadanos, a menudo los tipos más valiosos, a causa de la emigración. Ni los mismos individuos, por más que carezcan de adecuados medios de subsistencia en su patria, desean siempre vivir bajo un gobierno y costumbres extranjeros. La preservación propia es ley primordial tanto para los estados como para los individuos; y la preservación propia incluye la oportunidad de incremento, puesto que el incremento no es sino preservación del aumento en números.

Las providencias con respecto al incremento de población, en casos en que se ha llegado ya al límite que el territorio es capaz de sustentar cómodamente, asumen tres formas principales. En primer lugar, un estado puede ensanchar sus fronteras sobre el territorio adyacente, engrandeciéndose a expensas de sus vecinos. La ocupación de territorio sin dueño o parcialmente colonizado, las guerras de conquista o de anexión, o la incorporación de territorios contiguos a favor de pacífica unión marcan este proceso. En segundo lugar, la población, o parte de los individuos que la componen, puede abandonar su patria para buscar fortuna en tierras ajenas. Tal ha sido el carácter de las primeras emigraciones humanas, de la colonización posterior de recién descubiertas o independientemente colonizadas áreas, y de la emigración en la época presente. En tercer lugar, la población puede permanecer en su territorio, pero desarrollando vida económica más intensa y vigorosamente organizada, en forma de que determinada área adquiera la capacidad necesaria de producción para sustentar población cada vez más densa. De esta manera la vida pastoral y agrícola substituyó a la primitiva existencia de los nómadas que se alimentaban de raíces, de la caza silvestre y de la pesca; y los modernos métodos de fabricación y de comercio, la vida ciudadana y el tráfico mundial, están reemplazando el primer período de agricultura que bastaba para la subsistencia general.

La expansión de la industria ha originado las tarifas, leyes protectoras, esferas de influencia, inversión de capitales y explotación colonial, del mismo modo que ha despertado la competencia internacional en armadas, marina mercante y tráfico comercial. Una vez iniciada la expansión colonial, la rivalidad territorial entre los estados se convierte en motivo de expansión, y las grandes potencias marcan para fines políticos las áreas de futuro desarrollo, con gran anticipación a sus necesidades presentes o a su capacidad de colonización. Y como el territorio disponible está limitado por la naturaleza y se encuentra prácticamente reivindicado por completo al presente, el problema de expansión tropezará con dificultades crecientes en el porvenir. La presión de la población sobre los recursos aumenta rápidamente, no sólo a causa del enorme incremento de la población del mundo durante el siglo pasado, sino también a causa del rápido nivel ascendente de la norma de vida. La gente de nuestros días no sólo desea vivir, sino vivir con holgura.

V

EL GOBIERNO Y LA DIPLOMACIA

EXISTE una relación recíproca entre la organización y política internas de un estado y sus intereses y actitud externos. La forma de gobierno ejerce considerable influencia sobre la política exterior de los estados. Las monarquías y las democra-

cias asumen actitud diferente con respecto a muchos problemas de relaciones internacionales; y los diversos grupos o clases que dirigen la organización interna del estado tienen naturalmente en mira sus propios intereses siempre que se trate de orientar la política extranjera. Recíprocamente, los problemas y exigencias de la política mundial reaccionan con frecuencia, a veces gradual e imperceptiblemente, a veces súbita y violentamente, sobre los asuntos internos del estado, influyendo sobre la política interior y aun trastornando en ocasiones el gobierno. Guerras afortunadas han hecho y deshecho estados, y han convertido en caudillos políticos dentro del país a héroes militares.

Las relaciones internacionales necesitan funcionar por intermedio de órganos que formen parte del mecanismo político del estado; de allí proviene la importancia del departamento de relaciones exteriores y del servicio diplomático. Las reglas de acuerdo con las cuales se orientan las relaciones internacionales han adquirido carácter y métodos de funcionamiento más definidos y legales. Finalmente, se han iniciado frecuentes tentativas en el sentido de establecer organizaciones gubernativas internacionales para decidir asuntos comunes a cierto número de estados. El tribunal de La Haya y diversas uniones administrativas internacionales, como la Unión Postal Universal, demuestran esta tendencia. El proyecto de una asociación universal permitiría el desenvolvimiento de tales métodos, convirtiendo muchas cuestiones de política mundial en problema interno de una organización universal. Bajo las actuales condiciones, la organización gubernativa particular de cada estado, el funcionamiento y diversos métodos de relaciones diplomáticas entre los estados, y las tentativas en favor de una unión internacional, constituyen todos diferentes factores que actúan sobre la política mundial.

VI

EL PODER MILITAR Y EL PODER NAVAL

LA POSICIÓN e influencia de un estado en la política mundial se determinan a menudo de acuerdo con la categoría que ocupa a fuer de potencia armada. La fuerzamilitar de un estado depende en gran manera, naturalmente, del número de su población, de sus riquezas y de sus recursos económicos. Con todo, estados vastos y prósperos no siempre son potencias militares o navales; en tanto que pequeños estados, en razón de la organización superior de su fuerza potencial, pueden desempeñar en la historia papel muy desproporcionado con su extensión. Ilustra este hecho la relativa posición que ocupan al presente China y el Japón como potencias mundiales.

Que un estado refuerce de preferencia su poder militar o su poder naval depende de las condiciones internas del país y de las condiciones del mundo en aquel momento. En tanto que la tierra continúe dividida en diversas unidades políticas que consideren de primera importancia su interés particular, la fuerza o la amenaza de la fuerza representará el árbitro final en caso de graves disputas y la única garantía eficaz de acuerdo internacional. Por más deseable que sea la paz universal desde el punto de vista de la ética, subsiste el hecho de que prácticamente todos los estados modernos han sido creados por la guerra, que la guerra ha constituído una influencia constante y poderosa en la evolución política, y que los estados que deciden los asuntos mundiales son aquellos que poseen la fuerza material necesaria para imponer su voluntad.

VII

LAS INFLUENCIAS ECONÓMICAS

DESDE los primeros albores de la vida social puede descubrirse la conexión entre el funcionamiento y organizaciones relativas a la producción y distribución de la riqueza y el funcionamiento y organizaciones que más tarde se hicieron distintamente políticas. La forma del estado y la distribución de autoridad dentro de su seno correspondieron en gran medida a la índole de su vida económica y a la forma y división de la propiedad entre sus individuos y clases. Las relaciones pacíficas entre los estados eran principalmente resultado del canje de productos, y muchas leyes internacionales fueron adoptadas por la necesidad de una regulación uniforme y para protección del comercio. Las alianzas entre naciones significan a menudo similitud

de intereses económicos. Por otra parte, las guerras han tenido generalmente origen económico. Las demandas apremiantes de la población en cuanto a productos alimenticios, con la rivalidad consiguiente por territorio y por mercados y materias primas, después de iniciada la manufactura, son fuente constante de dificultades internacionales.

La conexión entre los negocios y la política es más estrecha hoy en día de lo que jamás haya sido, no solamente en la política interna de los estados, sino también en cuestiones trascendentales de interés mundial. Las grandes negociaciones establecidas en el país apelan naturalmente al gobierno en busca de protección y apoyo para sus empresas en el extranjero. El uso de maquinarias, el sistema de producción de las fábricas, la organización de la industria y la banca en corporaciones, y el adelanto en los medios de transporte y comunicación influyen en varios respectos sobre la política exterior de los estados. Numerosos tratados y considerable parte de la diplomacia obedecen hoy principalmente a la orientación de los asuntos económicos.

Si bien el mundo político se compone de cierto número de estados, el mundo económico representa en vasta medida una sola unidad. La inversión de capitales, el desarrollo de los recursos y el funcionamiento del comercio se llevan a efecto en todo el globo con prescindencia de fronteras políticas. De esta situación emanan numerosas dificultades internacionales. Las tarifas y restricciones comerciales pueden surtir efecto casi tan desastroso como ejércitos y armadas, y la supremacía en marina mercante o en capitales invertidos o en ciertos artículos indispensables es susceptible de convertirse en factor decisivo de la estrategia internacional.

La expansión comercial o capitalista precede frecuentemente a la orientación del gobierno. A favor de la "diplomacia del dólar" o de las esferas de influencia queda prácticamente destruída la independencia de los estados más débiles. Cuando se encuentran en conflicto las ambiciones coloniales o comerciales de las grandes potencias, pueden producirse guerras de magnitud casi universal. Y, puesto que la guerra depende al presente de los recursos y organización económica y de la capacidad de soportar presión financiera, las condiciones económicas son susceptibles de determinar el resultado de conflagraciones nacidas de problemas económicos. La política internacional de los estados rara vez se aparta mucho de los intereses nacionales económicos.

VIII

LOS IDEALES POLÍTICOS

El hombre razonable invariablemente formula teorías para explicar sus instituciones, y se crea ideales de que hace la meta de esfuerzos futuros. Al discernir las causas y efectos el hombre asume nueva actitud. A medida que el movimiento adquiere mayor intensidad, aparecen hombres que tratan de fomentarlo, de retardarlo o de adaptarlo a propósitos ulteriores. Aquello que al principio era sólo una tendencia inconsciente se convierte en poderosa corriente de pensamiento y actividad encaminada a fines bien definidos. Las teorías e ideales políticos, resultado de influencias complejas, se hacen a su turno factores importantes en la política mundial. Tales ideales sobreviven a menudo por largo tiempo a las condiciones que los crearon, transformándose gradualmente hasta perder toda traza de su significado original. Ciertos principios políticos llegan a formar parte de la tradición nacional o a inculcarse en el hábito de pensar nacional. Algunos de ellos se relacionan principalmente con el ideal de política interna, y afectan sólo indirectamente la política mundial; otros son ideales de política externa, emanados directamente de las condiciones y relaciones internacionales. Unos son los principios estrechos y egoístas de un solo estado; otros son los que profesan en común considerable número de estados.

Los ideales de libertad y autoridad, de imperialismo y nacionalismo, de individualismo y socialismo han ejercido influencia tanto sobre la política mundial como sobre los asuntos internos del estado. Doctrinas tales como la del equilibrio del poder en Europa, la doctrina de Monroe en América y la de la puerta abierta en el Extremo Oriente se desarrollaron principal-

mente en el campo de la política mundial. El ideal de la unión universal ha influído notablemente en las regulaciones del derecho internacional y las relaciones existentes entre los estados. Cualquiera que sea la política que gobierna la actitud de un estado en asuntos extranjeros, ya como resultado de principios cuidadosamente estudiados y definidamente formulados o como resultado de fuerzas no analizadas, sus rasgos principales se reflejan siempre en la orientación de la política mundial.

IX

LA RELIGIÓN

A TRAVÉS de ciertos períodos de la historia, la religión ha constituído elemento de gran importancia en la política mundial. En tiempos primitivos, la comunidad de creencias era una de las características más notables que distinguían un grupo político del otro. El deseo de propagar ideas religiosas ha ejercido gran influencia en las conquistas y expansión de territorio. Las Cruzadas, la colonización de América, y las guerras europeas de los siglos décimosexto y décimoséptimo estuvieron inspiradas en motivos religiosos. Labores misioneras han sido a menudo el preludio de expansión colonial, y en la reciente crisis mundial se apeló a motivos religiosos en los Balcanes y entre los pueblos mahometanos. De otro lado, la idea de fraternidad humana universal, que preconiza el cristianismo, ha tenido considerable importancia en la integración política y el internacionalismo. En general, va declinando la importancia de la religión como factor político, aunque probablemente ejercerá cierta influencia todavía por período considerable a fuer de constituir uno de los elementos de que se compone la nacionalidad.

X

LOS GRANDES HOMBRES

LA IMPORTANCIA que deba atribuirse a la acción individual en política es siempre punto muy discutido. A veces, grandes personalidades parecen tener en sus manos el destino de los estados y hacer y deshacer gobiernos a su arbitrio. En determinados períodos, el dictamen y acciones de ciertos individuos trastornan, al parecer, el curso entero de los acontecimientos políticos. No obstante, el gran hombre depende fundamentalmente del ambiente social dentro del cual ha nacido, y su influencia se deja sentir tan sólo cuando el mundo está preparado para recibirla. Su grandeza consiste principalmente en que expresa con más eficacia que los otros el espíritu de la época, o en que es capaz de persuadir a sus conciudadanos de que las nuevas ideas están en armonía con sus condiciones y sus ideales. Al mismo tiempo el estado, a fuer de institución social, está compuesto de hombres y puede ser alterado por los hombres. La facultad de libre acción, ejercida por individuos y naciones, contrarresta la fatalidad de la naturaleza y de la secuencia histórica. La obra de un Napoléon o de un Bísmarck no es influencia menospreciable en asuntos internacionales. En medida considerable, por consiguiente, individuos que ocupan lugar prominente en el gobierno o en la orientación de la opinión pública, son factores en la política mundial.

A todos estos factores, que deben tenerse en cuenta separadamente al estudiar el punto, podrían añadirse muchos otros si se pretende hacer un análisis completo de las influencias que afectan la política mundial. El estado representa únicamente una de las fases de la vida del hombre y una sola forma de organización social, que, en su índole y relaciones, depende necesariamente de otras actividades e instituciones humanas. El desarrollo de la inteligencia y difusión de la educación, los descubrimientos e invenciones científicas, y otros numerosos factores que a primera vista parecen muy ajenos a la esfera política asumen, no obstante, considerable importancia. La opinión pública internacional comienza a constituir una fuerza real y poderosa en el mundo moderno, y el poder de la propaganda organizada es casi ilimitado. Solamente a grandes lineamientos, sin embargo, con numerosas omisiones y defectuosas perspectiva y proporción, es posible investigar las causas que actúan latentes en el mundo de la política. La apreciación de la complejidad de este problema debería, por lo tanto, crear una actitud más tolerante y liberal en cuanto se refiere a las relaciones internacionales.

DE BURLAS A VERAS

POR

T. WÁLTER GÍLKYSON

El autor de la presente historieta describe vívidamente el carácter de su héroe y de algunos de los personajes principales, en interesante episodio de la vida humana y social, en que se contrasta el ingenio con la ingenuidad, las sutilezas morales con la rectitud natural.—LA REDACCIÓN.

I

LA VOLUMINOSA criada, vestida de guinga azul y con el cabello algo alborotado, movíase con lánguida pesadez en torno de la mesa que preparaba para el desayuno. La suave luz de principios de mayo inundaba el aposento, impregnando su vulgar insignificancia de una atmósfera tibia y delicada, atenuado reflejo del temprano y dorado día que por fuera envolvía a la casita. La brisa, vivificante con el perfume matinal de las hojas, penetraba por la abierta ventana, mezclándose a los humos del tocino requemado y de los huevos fritos; el vapor de la gruesa fuente azul recién colocada en la mesa, se alzaba retorciéndose y flotaba descendiendo de nuevo en frágiles espirales. Sobre el indescriptible papel obscuro que cubría las paredes, litografías, la *Hope* [Esperanza], y el *Sir Gálahad* de Watt, destacábanse en gris claro dentro de sus rojizos marcos.

Rose Canby entró lentamente por la puerta que comunicaba con la cocina. Traía un plato de bizcochos que acarreaba con cierto aire profesional, como si se tratara de un deber diariamente desempeñado. Lo colocó en uno de los pisillos diseminados sobre la pulida superficie de la mesa de nogal, y se acercó a la otra puerta.

—¡John!—llamó.

Un ruido de pisadas nerviosas resonó en la escalera. La puerta se abrió, y John Canby entró bulliciosamente al comedor. Ocupó su asiento con deliberación, afectando el acostumbrado ademán de pueril apresuramiento, acompañado de cierto aire de importancia, de responsabilidad, que asumía con evidente complacencia. Desdobló el diario, le echó una rápida ojeada, y luego miró interrogativamente a su mujer.

—Tengo una infinidad de cosas que hacer hoy,—dijo. —¡No sé cómo me las voy a arreglar para atender a todo!—

Suspiró placenteramente, y quedó mirándola con ojos vagos, ansiosos, como solicitando simpatía. Su marchito semblante, con su expresión habitual de perplejidad, sus arrugas de preocupaciones pueriles, semejaba el de un niño prematuramente viejo, de seriedad afectada.

—No tienes idea del trabajo que da cada uno de estos banquetes,—añadió. —¡Es el vigésimo quinto aniversario, y esperamos que asistan el gobernador y el fiscal!— Había en su voz una nota de triunfo personal.

Rose Canby sonrió con aire tolerante, comprensivo; su sonrisa se había hecho más tolerante, más comprensiva, y un poquillo más melancólica conforme avanzaban los años de su vida de casada. Sus ojos pardos, destacándose admirablemente sobre el perfilado rostro de colorido tan tenue como el de los pétalos de una rosa marchita, tenían expresión maternal, protectora.

—Será espléndido, ¿verdad?—Hacía una semana que repetía diariamente esta frase a la hora del desayuno.

Canby asintió con la cabeza. —Serían incapaces de manejar el Six-o'Clock Club sin mí,—declaró, irguiendo los delgados hombros y alisando hacia atrás los escasos cabellos grises que le caían sobre la frente. —Éste es mi décimo año de secretario, Rose . . . antes de la muerte de Mr. Stone. ¿Recuerdas? —Su sonrisa era patéticamente regocijada y entusiasta. —No te imaginas la cantidad de detalles que hay que combinar para estas grandes comidas. ¡Dicen en la oficina,—acentuó con reverencia la última palabra,—que yo soy el hombre más minucioso para los detalles que hayan tenido jamás! ¡Figúrate,—exclamó,

radiante de ingenuo e infantil orgullo,—que Mr. Stone me decía el otro día: "¡Canby, si no lo tuviéramos a usted como revisador de nuestra contabilidad, la casa de Hémphill, Stone, Wílberforce y Jennings tendría que dedicar sus talentos al poco lucrativo arte de entablar juicios en los tribunales de justicia!" —Ensanchó el mezquino pecho, agarrándose las solapas de la holgada chaqueta azul. —¡Y Mr. Stone tiene razón, y toda la oficina lo sabe!—

Su mujer le miró con blanda tolerancia; había cierto sello de meditación en sus ojos, cierta sugestión de algo velado y cariñosamente ignorado.

—John,—dijo,—¿cuándo piensas que te harán socio de la compañía . . . este año?— Su voz era esperanzada, algo indistinta, como si deliberadamente tratara de engrandecer una posible perspectiva.

Canby levantó la cabeza inclinada sobre el plato. —¡Oh, Rose! ¡No puedo esperar eso hasta dentro de mucho tiempo! ¡Solamente he estado doce años en la casa, y solamente tres he sido primer ayudante! ¡Tú no comprendes! —Sonrió con aire de suficiencia.— ¡Se requieren años para pertenecer a una razón social como la de Hémphill, Stone, Wílberforce y Jennings! . . . ¡No hay otra mejor en la ciudad! Siempre he considerado un honor el trabajar para ellos. Pero, ¡figúrate, querida mía! —Su voz adquirió entonaciones triunfales. —¡No olvides que si no fuera por Mr. Stone, no sería yo secretario del Six-o'Clock Club! —Su rostro inquieto y pueril resplandeció de orgullo, adquiriendo firmeza ante la irrefutabilidad de su respuesta.

—Sí, John;—dijo ella con gentileza. —Ya sé que, al parecer, siempre estás en relación con personas distinguidas. Pero, —insistió,— ¡yo desearía . . . a veces . . . que te apreciaran un poco más! Allí está el joven Cárter. . . .

—¡Oh, Cárter!— replicó Canby. Una sombra de decepción cruzó por su rostro. —Lo incorporaron este año a la compañía. Pero,—añadió con renovada confianza,— él goza de amplias relaciones . . . es bastante rico personalmente. Y además, tiene admirable facilidad de palabra. —Detúvose un momento, y luego se inclinó a través de la mesa.— A decir verdad, querida mía, es un hombre muy superficial . . . ¡no sirve absolutamente para detalles! Siempre viene a mí con sus cuentas . . . ¡estoy arreglándoselas constantemente!

—¿De veras?—dijo ella; y luego, alargándose sobre la mesa le acarició la mano.

Mientras él se dirigía al garaje permaneció ella en el umbral, esperando que diera la vuelta con el automóvil al semicírculo que se extendía delante de la casa. Efectuó este movimiento lenta, precisamente, con el negro hongo gravemente encasquetado en la cabeza. El carruaje se detuvo con toda exactitud al frente de la puerta, y él miró a su mujer con aire de quien ha realizado una hazaña. —No regresaré hasta tarde,—dijo alegremente.— No me esperes.

—Está bien,—respondió ella. En seguida avanzó hasta el automóvil y levantó la cara hacia su marido. —Bésame a la despedida,—dijo.

Permaneció un momento más a la entrada, mirando cómo desaparecía el carruaje sobre la lisa carretera gris. La pequeña colonia, con sus blancas casitas de argamasa, lindas y adornadas, ostentándose cada cual orgullosamente en medio de una diminuta pradera de bien cuidado césped, brillaba con fresco y renovado esplendor en la dorada irradiación del sol. En su ordenada precisión, sus esbeltos árboles simétrica y cuidadosamente espaciados siguiendo el intrincado patrón de pequeñas sendas circulares; con sus reducidos garajes, todos por el mismo estilo, levantándose a semejanza de sólidas cajas al extremo de blancos pasadizos de cemento, aparecía curiosamente completa, envuelta en plácida y segura suficiencia. Los ojos de Rose se posaron en el voluminoso cartel que flanqueaba la entrada del camino real: "Búckingham Manor" aparecía allí impreso en grandes letras negras. Contempló más lejos el vasto espacio de bosque profusamente sombreado, la pálida extensión de campos ondulados y el blanco resplandor de columnas disimuladas entre la vegetación.

II

EL ASCENSOR se detuvo en el piso duodécimo, y Canby atravesó vivamente los pasillos hasta llegar a las dobles

puertas de la oficina. Su corazón se agitó con una ligera palpitación de orgullo al mirar los letreros: la razón social, en su firme, impersonal severidad, ostentándose sobre una puerta; una hilera de nombres individuales sobre la otra; su propio nombre, John Canby, a la cabeza de la lista que figuraba debajo de una raya horizontal negra. Dentro, el amplio y bien alumbrado espacio, alfombrado de amarillo y rodeado de altos bancos de caoba, aparecía vacío, expectante; las puertas de cristal opaco de las oficinas particulares estaban abiertas; al extremo más retirado, el mozo de oficina separaba la correspondencia. Dos de las taquígrafas, con los sombreros y abrigos todavía puestos, desaparecieron por la esquina que daba a la biblioteca.

John Canby atravesó las oficinas con paso rápido y ruidoso; un sentimiento de próxima actividad, de importancia, le envolvía y estimulaba. Detúvose un instante delante de la oficina principal, situada al extremo, y cogió una vislumbre del interior: la pulida superficie de los muros, cortada por las obscuras líneas de la entalladura; un dibujo escarlata y anaranjado destacándose sobre el fondo opaco de una alfombra gris; el ancho y brillante escritorio, desnudo de papeles, y una silla alta de cuero. Recostado contra el respaldo de la silla aparecía un rostro, inmóvil detrás de una hoja de papel. Las prominentes y vulgares facciones, agresivas, de agudos lineamientos, hallábanse en reposo; en su serena inmovilidad, su concentración intensa, casi ominosa, parecían la encarnación de alguna fuerza magnífica, corrosiva y sutil.

Canby lanzó un profundo suspiro, su corazón latió con más rapidez; volviéndose, avanzó con paso firme siguiendo el corredor que llevaba a su oficina.

En su escritorio encontró una pila de gruesas cuentas encerradas en cubierta azul, hojas de papel de marquilla atestadas de columnas de guarismos. Tomó la primera y leyó las partidas como lee un músico las notas musicales; descubrió un error: una partida de ingresos incluída en el capital; un destello de orgullo, un sentimiento de eficiencia le estremecieron placenteramente en medio de su absorción en las cifras. Así era como él contribuía a la grandeza de Hémphill, Stone, Wílberforce y Jennings. Nadie podía hacer este trabajo tan bien como él lo desempeñaba. Aun el mismo Mr. Stone. . . .

Levantó los ojos, sonrió al mozo de oficina y recorrió con mirada rápida el memorándum escrito en máquina, que éste había depositado en su escritorio. El jefe necesitaba un informe sobre la responsabilidad legal de cierta compañía de ascensores. Revisó los hechos cuidadosamente; eran complicados, incluyendo a varios litigantes. Estudió el papel con ardor, infiltrando los hechos en su mente. Parecían extraordinariamente separados; era difícil reunirlos y descubrir con exactitud el punto legal implicado. Las cuestiones abstractas siempre lo confundían así, le daban una sensación de inconsistencia mental. Nunca sabía cómo elegir su punto de partida . . . ¡había tantas encrucijadas posibles! Colocó lentamente el papel sobre la mesa, reposando sus ojos en las cuentas que yacían ante él, tan claras e inteligibles en su secuencia regular de guarismos. Suspiró, asediado por la perspectiva de una larga y desesperanzada investigación en la biblioteca. ¡El lenguaje judicial era tan difícil de entender!

—¡Hola, Canby! Hundido en meditaciones, ¿ no es verdad?—

Levantó los ojos, y miró al joven Cárter que se había detenido a la entrada. Experimentó cierta vaga sensación de terror, como si el otro hubiera descubierto su perplejidad. —Sí;—repuso jovialmente;—he recibido una pregunta del jefe.

—¿De veras?— Los ojos de Cárter se iluminaron. Déjeme ver de qué se trata.— Cogió el memorándum de manos de Canby y le echó una ojeada. "Proceso judicial iniciado por Férnald *versus* Quillen, en 261 Pennsylvania." Ya se me había ocurrido, —dijo con indolencia; depositando luego nuevamente el memorándum sobre el escritorio, agregó: —Esta noche es el banquete del Six-o'-Clock Club, ¿no es cierto? Supongo que estará usted muy atareado. —Brillaba cierto destello de malicia bondadosa en sus ojos.

—En verdad que sí,— asintió Canby. Se animó perceptiblemente y miró a Cárter con aire de importancia.— Tengo a mi cargo todos los arreglos.

—Ya lo sé,—replicó Cárter. Sacudió la cabeza en dirección a la puerta. —El jefe asistirá, según me ha dicho.

—¿De veras?— Un débil sonrosado se extendió sobre el rostro de Canby. —Procuraré que lo atiendan bien. El gobernador y el fiscal estarán también en la fiesta.—

Dirigió una mirada ansiosa a Cárter, como esperando que compartiera su entusiasmo.

Cárter sonrió indulgentemente, y la expresión de malicia bondadosa se hizo más intensa en sus ojos. —Será una fiesta borrascosa . . . una batalla de frases ingeniosas . . . ¡tenga cuidado de que no se burlen de usted!—

Canby se echó a reír, algo desconcertado. —No se burlarán, estoy seguro. Nunca lo han hecho.

—Se burlan de todo el mundo, ¿no es así?—dijo Cárter, siempre sonriendo.

—Más o menos. A veces es un suplicio . . . uno tiene que andar muy vivo con la contestación.— Levantó los ojos tímidamente. —No creo que yo pueda hacerlo tan bien como algunos de ellos,—declaró.

Cárter se inclinó hacia él y le palmeó el hombro. —No creo que traten de hacerle ninguna pasada, Canby. No es usted de ésos. —Le apretó persuasivamente el brazo. —¿Quizá podría usted ayudarme con una pequeña cuestión de capital invertido. . . ? Los papeles están en mi escritorio.—

Canby se levantó con viveza. —Ciertamente,—aseguró.

A las tres de la tarde arregló cuidadosamente los papeles de su escritorio, tomó su sombrero de la percha y pasó a la oficina de las taquígrafas. —Voy al Hárrington y después a la oficina de Tom Morán—dijo. —¿Han llegado ya los minutas?—

Una de las muchachas le alcanzó una caja de cartón. —Supongo que estará usted atareado con los arreglos del banquete todo el resto de la tarde, ¿no es cierto?

—Así lo temo. ¡Siempre hay tanto que hacer al último minuto!— Detúvose en la puerta, sujetando estrechamente la caja bajo el brazo. —Como usted sabe . . . cuentan conmigo en el hotel. . . . Tengo que explicar a todos exactamente lo que deben hacer.—

La joven sonrió con aire de inteligencia. —No creo que serían capaces de organizar el banquete si no lo tuvieran a usted, Mr. Canby,—dijo.

Marchaba por la acera muy erguido y vehemente, con la caja bien apretada bajo el brazo. La inquieta, movediza masa avanzaba apresurada delante, en torno suyo: cabezas oscilando en incesante y variado ritmo; colores—anaranjado, alheña, escarlata, relámpagos de blanco, el brillo opaco del gris y del marrón y del negro—se combinaban todos entretejiendo un movible y polícromo diseño bajo el polvoriento resplandor del sol; los alargados lineamientos de las sombras; el áspero y continuado rumor de la vía. Sentíase feliz; era una significativa e importante unidad en la imperativa vida que palpitaba a su alrededor. Irguió muy alta la cabeza y examinó rápidamente los rostros que pasaban por su lado, saludando con brusquedad cordial a algún conocido; de súbito acudió a su mente la visión del atestado comedor del Hárrington, de los discursos y aplausos; inconscientemente apresuró el paso.

Al llegar a la esquina vaciló, alzando la vista hacia la alta figura que se aproximaba, y aguardó un ademán que indicara que le había reconocido. El rostro miraba al otro lado; Canby podía ver solamente el enérgico y bien diseñado perfil, los pómulos prominentes, la boca grande y sensitiva, contraída en un gesto de firmeza y resolución. Miró de nuevo, y esta vez tropezó con los ojos, grises, velados, algo salvajes; brillaron de pronto con un destello de reconocimiento, y el hombre saludó agitando la mano. Canby experimentó una sensación cálida: la mirada había sido amistosa, simpática.

—Pasaré por su oficina a las cinco,—le gritó. El otro asintió con la cabeza, sin detenerse.

"Hombre importante, este Tom Morán," pensaba Canby, detenido en la esquina esperando la renovación del tráfico. Acudieron a su mente los famosos discursos de Morán; su extraordinaria carrera, tan paradójica, tan completamente en armonía con el hombre mismo: su sagacidad para

maniobrar el pasaje de proyectos débiles en la legislatura; su defensa gratuita de un jurista excluído del colegio de abogados; su clientela . . . con cierto matiz de tendencia criminal; su exaltada lealtad para con sus clientes, sus repentinos estallidos de elocuencia idealista. Era el presidente del Six-o'Clock Club, y, reflexionaba Canby, casi tan profundamente interesado en sus destinos como el mismo Canby.

Contempló hacia el sur de la calle la gran masa gris del edificio del hotel. La bandera del club estaba izada: un pequeño cuadrado de lino blanco atravesado por una cuchara de madera que cruzaba diagonalmente una cabeza de carnero pintada al centro.

—¡Caramba con los hombres!— pensó. —¡No pueden siquiera ponerla derecha!—

Las puertas giratorias lo envolvieron, echándolo entre el bullicio contenido del vestíbulo. Un mozo corrió a recibirle la caja, pero él sacudió negativamente la cabeza. Avanzó hacia el ascensor, pasando delante de las sillas color de grana, los exornados, oficialmente lujosos divanes color de grana, y las mujeres en apática expectación, con las manos cruzadas sobre las rodillas. En el rojo cartel junto al escritorio leyó, escritas en pequeñas letras letras blancas, las palabras: "Six-o'Clock Club: esta noche, a las siete, en el salón de baile."

El gran salón estaba adornado profusamente de plantas; los decoradores terminaban precisamente su tarea. Detúvose un instante, vigilando el arreglo. La mesa principal se extendía en todo el largo del comedor; las cinco mesas accesorias partían del núcleo en líneas paralelas. El vacío salón, con la luz del día reflejándose lánguidamente sobre los blancos manteles, parecía mezquino, fácil de dominarse, marco insignificante para una asamblea distinguida. Canby adelantó hasta el centro de la mesa principal. La cabeza de carnero, alzándose sobre un ovalado pedestal de ébano, se ostentaba frente a la decoración central; al pie se veía un mazo y un pulido bloque de madera barnizada.

Depositó su caja sobre la mesa y sacó las tarjetas. "Honorable Thomas Morán." Contempló por un momento su propia y legible escritura redonda. Luego, deliberadamente, con cierta precisión reverente, colocó las tarjetas en torno de la mesa principal. Fijáronse sus ojos en los nombres; mañana aparecerían en los periódicos, se los leería, muy despacio, a Rose a la hora del desayuno; la miraría, en espera de su sonrisa. Su mano tembló ligeramente a impulsos de la excitación, de la expectación. . . . ¡Rose estaba tan orgullosa de él . . . gozaría tanto con la relación del banquete!

El primer mayordomo, hombre de cabellos blancos, de aire reposado y venerable, se aproximó con pasos suaves, determinados. —Se prepara una gran reunión para esta noche, Mr. Canby,—dijo con blando, deprecatorio ceceo. —¿Celebran el vigésimo quinto aniversario?

—Sí; el vigésimo quinto;—replico Canby con expansión. —Y usted ha estado presente en todos, ¿verdad, Jules?—

El viejo inclinó la cabeza afirmativamente y permaneció un momento con la mano apoyada en el respaldo de una silla. —Sí; en todos,—afirmó con sencillez. —Hace ya treinta años que soy primer mayordomo aquí. —Sus apagados ojos azules brillaron con un reflejo de reminiscencias. —Recuerdo muy bien la primera comida. Siempre ha sido una reunión notable.— Inclinó la cabeza gravemente.— Me quedo en el comedor para escuchar los discursos. Son tan agudos y llenos de chispa. —Sonrió francamente a Canby.

—¡Sí que lo son, por cierto!— replicó éste moviendo la cabeza.

—¡Ah, sí!—suspiró el viejo. —Hemos tenido algunos hombres famosos . . . yo los escuchaba a todos . . . por aquí, por allá,—movió el brazo con rápido ademán,—como un relámpago, tan prontos estaban con la réplica. —Miró sutilmente a su interlocutor. —Usted, Mr. Canby, se sienta en la mesa de honor. ¡Quizá algún día, esta noche, pronunciará también un discurso! ¡Me gustaría escuchar cómo les devuelve usted la pelota!

—¿De veras?— preguntó Canby, radiante. —Temo que no podría hacerlo tan bien como los otros, Jules.—

El viejo saludó gravemente. —Estoy seguro de que podría usted,—replicó.

III

PRECISAMENTE a las cinco en punto abría Canby la puerta de la oficina exterior de Thomas Morán. Era un cuarto obscuro, cavernoso, desarreglado; las paredes estaban alineadas de libros . . . había libros tirados sobre la mesa, junto a las diseminadas pilas de papeles, los periódicos judiciales y los sombreros de los hombres que aguardaban sentados, en ansiosa inmovilidad, con los ojos vueltos vagamente hacia la oficina interior.

—Mr. Canby, miembro del colegio de abogados, desea ver a Mr. Morán,—dijo con tono firme a una de las taquígrafas.

Ella lo examinó de arriba abajo, y luego se dirigió a la puerta con petulante languidez.

—Mr. Canby, miembro del colegio de abogados,—anunció de un tirón.

Canby oyó la voz de Morán; la muchacha hizo un signo con la cabeza, y él penetró en la oficina interior.

Morán tenía los pies colocados sobre el escritorio, mientras se reclinaba cómodamente en su silla. —¡Hola, Canby!—dijo con tono ligero, señalándole un asiento. —Siéntese allí junto al juez Walsh, y cuide de que se porte bien.—

Canby se volvió, saludando formalmente al hombre de cabellos blancos y semblante rubicundo que recostaba ligeramente su silla contra la pared.

—¿Cómo está usted, Canby?— El juez se enderezó, tendiéndole la mano, mientras iluminaba su rostro cordial una sonrisa pronta y pasajera. —¡No lo vemos por el tribunal hace mucho tiempo! ¿Qué se hace usted . . . arreglándolo todo?— Soltó una risotada corta y satisfecha, como si él mismo hubiera contestado la pregunta, y luego se volvió hacia el individuo que se hallaba a su lado.

—Mr. Yérger, tengo el gusto de presentarle a Mr. Canby, de la casa Hémphill, Stone, Wílberforce y Jennings. Las oficinas de ustedes no se mezclan tan a menudo como debieran, imagino. El otro miró a Morán.— ¿Qué tal estuvo eso. . ., ? No del todo malo, ¿eh? —Rió de nuevo mirando regocijadamente a Canby y a Yérger, y meneó la cabeza con aire de inteligencia.

Canby se inclinó en su silla, saludando a Yérger con amistosa cortedad. Éste saludó con la cabeza; sus penetrantes ojos, muy juntos, brillaron con un rayo de divertida tolerancia; observaba a Canby de hito en hito, como esperando que éste hiciera algo extraordinario, absurdo. La intensidad de su mirada hizo que Canby se sintiera desconcertado; le abandonó la exaltación, la placentera sensación de familiaridad, y se retorció las manos nerviosamente.

—¿Está todo listo para el banquete?— preguntó Morán. Su voz tenía cierto timbre de burla; sus ojos sonreían inescrutablemente; los extremos de su boca caían en modo irónico. —Mr. Canby maneja el Six-o'Clock Club,—explicó a Yérger.

—¡Oh, de ninguna manera!— protestó Canby. —Solamente me preocupo de los detalles.— Las inquietas líneas de su rostro se suavizaron. —Precisamente vengo del hotel, Mr. Morán. Todo marcha perfectamente. La bandera está izada . . . ¡la habían puesto torcida, pero yo hice que la enderezaran! —Hizo un gesto condescendiente y desdeñoso con las manos.— —Los decoradores han terminado su trabajo . . . lo han desempeñado bastante bien. Yo he estado allí una hora más o menos para asegurarme de que las cosas se preparaban convenientemente. La cabeza de carnero y el mazo están cerca del sitio de usted, y he colocado las tarjetas de la mesa central.—

Acercóse al escritorio, mostrando el diagrama.

—Aquí tiene usted el orden de los asientos. Como verá,—se inclinó y desplegó el papel, indicando cuidadosamente con el dedo los pequeños círculos,—he colocado al gobernador a su derecha y al fiscal a su izquierda, y, miró interrogativamente a Morán,—pensé que pondría a Mr. Stone a continuación del fiscal . . . en caso que este arreglo merezca su aprobación. —Retrocedió un poco, y aguardó.

—Está muy bien,—asintió Moran cordialmente. —Se ha tomado usted un trabajo enorme para este banquete, ¿no es así?—

Los fatigados ojos azules de Canby fluctuaron un momento; enrojeció su rostro, y pareció hallarse extraordinariamente complacido.

—Me intereso muchísimo por el club,— declaró solemnemente.

La mirada de Morán era picaresca, curiosa, como si tratara de sondear el alcance de una debilidad.

—Veamos, ¿cuánto tiempo ha manejado usted el club?—inquirió.

—He sido secretario durante diez años,— repuso Canby, levantando el mentón con dignidad. —Cuido yo mismo de todos los detalles. Considero esto una tarea muy importante.

—¡Sí;—afirmó Morán, con los ojos siempre fijos sobre él;—ha levantado usted un peso enorme de mis hombros!—

Canby arqueó las cejas en forma significativa. —Eso es lo que me corresponde. Usted ve,—miró cándidamente a Moran,—tengo un don para esta clase de cosas.

—Así lo observo,—replicó el otro. —¿Sabe usted? ¡Imagino que no podríamos celebrar nuestras comidas a no ser por usted!

—No creo, en verdad, que pudieran,— dijo Canby con énfasis.

Prodújose un silencio significativo cuando la puerta se hubo cerrado tras él. Morán retiró los pies de encima del escritorio, se inclinó hacia adelante y miró de hito en hito al espacio como si tratara de descubrir algún objeto invisible.

—¡Qué extraño, verdad?—dijo meditativamente. —¡Aun este insignificante individuo! —Su mirada era melancólica, muy clara, como si emergiera de improviso de alguna velada e inescrutable obscuridad. —Todos transitamos así por los caminos de la vida, envueltos en la ilusión de nuestra propia grandeza. Sospecho que de otro modo no podríamos vivir. Nadie es lo suficientemente cruel para decirnos lo que somos en realidad.—

Los extremos de su boca cayeron en un gesto de amargura, de melancolía; la mirada vaga y ardiente del soñador decepcionado apareció en su semblante.

Miró súbitamente al juez con un relámpago de agudeza salvaje, pervertida.

—Nadie se atreve a decírselo a usted, ¿no es cierto? Que es usted un viejo benévolo, empaquetado en su camisa, y rebosando sentimentalismo, ¿se lo han dicho?—

Su sonrisa era insinuante, atractiva, absolutamente deliciosa.

El juez estiró los labios, arrugó el entrecejo, y al cabo optó por echarse a reír.

—Debe usted mostrar más respeto por la justicia, señor licenciado,—dijo echando los hombros para atrás, y recostándose cómodamente contra la pared. —Le está usted dando mal ejemplo a Yérger. —Sacudió prodigiosamente la cabeza.

Yérger se levantó. —¿Saben ustedes? Ese hombrecillo, Canby, me recuerda al chico que tengo de diez años. El otro día le compré un reloj de estaño . . . nada más que para ver lo que hacía con la prenda. Pues bien; ¡el muchacho está convencido de que él y su reloj son las cosas más maravillosas que existen en el mundo! Todo el tiempo que Canby hablaba estaba yo pensando en el chiquillo.—

Detúvose junto al escritorio, con los ojos dilatados, y miró a Morán como acometido de improviso por alguna idea.

—Tom, ¿por qué no hace usted un poco divertida la función de esta noche?

—Espero que así lo sea,—replicó el otro, negligentemente.

—Voy a indicarle a usted un medio de lograrlo.

—Diga;—los ojos de Morán brillaron con súbito interés.

—Obséquiele a Canby un reloj de estaño, —dijo Yérger deliberamente. —Pronuncie usted un hermoso discurso de ofrecimiento, de esos que usted sabe hacer, y luego ofrézcale el reloj. El club se vendrá abajo de risa.—

Morán desvió la mirada; las arrugas de sus ojos se hicieron más profundas, y su boca se curvó en línea desagradable.

—Sería un golpe de efecto, ¿verdad?— dijo musitando.

Volvióse a Yérger; su sonrisa era más viva y amarga; en el gesto repentino que descubrió sus dientes había algo de cruel, de sanguinario. Se estiró perezosamente. —Es una idea famosa, Yérger. Consígase el reloj.

IV

ERAN cerca de las siete y media. Dentró de algunos minutos, pensaba Canby, comenzaría la música y pasarían

al comedor. Su corazón palpitaba de agitación contenida; el sentimiento de su propia importancia le penetraba por entero, envolviéndole en repentinas y deliciosas oleadas de emoción; llevaba la cabeza muy erguida, y su rostro brillaba con suave palidez sobre la negrura de su traje de etiqueta. Se aproximó instintivamente a la plácida y robusta figura que le precedía en la fila de la comisión de recibo, y escudriñó el rostro, ancho, sereno, iluminado de alegría poderosa. El gobernador se divertía en las comidas del Six-o'Clock Club; siempre lo reconocía y lo llamaba por su nombre de pila. Cuando la línea estaba formándose, había colocado una potente mano en su hombro y lo había sujetado, persuasivamente, para que se quedara a su lado. Un buen hombre, y de temperamento muy humano, a despecho de lo que decía la gente. Uno de los jueces se acercó, y Canby hizo una excitada reverencia, arrugándosele el rostro en un gesto de respetuosa importancia.

La música rompió a tocar, y la comisión de recibo desfiló en dirección al comedor. Canby recorrió orgullosamente el salón con la mirada: las largas, albas mesas, resplandeciendo entre largas hileras de bujías; el lejano y exuberante fondo de verdor; el despliegue majestuoso de la bandera en cuadrado conspicuo sobre el trasplantado follaje. Todo obra suya, pensaba; digna preparación para una velada distinguida, de significación.

Echó una ojeada a la esquina de los reporteros, atentos, apartados, indiferentemente vestidos en traje corriente. Representaban el mundo exterior, dispuesto a escuchar lo que se decía, a saber lo que se hacía en los banquetes del Six-o'Clock Club. Le reconocían a él, John Canby, como la fuerza motriz; hablaría con ellos muy agradablemente después de la comida. Decidió que los llamaría "muchachos" esta noche . . . siempre había deseado hablarles en este tono.

Ocupó su sitio al extremo más lejano de la mesa de honor, se inclinó hacia adelante y contempló la hilera de rostros. Había doce personas entre él y Morán. No se contaba una sola que no hubiera desempeñado papel importante, que no fuera lo que los periódicos califican de "prominente." El fiscal, corpulento, de cabellos canos, con una boca recogida y pugnaz, conversaba con Mr. Stone. Sus ojos recorrían vagamente la asamblea; retorcía inconscientemente el cordón de su minuta; pensaba en su discurso, conjeturó Canby.

El gobernador comía plácidamente sus ostras; a fuer de próspero hombre de negocios no necesitaba sostener otra reputación. Les dirigiría unas cuantas sencillas palabras, les ensartaría unos cuantos chistes, y aceptaría las bromas que en retorno le hicieran. Una voz, que partía de alguna de las otras mesas, resonó sobre el murmullo de las conversaciones y el chocar de la vajilla. Alguien había lanzado una pulla al gobernador. Una sonrisa se extendió lentamente sobre su rostro mientras buscaba con la vista al retador; bajó luego los ojos con aire meditativo como si preparara la respuesta.

A medida que progresaba la comida el ruido aumentaba perceptiblemente. Canby escuchaba, observaba, con placer cada vez mayor. Los invitados pasaban de una mesa a la otra, se inclinaban, se palmeaban mutuamente los hombros, riendo estrepitosamente. Flotaban fragmentos de canciones, acogidas y repetidas desde lejanos rincones. Observaciones mordaces—personales o políticas, de filo embotado por la risa—relampagueaban a través del comedor; incidentes olvidados de la vida de los notables, simples alusiones, veladas o picantes, provocaban réplicas vivaces y agudas. Había momentos en que Canby quedaba sin respiración. Una transparente nube de humo flotaba sobre las cabezas de los concurrentes; las sillas oscilaban, inclinadas hacia atrás; el choque continuado de la vajilla amontonada y recogida, el apagado andar de los apresurados mozos, resonaba como acompañamiento monótono al estallido de las conversaciones.

—Ahora sí que están lanzados, ¿no es cierto?—dijo Canby con entusiasmo a su vecino de mesa.

El otro lo miró con ojos indulgentemente regocijados. Era un banquero de edad mediana, aspecto grave, y con fama de sagaz. —A los políticos les gusta burlarse los unos de los otros,—dijo con impasibilidad.

Morán se inclinó hacia adelante, cogió el mazo y golpeó vigorosamente el bloque de madera. En seguida se puso de pie y contempló el mar de rostros. Parecía perfectamente seguro de sí mismo, arrogante, encantadoramente dueño de la situación. Recibió la tanda de aplausos mientras una sonrisa, mitad amistosa, mitad provocativa, jugueteaba en sus labios.

Apagóse el ruido, y una voz gruesa, arrastrada, lanzó cierta observación desde una de las esquinas. Estalló una carcajada. Morán se echó para atrás; se inmovilizó su sonrisa; miró en la dirección de donde había partido la voz, encontró a su hombre, y entonces disparó su dardo, placentero, inquiridor, alevosamente aguzado.

El comedor se estremeció con las risotadas. Canby sintió un ligero sobresalto de admiración, casi de temor, ante la brutal y perfecta desnudez del asalto. ¡Era admirable la manera cómo aquellos hombres se aporreaban los unos a los otros! Miró a Mr. Stone; parecía severamente complacido, como ante la exhibición de una corrección merecida.

Morán prosiguió. Su voz clara, dominadora, con la nota baja, casi juvenil al final de cada frase, se impuso gradualmente en el salón, subyugando el turbulento ingenio de los oyentes con la magia de su realismo viril y sardónico. Las burlas se hicieron menos frecuentes, cesando al cabo del todo, ahogadas por la inevitable réplica.

Los hombres quedaron inmóviles, capturados por el silencio magnético que se desprende de un elocuente discurso. Parecía a Canby que, mediante alguna fuerza misteriosa, Morán se había apoderado de ellos, fascinándolos con la potencia de su personalidad, tan vívida, arrolladoramente expresada. Y luego, ¡semejante dominio de sí mismo, semejante aplomo, semejante flexibilidad intelectual! Era maravilloso que un hombre pudiera imponerse a trescientos por la sola fuerza de la palabra, a trescientos hombres inquietos, turbulentos, de ingenio agudo, ansiosos de atacar tan pronto como se les presentara la ocasión.

Preguntábase vagamente cómo se lograría aquello, qué clase de cualidad se requería de que él no estaba dotado. Ahora le parecía asunto tan simple que casi se imaginaba a sí propio haciendo lo mismo. Contempló en torno los osados, inteligentes semblantes, figurándose que él soportaba las observaciones hirientes y lanzaba réplicas demoledoras. Podría hacerlo, si solamente le fuera dado conquistar el terror mórbido, paralizador que le acometía apenas intentaba ponerse de pie. Uno de los hombres se volvió y le miró fijamente, y él hubo de bajar los ojos.

"John Canby." Escuchó estas palabras; observó que Morán dirigía la vista hacia él. Su corazón saltó, y cayó en seguida con descenso atormentador. La sangre se agolpó a su rostro. Todo el mundo lo miraba; el blando rumor de las cabezas al volverse resonaba en sus oídos como el perceptible respirar de un monstruo.

"Nuestro digno secretario." Las palabras venían desde la distancia. Vió cómo el gobernador se inclinaba sonriendo; los semblantes que le rodeaban parecían benévolos, interesados. Nada había acontecido. Las miradas se separaron de él; su vecino de mesa le hizo un amistoso ademán con la cabeza, y luego se volvió con ahinco a Morán.

"John Canby, nuestro digno secretario." La frase repiqueteaba en sus oídos. Morán había dicho eso. Había hablado de él, John Canby, como de un factor en el éxito feliz del Six-o'Clock Club; lo había dicho definitivamente, a todo el mundo. Una agradable sensación cálida lo invadió, un sentimiento de inmensa simpatía y gratitud, una consoladora y serena certidumbre de su propio valor y de su puesto entre los hombres. Sus servicios eran apreciados; eran todo lo que él había pensado que deberían ser. Alguien tenía que atender a los detalles, y muy pocos había que pudieran desempeñar este trabajo como él lo desempeñaba. Esto se sabía en la oficina; ahora, esta noche, lo reconocían aquí también. Le contaría a Rose exactamente lo que Morán había dicho; no le molestaría que la despertara, tan feliz habría de sentirse. Un sentimiento de orgullo, de exaltación se apoderó de su alma; un sentimiento de poder, la capacidad de hacer grandes cosas. Recorrió la asamblea con mirada firme, amplia, con los hombros

muy erguidos y la boca conscientemente fija en línea de profundo y contenido reposo.

El fiscal era irascible, pensaba Canby. No se apoderaba de los oyentes como lo hacía Morán. Éste lo había presentado al auditorio en frases que acudían laboriosamente, recibiendo un agudo dardo en retorno. Canby observaba su manera taciturna, reflexiva, retorciendo migajas de pan entre sus dedos mientras el fiscal machacaba su discurso. Las interrupciones comenzaron de nuevo; la mayor parte del público era opuesto en política al orador. Éste se inflamó poco a poco; su argumentación se hizo más violenta; los hombres se recostaron en sus sillas, mirándole sombría y fijamente, volviéndose el uno al otro al escuchar alguna afirmación, lanzándole preguntas repentinas con tremenda rotundidad. Un nutrido fuego de interpelaciones se desarrolló al extremo más lejano del salón: interpelaciones descomedidas, mordaces, pertinentes . . . evidentemente desconcertadoras. El orador luchó contra la corriente, dominó por un momento el asalto con súbito acceso de elocuencia, y luego se dejó caer bruscamente en el asiento. El aplauso fué enorme, irónico en su exagerada insistencia.

Morán se levantó y permaneció de pie, aguardando que cesara el inacabable aplauso. Para Canby representaba la encarnación física de la fuerza impasible e indolente, capaz de ataque despiadado, de indomable defensa. Había cierto matiz de mofa en su sonrisa, una socarronería amarga y agresiva que dejaba traslucir contenida ferocidad. ¡Estaba colérico, era indudable, y se desquitaría con alguien, de alguna manera!

Aludió ligeramente al discurso del fiscal, lanzó una pulla, y recibió las carcajadas sin mover un músculo. Vaciló, y en seguida se volvió lentamente hacia Canby. Su voz se hizo más callada, más blanda, gentil, de entonaciones casi acariciadoras. Metió la mano al bolsillo, extrajo un pequeño objeto, y lo conservó oculto. Canby lo miraba, fascinado; sentía una opresión indefinida, un sofocante y vago temor de algo inminente. El comedor entero estaba en silencio, envuelto en la sensación repentina de lo inesperado.

Los ojos de Morán encontraron los de Canby; inclinóse un poco hacia adelante, como dirigiéndose a él, y luego se volvió a la audiencia.

—Caballeros,—dijo,—deseo rendir tributo a nuestro amigo, John Canby.—

Un ondulante susurro flotó a través del salón, pareciendo extenderse por encima y más allá de Canby; todas las miradas se fijaron en él; sintióse aislado, expuesto, el centro mismo del universo. Apretó nerviosamente su frac y miró a Morán con rostro lívido, extraviado. Había algo siniestro, aterrador, en la extraña dulzura de su entonación . . . algo que él era incapaz de comprender.

La voz continuó dejándose oír en el silencioso comedor: narraba lentamente la historia del club, los hombres notables que se habían contado entre sus miembros, los famosos banquetes celebrados. Hízose elocuente, fascinadora, sutilmente revestida de las glorias del pasado que rememoraba. La tensión que oprimía el corazón de Canby se aflojó; sus temores parecieron desvanecerse, absorbidos en ardiente fulgor de entusiasmo, de lealtad hacia las visiones tan maravillosamente evocadas.

¡Era *su* club de lo que hablaba Morán . . . el club en que él hacía de secretario! Sus temores habían desaparecido por completo; sentíase orgulloso y feliz. Escuchó de nuevo su nombre, oyó cómo se mencionaba en anécdotas, incidentes, historias, cómo se incluía en la vida misma del club; oyó que Morán se expresaba de él como de alguien que jamás descansaba en sus esfuerzos incesantes por el bienestar del club.

Alzó el rostro, sintiendo el cálido rodar de lágrimas por sus mejillas. Enjugándose los ojos, sonrió temblorosamente a Morán. Jamás en su vida se había sentido tan feliz . . . nunca había soñado que algo semejante a esto le pudiera suceder. Por un instante contempló la faz de Rose, experimentó el júbilo que sentiría al repetírselo. ¡Si solamente estuviera ella aquí, en este preciso momento!

La voz se detuvo; vió que Morán le miraba, lo vió vacilar como si se viera arrastrado a final no sospechado. La mano de Morán se hundió deliberadamente en su bolsillo. En seguida su voz resonó de nuevo, más baja, algo incierta,

como buscando los hilos de alguna idea imprevista.

—Canby,—terminó,—queríamos ofrecerle a usted un reloj esta noche. El reloj no está aquí . . . lo habíamos encargado . . . no hemos podido encontrar nada suficientemente bueno para usted en la ciudad. Cuando venga, el gobernador y yo tendremos el gusto de presentárselo.—

Se sentó precipitadamente. Prodújose un silencio repentino. Y luego, el salón se estremeció en torno de Canby en oleadas de tumultuoso aplauso.



EL ESTUDIO DEL DELINCUENTE COMO PERSONA

POR

E. W. BURGESS

El autor del presente artículo analiza la distinción que existe ahora en sociología entre el ser humano biológico y el ser humano social, o sea, entre el individuo y la persona en cuanto se refiere a la delincuencia. Las teorías generales del crimen, tanto las de Lombroso, Tarde y Bónger, exclusivas en su diversa interpretación, como la teoría más comprensiva de Ferri, han demostrado ser de escaso o ningún valor para la reforma de la conducta criminal. La teoría de Healy, por otra parte, substituía a los métodos de observación general un estudio inclusivo tanto del tipo individual como de las condiciones sociales que rodean al delincuente; pero se fundaba más bien en la experiencia de las personas consagradas a labor social que en la técnica del sociólogo. En concepto del autor, el estudio de la conducta del ser humano como individuo pertenece al campo de la psiquiatría y psicología; el estudio del ser humano como persona corresponde al campo de la sociología. Para la explicación y gobierno de la delincuencia es importante determinar la naturaleza de la participación de la persona en la organización social, de acuerdo con la inseguridad o envilecimiento de su posición; las normas de conducta personal; el grado de instabilidad; el cambio de medio social; y el derrumbamiento del mundo social de la persona. Ilustra con diversos ejemplos la influencia que estas circunstancias ejercieran sobre la conducta delincuente. Los métodos de investigación psiquiátricos, psicológicos y sociólogicos no se oponen, sino que por el contrario se complementan y se ayudan mutuamente, dice, para el estudio de la delincuencia. El criminal es, en primer lugar, una persona, y en segundo, un criminal. Conviene, por lo tanto, estudiarlo primero como persona, y después como transgresor de las leyes de la sociedad.—LA REDACCIÓN.

EL ESTUDIO del delincuente como individuo fué iniciado en libro que hará época, *The Individual Delinquent*, por un psíquiatra norteamericano, Wílliam Healy.

En años anteriores, el delincuente había sido estudiado, ya en forma estadística o como tema de observación general. Lombroso, Tarde, Bónger, y Ferri, para mencionar ciertas autoridades europeas en criminología,[1] formularon teorías generales sobre el crimen y sobre el criminal fundándose en observaciones, deducciones y datos estadísticos.

Las teorías generales del crimen, si bien imponentes y al parecer de gran peso consideradas independientemente, tendían a debilitarse y destruirse unas a otras ante la comparación, desequilibrando así el sistema entero de la índole de interpretación europea. En efecto, tal ha sido el resultado. Tan sólo se necesita un breve examen de las teorías de Lombroso, Tarde, Bónger y Ferri para demostrar cómo tienden a anularse recíprocamente.

[1]Como excelente revista de las teorías del crimen, véase Bernaldo de Quirós: *Modern Theories of Criminality*, Boston, 1911.

TEORÍAS GENERALES SOBRE CRIMINOLOGÍA

LOS métodos de Lombroso y de Tarde representan lógicamente dos extremos; se hallan en absoluta y final contradicción el uno respecto del otro. Para Lombroso el criminal era una variadad biológica; para Tarde era un producto social. Los puntos principales de la criminología de Lombroso en su última forma han sido analizados concisamente por Näcke,[2] erudito alemán en esta ciencia:

> El verdadero criminal, es decir, el criminal inveterado
> (a) es criminal "innato;"
> (b) es semejante al desequilibrado moralmente;
> (c) tiene un fondo epiléptico;
> (d) debe explicarse principalmente por el atavismo; y
> (e) constituye un tipo criminal biológico y anatómico.

El tipo del criminal de Lombroso, con el estigma del degenerado, o sea, la frente baja, orejas salientes, mandíbula poderosa, prominente, mentón echado hacia atrás,

[2]P. Näcke: "Lombroso und die Kriminal-Anthropologie von Heute," en *Leitschrift für Kriminal Anthropologie*, 1897, página 19.

etcétera, reconstruído pictóricamente, presentaría analogía muy estrecha con el ser humano primitivo, el Pithecanthropus o el Neanderthal en la *Outline of History* [Resumen de la historia], de Wells. No cabía duda a Lombroso de que el criminal, en su calidad de subdivisión de la especie en la raza humana, representaba positivamente la persistencia o el retroceso hacia un tipo salvaje, impelido tan innata e rresistiblemente al crimen bajo las condiciones de la sociedad moderna, como está sujeto el epiléptico a los ataques de epilepsia.[3]

Tarde sostenía que el criminal no nace, sino que se hace. Contradecía punto por punto las conclusiones de Lombroso. Para Tarde el criminal no era un loco ni un salvaje ni un degenerado ni un epiléptico, ni una combinación de todo esto, sino un tipo profesional creado por la sociedad, resultado en parte de sus propios crímenes y en parte de la justicia criminal.[4] El principio de imitación, afirmaba Tarde, procuraba la explicación completa del crimen, así como la de los demás fenómenos sociales.[5] El crimen seguía la corriente de la moda. Conforme en otro tiempo se propagaban los crímenes y los vicios de los nobles al pueblo, se extienden hoy de las grandes ciudades a la población rural.

La teoría de Bónger, explicando el crimen como resultado de las condiciones económicas, puede clasificarse como tipo especial entre las teorías de causalidad social como la de Tarde. Esta explicación de determinantes económicos demuestra asimismo cuán fácilmente es posible adaptar la observación general y los datos estadísticos para la formulación de una teoría comprensible y sistemática de la delincuencia, aun sobre base tan estrecha y particularista. Bónger, socialista holandés, trataba de explicar el crimen en términos de la economía de Marx. Acumuló datos estadísticos para probar que, en la organización capitalista de la sociedad, los miembros del proletariado se veían arrastrados al crimen, ya a fuer de víctimas del orden económico y político o a fuer de rebeldes contra el estado de cosas.[6]

Mencionamos a Ferri en último lugar, a pesar de haber sido anterior a Bónger, porque su sistema del crimen es ecléctico. Evitando el extremo biológico de Lombroso y el extremo social de Tarde, Ferri adoptó una posición intermedia. En vez de edificar sus teorías sobre la estrecha base de una causa, buscó, por el contrario, los amplios fundamentos de muchas causas. Armonizando entonces los estrechos puntos de vista de Lombroso y de Tarde, incluyéndolos por lo menos en sistema más general, formuló una comprensiva clasificación de las causas del crimen y de los diferentes tipos del criminal. El siguiente extracto encierra la definición de la teoría de Ferri en sus propias palabras:

> El crimen es resultado de múltiples causas que a pesar de encontrarse siempre enlazadas en intrincada red, es posible descubrir, sin embargo, mediante estudio cuidadoso. Los factores del crimen pueden dividirse en individuales o antropológicos, físicos o naturales, y sociales. Los factores antropológicos comprenden la edad, el sexo, la profesión, el domicilio, la jerarquía social, la instrucción, la educación y la constitución psíquica y orgánica. Los factores físicos son la raza, el clima, la fertilidad y disposición del terreno, la extensión relativa del día y de la noche, las estaciones, la condición meteorológica y la temperatura. Los factores sociales comprenden la densidad de población, la emigración, la opinión pública, las costumbres y religión, el orden público, las condiciones económicas e industriales, la producción agrícola e industrial, la administración de seguridad pública, la instrucción y educación públicas, las obras de beneficiencia públicas y, en general, la legislación cívica y penal. . . . Todos los criminales pueden clasificarse dentro de cinco grupos, que he llamado: (a) criminales lunáticos; (b) criminales innatos incorregibles; (c) criminales inveterados o criminales que han adquirido el hábito del crimen; (d) criminales de ocasión; y (e) criminales emocionales.[7]

La teoría ecléctica de la delincuencia, formulada por Ferri, puede tomarse como

[3]En las últimas ediciones de *L'uomo delinquente*, admite Lombroso la influencia de los factores sociales, sin abandonar, empero, su teoría de que "todos los criminales nacen criminales."

[4]Gabriel Tarde: *Penal Philosophy*, Boston, 1912, páginas 218-65.

[5]*Ibidem*, páginas 331-42.

[6]Willam A. Bónger: *Criminality and Economic Conditions*, Boston, 1916.

[7]Citado en Bernaldo de Quirós, obra citada, páginas 20, 22-23—Véase también Enrico Ferri: *Criminal Sociology*, Boston, 1917, páginas 125-94.

ilustración del resultado concreto del método de observación general y datos estadísticos. Eludiendo las generalizaciones extremas de Lombroso y de Tarde, ha tenido el buen sentido de substituir una explicación múltiple a la explicación única de la conducta criminal. Pero, al asignar múltiples causas al crimen, no ha descubierto el medio de determinar la proporción de influencia de los diferentes factores implicados. A decir verdad, la inclusión en globo de todos los factores posibles de la delincuencia en un sistema de explicación desprovisto de punto de vista fundamental y de método alguno para determinar su relativa importancia tiende más a producir confusión que explicación. Por lo tanto, aunque la teoría de Ferri corresponde íntimamente a lo que podría esperarse del buen sentido, ha revelado poco más de lo que puede deducirse por el sentido común.

EL DELINCUENTE COMO INDIVIDUO

LAS teorías generales del crimen, ya se trate de generalizaciones de un punto de vista extremo, como las de Lombroso y de Tarde, o elaboraciones del sentido común, como las de Ferri, han demostrado tener poco o ningún valor práctico en la actitud hacia el individuo y en la comprensión de su conducta. Healy manifiesta así su propia experiencia:

Hay motivo suficiente para considerar teóricos casi todos los trabajos anteriores en este ramo, pues que la acumulación de hechos estadísticos e individuales puede compararse a menudo con el amontonamiento de piedras para construir un edificio de opiniones de acuerdo con planes ya diseñados. No solamente se han publicado innumerables teorías sobre la delincuencia, sino que se han escrito extensos volúmenes comentando estas doctrinas. La experiencia nos dice que los hechos exceden con mucho a las teorías. Un estudio detallado de los casos, bajo condiciones apropiadas para profundizar su esencia, hizo conocer que el camino de la etiología estaba erizado de dificultades. El laberinto de las causalidades era sumamente complejo. Entonces quedó demostrado que el plan de investigar directamente los hechos, todos los hechos que fuera posible obtener, tenía importancia primordial para nosotros. Hízose evidente que la clasificación por crímenes conducía solamente en determinadas ocasiones al conocimiento del criminal; que las estadísticas de estaciones y de razas y de medición del cráneo y de alcoholismo contribuían muy poco a la comprensión fundamental de casos individuales; que las teorías relativas a la epilepsia y al atavismo no aparecían confirmadas por la historia de los casos; que el sutil sistema de mediciones psicofísicas, usado algunas veces con los criminales, requiere examen extremadamente diligente para que llegue a tener valor alguno conclusivo; que los viejos sabios, que con tanta facundia hablaban de "el criminal" como tipo innato, carecían de los medios de dilucidar si por acaso era éste un ser de mentalidad deficiente y había llegado al crimen a consecuencia de las circunstancias que rodearan su vida.[8]

Prescindiendo de las teorías generales de la delincuencia, insistía Healy sobre la necesidad de un estudio intenso del caso individual. Dice:

El centro dinámico del problema entero de la delincuencia y el crimen será siempre el individuo culpable. Nada revelan nuestros datos de manera tan convincente como la imperfección muy presumible de medidas sociales basadas en estadísticas y teorías que descuidan el hecho fundamental de la complexidad de causalidades, posible de determinarse mediante un estudio completo del caso individual. El estudio de los casos individuales y un breve análisis de sus peculiaridades, constituyen el único medio de arribar a la verdad. Es sumamente útil para nosotros alimentar el concepto del individuo como producto de las condiciones y fuerzas que contribuyeron activamente a su formación desde el primer momento en que comenzó su existencia como simple célula orgánica. Conocer exactamente tales condiciones y fuerzas equivaldría a conocer plenamente al individuo; para conocerle hasta donde sea posible es necesario investigar cuanto sea posible acerca de sus antecedentes genésicos. La interpretación que pueda derivarse del conocimiento de la ascendencia, de la vida embrionaria, del desarrollo de la infancia, enfermedades y accidentes, del ambiente social y del vasto campo de la vida intelectual, conducirá a una comprensión valiosa del individuo, dando alguna idea de la maravillosa complejidad de resultados que llamamos "personalidad."[9]

De esta manera se propuso Healy a sí mismo el ideal de un estudio completo del delincuente. Al método de observación

[8]William Healy: *The Individual Delinquent*, Boston, 1915, páginas 15-17.

[9]*Ibídem*, páginas 22-26.

general, de especulación teórica y acumulación de datos estadísticos substituyó el método del estudio particular del caso. Esta nueva técnica produjo una revolución en la criminología. El estudio de la conducta se llevaba ahora a efecto sobre una base empírica, inductiva.

Las investigaciones sistemáticas de Healy, fundadas en la observación de un grupo de muchachos reincidentes, pusieron de manifiesto un hecho significativo, o sea, que el estudio del criminal es un estudio de la conducta humana, y no el estudio de una variedad especial biológica de la raza humana como sostenía Lombroso, ni el de una clase social separada como afirmaba Tarde.

Healy concebía su labor como una investigación de todas las influencias, factores y fuerzas que determinan la conducta. Era natural que tuviera mejor éxito analizando al delincuente como ser individual que como ser social. Había estudiado especialmente la psiquiatría y la psicología. Por consiguiente, su técnica se dirigía en particular a los aspectos individuales de la conducta del delincuente, por ejemplo, al examen de la constitución física, las mediciones antropométricas y las pruebas de inteligencia. Careciendo de grandes conocimientos en sociología, a decir verdad, poseyendo apenas la educación sociológica pertinente a la literatura, aparte del sugestivo punto de vista de Cóoley,[10] es de admirar que Healy otorgara tanta atención como prestaba a las influencias sociales. La explicación es sencilla, sin embargo. En primer lugar, descubrió que la forma modificada de psicoanálisis que él empleaba asumía valor definido para obtener la explicación y dominio de la conducta criminal. Su investigación de los elementos concretos de la vida intelectual del individuo conducía necesariamente a conceder cierta importancia a las influencias sociales. En segundo lugar, con su método de estudiar el caso implicado no podía, aunque quisiera, ignorar la acción de las fuerzas sociales. Healy reconocía naturalmente el valor de la experiencia de quienes están empeñados en labor social, para reunir datos respecto de la historia y ambiente social de la familia; mas, al parecer, juzgaba innecesaria la técnica del sociólogo y las investigaciones sociológicas. Su apreciación de la parte que desempeñan los factores sociales no excedía en gran manera lo que pudiera esperarse del sentido común. En otras palabras, su sistema consistía en estudiar ante todo al delincuente como individuo, en vez de estudiarlo como persona.[11]

EL DELINCUENTE COMO PERSONA

EN SOCIOLOGÍA existe ahora una distinción definida entre el ser individual y el ser social. El estudio del individuo, de la reacción de su organismo respecto del ambiente, pertenece al terreno de la psiquiatría y la psicología. El estudio de la persona, producto de la acción recíproca con los demás miembros de la sociedad, pertenece a la esfera de la sociología. Park define a la persona del modo siguiente:

> La persona es un individuo que ocupa cierta posición ante la ley. Entramos al mundo como individuos; adquirimos cierta posición legal y nos convertimos en personas. La posición legal significa cierto lugar en la sociedad. El individuo ocupa inevitablemente algún lugar en cualquiera grupo social del que forme parte. En todo grupo la posición de cada miembro está determinada por su relación hacia cada uno de los demás miembros de la colectividad. Todo grupo pequeño tiene asimismo cierta posición con respecto a cualquiera otra agrupación mayor de que forme parte, y esta posición se determina por su relación hacia todos los demás componentes del grupo mayor.[12]

El significado de la d stinción entre el individuo y la persona para el estudio de la conducta se manifiesta en el caso mencionado a continuación.[13] Aquí la desventaja

[10] Cóoley: *Human Nature and the Social Order*, Nueva York, 1902, y *Social Organization*, Nueva York, 1909.

[11] *The Judge Baker Foundation Studies*, por Wílliam Healy y Augusta F. Brónner, parcialmente publicados al presente, muestran definido progreso en la admisión de los factores personales y sociales en la delincuencia.

[12] Róbert E. Park y Érnest W. Burgess: *Introduction to the Science of Sociology* Chicago, 1921, página 55.

[13] El autor de este artículo debe a la cortesía de Mr. James Bredin, Miss Mary Dixon, Mrs. Lorraine Green, Mr. Charles S. Johnson, Miss Házel E. Schmidt y otros la historia de los casos aquí consignados. Estos casos se han escrito en simple estilo narrativo. El arte de escribir casos sociológicos está todavía en desarrollo. La necesidad de precisión de análisis en el estudio de los casos fué expresada de manera concreta y convincente por Mrs. Ada E. Shéffield en un trabajo leído en la reunión de la Conferencia Nacional de Labor Social en Milwáukee, y publicado en la edi-

individual, una deficiencia especial de habilidad en matemáticas, adquiere relieve a consecuencia de sus efectos sobre la posición del niño en su grupo social.

CASO PRIMERO

GEORGE, muchacho de catorce años, es el mayor de tres hermanos, contándose él y dos niñas. Una de las chicas tiene doce años, y está en el séptimo grado de instrucción primaria; la otra tiene diez, y está en el quinto grado. Son niñas de ojos vivos, inteligentes, ansiosas de aprender. George puede seguir los estudios del séptimo grado en todos los cursos menos aritmética. Por esta razón se le ha colocado en una sala destinada a niños de inteligencia menor que la normal en una de las escuelas de la ciudad. Inmediatamente comienza a hacer "novillos," se vuelve desobediente y camorrista.

George es un mozalbete alto, bien constituído; aparenta la edad que tiene y se hace respetar físicamente entre los muchachos de su misma edad. No le interesa la escuela ni nada que se relacione con los estudios, y estaba ansioso de abandonar las clases la primera vez que le vi. Me dijo con aire despreciativo que odiaba la escuela y odiaba a los maestros. "Me han puesto en la sala de los estúpidos," explicó, "y yo no soy estúpido; solamente que no puedo hacer fracciones."

Su madre es una mujer inteligente; antes de casarse había sido maestra de escuela. Comprende vivamente la necesidad de vigilar cuidadosamente a George en este período especial. Recientemente rindió exámenes para el servicio civil, y está ahora empleada en la oficina de correos. Cuando niña había tenido disposición para todos los estudios con excepción de la aritmética; logró, sin embargo, desempeñar la labor requerida. El padre de los niños murió hace cinco años de enfermedad del corazón. El único pariente vivo que les queda, un hermano de su padre, es ministro de una pequeña parroquia.

Desde los diez años George ha sido vendedor de periódicos en las horas libres de escuela y los sábados. Últimamente ganó un premio por haber sido el segundo en el número mayor de ejemplares vendidos.

Cuando yo le amonesté por su carácter pendenciero me dijo: "¡Oh, usted no comprende, pero tengo que pelear! No es que me gusta, mire usted; pero los muchachos dicen que soy estúpido, y les he de pegar hasta que se callen la boca."

George trabajó valerosamente conmigo para salvar los escollos de las fracciones hasta el séptimo grado de aritmética. Al principio hizo rápidos progresos, debido tanto al interés como a la novedad de tener maestro especial; pero cuando los estudios se hicieron más difíciles, el adelanto fué más lento. Un día se me presentó con la cara toda lastimada, y reconoció que se lo habían "comido;" pero estaba seguro de que él se "comería mañana a todos los muchachos de la escuela." "Pero, ¿por qué desperdiciar así tu energía, George?" le pregunté; "¿por qué no la dedicas mejor a la aritmética?" Nunca se le había ocurrido esto; pero creía que no resultaría; no bastaba demostrarles nada a esos muchachos; necesitaban que los convencieran a puñadas. Aquel día trabajó y se sofocó y no pudo hacer nada de provecho en la clase.

Ahora, después de tres meses de ruda labor, comienza a sentirse esperanzado. El director afirma que podrá abandonar a fines de año la sala de los atrasados, y que si continúan sus progresos terminará sus cursos de séptimo grado el año próximo. Asiste con regularidad a la escuela, y su carácter pendenciero se ha aplacado notablemente. Él afirma que ha estado a punto "de comerse solito a la escuela entera, y que los muchachos empiezan a comprender que no es tan estúpido, después de todo."

En este caso la distinción es evidente entre la diagnosis de la conducta desde el punto de vista de la psiquiatría y el de la sociología. Como individuo, el muchacho tenía un defecto especial en su capacidad para las matemáticas; como persona, había sufrido una degradación de clase con respecto a los demás miembros de su grupo. Aunque la observación superficial revelara que se había hecho culpable de faltas de asistencia a la escuela y de armar camorras, el hecho verdadero era que sostenía una lucha desesperada para mantener su posición.

Entre los tipos de cambio de posición constituye quizá el ejemplo más elemental el que se produce por el movimiento, como el cambio de residencia. Trasladarse de un grupo a otro con el objeto de adquirir nueva posición es hecho bastante común. Una persona que ha perdido su posición en

---

ción del *Survey* del 12 de noviembre de 1921 bajo el título: "Clue Aspects in Social Case Work." Modelo excelente de análisis descriptivo se ofrece a los sociólogos en el estudio de dos casos de muchachas delincuentes en el artículo "Some Problems in Delinquency —Where do They Belong?" leído por la doctora Jessie Taft en la sesión de la American Sociological Society en Píttsburgh y publicado en el tomo dieciséis de los anales de la Sociedad: *Papers and Proceedings*, páginas 186-96. Véase también los *Judge Baker Foundation Studies*.

cierto lugar a causa de bancarrota, contratiempos, conducta desordenada o criminal, puede refugiarse en alguna comunidad distante para "tomar nuevo impulso" o "comenzar una vida nueva." Healy descubrió que, en casos de delincuencia juvenil, al cambio de localidad de la familia correspondía gran parte del éxito en la enmienda.[14]

La persona, conforme se ha definido anteriormente, es el individuo que tiene una posición. La personalidad puede considerarse como la suma y coordinación de los rasgos distintivos que determinan el papel y la posición del individuo en el grupo social. Ciertos rasgos del individuo, como su aspecto físico, su mentalidad y su temperamento, afectan decididamente su posición social. Su posición en el grupo será determinada principalmente, sin embargo, por ciertos rasgos personales, tales como su participación en la colectividad, su carácter, su norma personal de conducta y su tipo social. El siguiente resumen ofrece un plan de estudio de la conducta sobre la base de los rasgos personales e individuales.

PLAN GENERAL PARA EL ESTUDIO DE LOS RASGOS INDIVIDUALES Y PERSONALES

I. ESTUDIO DEL INDIVIDUO

1. Examen físico
2. Pruebas de inteligencia
3. Intensidad afectiva
4. Energía del perfil
5. Constitución del temperamento

II. ESTUDIO DE LA PERSONA

1. Participación
    a. Número de grupos a que pertenece
    b. Confraternidad (esfera social)
    c. Papel que desempeña en los grupos
2. Carácter
    a. Estable
    b. Inestable
3. Norma de conducta personal
    a. Objetiva o directa
        (1) ecuánime, (2) entusiasta, (3) franca, (4) agresiva
    b. Introspectiva o indirecta
        (1) imaginativa, (2) reservada, (3) impresionable, (4) restrictiva
    c. Psicopática o perversa
        (1) excéntrica, (2) egocéntrica, (3) inestable en sus emociones, (4) degenerada
4. Tipo social
    a. Práctico o de criterio convencional
    b. Liberal o bohemio
    c. Idealista o religioso
5. Filosofía de la vida.

La técnica del estudio del individuo ha progresado naturalmente mucho más que la técnica del estudio de la persona. El examen físico representa ahora una diagnosis basada en los últimos descubrimientos de la ciencia médica. Desde 1905–1911, en que Binet y Simon inventaron una escala para la medición de la mentalidad, las pruebas de inteligencia han sufrido un proceso constante de revisión y fijación de normas. La prueba, originada por Préssey para medir la intensidad afectiva, puede clasificarse como una de las tentativas para determinar las reacciones emocionales. La doctora June Dówney ha formulado un método que promete ser muy valioso para medir las reacciones volitivas, fundándose en la escritura del individuo. Por ejemplo, sus pruebas revelan doce diferentes caracteres volitivos, o sean: perseverancia deliberada, coordinación de impulsos, interés en los detalles, acción restrictiva, finalidad de criterio, resistencia, reacción ante la contradicción, acción impulsiva, decisión rápida, adaptabilidad, rebeldía contra las circunstancias adversas, rapidez de acción. Las tentativas para determinar o medir experimentalmente los impulsos del temperamento se hallan todavía en el período de ensayo. Shand, Jástrow y otros han puesto una vez más, sin embargo, el problema sobre el tapete. La tendencia parece definirse en el sentido de aceptar la denominación clásica para los diversos temperamentos — iracundo, apasionado, melancólico y apático—subdividiendo en seguida estos caracteres permanentes en términos susceptibles de medición.

El plan sugerido para el estudio de la persona incluye aspectos de conducta para los cuales no se ha adoptado técnica alguna uniforme de medición. Es posible que la descripción de factores tales como la participación en grupos, el carácter, la norma de conducta personal y el tipo social constituya siempre la base para una definición

[14] *Report of Cook County Juvenile Court*, 1916.

cualitativa. Nuestra investigación en esta línea es demasiado reciente, sin embargo, para abandonar tan pronto la esperanza de obtener indicios cuantitativos. Por ejemplo, para establecer la capacidad de afiliación en grupos, podría tomarse como proporción el número de grupos con que la persona está afiliada respecto del número total de grupos a que podría pertenecer. O también sería quizá posible expresar el grado de confraternidad con los miembros de cierto grupo, observando la parte de su tiempo libre que dedica a la vida de dicho grupo. La clasificación del carácter en términos de estabilidad tiene relación obvia con las normas sociales de grupos determinados o con las normas sociales comunes a todas las formas de vida colectiva.

La triple división de las normas de conducta personal en objetiva o directa, introspectiva o indirecta, psicopática o perversa, ha sido establecida por vía de ensayo por el autor del presente artículo.[15] Estas diferentes formas de conducta no constituyen la personalidad, ni son siquiera expresión espontánea del temperamento o de otras características de la naturaleza humana. Representan, al parecer, aquello que el término general de normas de conducta implica, es decir, rasgos característicos adquiridos en la infancia y juventud en el molde de las relaciones sociales. Naturalmente, las diferencias originales en mentalidad, temperamento y volición influyen en la determinación de la índole de las normas de conducta personal; pero su combinación y fijación se producen mediante la acción recíproca social.

La mentalidad, la afectividad, el temperamento y la voluntad no están completamente libres de la influencia social. Todos estos atributos se modifican más o menos profundamente a impulsos de la educación y el contacto social. Pero las características de conducta personal, como el egoísmo, la instabilidad y la reserva, se forman y se fijan por la acción recíproca social de la familia y del grupo de recreación. Estos rasgos personales de conducta no se transmiten biológicamente como parece suceder con el temperamento; ni se adquieren tampoco por imitación de los otros como se adquieren el tipo social y la filosofía de vida. La reacción personal del individuo con respecto a su mundo social es la resultante de la influencia de las fuerzas sociales durante la infancia y los primeros años de la juventud. El papel que la persona asume, o que la influencia recíproca social le impone en este primer período determina, al parecer, el hecho de que sus reacciones hacia el medio social se definan principalmente en forma (*a*) directa, (*b*) indirecta, o (*c*) perversa. En la formación del tipo social de personalidad y en la aceptación de determinada filosofía de la vida, la influencia del grupo actúa de manera definitiva. Al mismo tiempo, los ejemplares sociales que la persona adopta por modelo aparecen ante sus ojos como la encarnación de sus más ardientes deseos.

El funcionamiento del proceso social en la formación y desarrollo de las normas personales de conducta se revela parcialmente en los dos casos subsiguientes. La comparación desfavorable ante otros, que se resuelve en un sentimiento de inferioridad y de retiramiento, puede crear el tipo imaginativo introspectivo de personalidad.

CASO SEGUNDO

MARY era en mayor o menor grado la "fea" de una familia por lo general bien parecida. Sus dos hermanitas y sus dos hermanitos, a fuer de chicos hermosos, recibían atención más conspicua tanto de sus padres como de los extraños. La insignificante Mary pasaba habitualmente del todo inadvertida; su naricilla arremangada y su cara pecosa servían de blanco a las bromas de la familia. En consecuencia, Mary se alejó poco a poco de sus allegados y de los intereses familiares, encerrándose en una concha, tras un muro difícil de penetrar. Tal vez este muro no habría sido tan sólido ni tan inmoble de no haber ocurrido cierto incidente. Un día, cuando Mary contaba once años, ella y sus dos hermanas asistieron a la celebración de un cumpleaños. Cuando llegó el momento de escoger parejas para la cena, todas las niñas con excepción de Mary encontraron compañero. La dueña de la casa dijo al único chico que quedaba libre (los demás habían ya elegido su pareja): "Y bien, Jimmy, aquí está Mary; acompáñala a la mesa." Jimmy replicó con mal humor: "¿Aquella fea, de nariz arremangada?

[15]William James hace la distinción entre los tipos objetivo e introspectivo en su comparación entre personas de "mente obstinada" y "mente dócil." Compara también los tipos extrorso e introrso de personalidad, diferenciados por los psicoanalistas.

¡Por cierto que no!" Los sueños de Mary se derrumbaron; su pequeño barco se había estrellado en las rocas. Sintióse desdeñada, terriblemente herida. Es innecesario añadir que aquella fué la última fiesta a que asistió. Sus dos hermanas se rieron del incidente, haciéndole burla en la casa. Esto la hizo sentir doblemente el agravio.

Mary entabló muy pocas amistades; sentíase extraña, ajena al grupo. Se refugió en la lectura, formándose un mundo propio donde vivía con los "encantadores" personajes de sus libros en una atmósfera rosada de placer. Se preocupaba muy poco de su familia; a nadie hacía sus confidencias; no tenía amigos. Esta sensible criatura se retiró a un mundo creado por ella misma y encontró allí la felicidad que buscaba.

La conducta egocéntrica del hijo "único" o del "favorito," reconocida empíricamente por el sentido común, representa un capítulo aparte en la literatura del psicoanálisis. Quizá exista allí una heredada predisposición al egoísmo. Incuestionablemente, sin embargo, una de las condiciones de su desarrollo como norma de conducta personal es la suma de los sentimientos y actitud de la familia en torno del hijo "único" o del "favorito."

CASO TERCERO

MARIETTA vivía en la más linda casa de ladrillos de toda la manzana. "Seis habitaciones y cuarto de baño, pavimento ensamblado de madera, luz eléctrica, y hasta cubos para lavar en el sótano," como podría haberla descrito el ambicioso agente de la propiedad. Su padre era uno de los muchos hombres a quienes se ve corriendo en la mañana para alcanzar su tren, y su madre era una de las muchas mujeres del barrio que se deleitaban en ostentar vidrios muy limpios en sus ventanas y pavimentos esmeradamente barnizados. Pero la circunstancia más significativa con relación a Marietta era que no tenía hermanos. Pertenecía al ejército de los hijos "únicos."

Marietta vino al mundo después de siete años de casados sus padres; lo cual equivale a decir que estaban bien establecidos, bien preparados, y ansiosos de prodigarle cuidados más o menos indulgentes. Desde su infancia fué una criatura extremadamente mimada; fué muy enfermiza durante los primeros siete meses de su vida, encontrándose a menudo pendiente entre la vida y la muerte. Cada pequeño llanto, la menor queja o señal de descontento, eran cuidadosamente observados y analizados. Las condiciones no cambiaron cuando se halló en vías de convalecencia. Si las cosas no iban exactamente como ella quería, lanzaba gritos terribles echándose a llorar, de manera que sus deseos eran siempre respetados.

A la edad de tres años comenzó a demostrar signos de todas las características que más tarde serían sus rasgos distintivos. Era decididamente egoísta, de temperamento violento, celosa, vana, impulsiva, emocional, y a veces peculiarmente generosa de corazón. Desarrolló un carácter rebelde, sublevándose contra toda forma de autoridad. Cuando se hallaba en alguno de sus accesos de ira, colérica contra su padre o su madre, Marietta los mordía a menudo ferozmente, y luego, en impulsivo acto de arrepentimiento, los besaba con pasión. Jamás recibió castigos severos—algunas buenas azotainas habrían contribuído a su enmienda—pero las convencionales reprimendas le "entraban por una oreja y le salían por otra," usando el término popular, y no le dejaban impresión duradera. A veces que rompía accidentalmente alguna chuchería antigua o alguna pieza valiosa de porcelana, mentía a su madre asegurando que no era ella la causante del daño. Y el padre para defenderla, se confesaba frecuentemente el culpable.

Todo centavo que podía ahorrarse en la casa se dedicaba a embellecer a Marietta. Sus vestiditos y abrigos eran de lo mejor que pudiera conseguirse, lujo inusitado para una familia de la clase media. Su madre consagraba diariamente algún tiempo a rizar el cabello de la chiquilla. Marietta no podía menos que sentirse superior a los demás niños de su edad. Recuerdo un incidente que ocurrió cuando Marietta tenía cuatro años: Había ido de visita con sus padres, radiantemente ataviada en vaporoso traje rojo con plegado de acordeón, y zapatitos rojos que armonizaban con el vestido. Marietta miró a la chica de la casa y observó: —¡Oh, tú no tienes un traje tan bonito como el mío; no quiero jugar contigo!—y recogiendo la naricita desdeñosamente, se marchó. No hubo estrategia ni ruegos ni mandatos que pudieran lograr que Marietta jugara con la otra niña.

Marietta se llevaba muy bien con sus amigas y compañeras de juego siempre que hicieran cuanto a ella se le ocurría. Traía a sus amiguitas al cuarto de juguetes, pero una vez allí debían manejarse como ella lo permitiera, o de lo contrario ordenaba a las transgresoras marcharse "¡ahora mismo a su casa!" Poseía juguetes más lindos y más numerosos que cualquiera otra de las chicas del barrio. Todos los chiquillos y chiquillas se encantaban de jugar con ellos; de suerte que preferían quedarse y cumplir los mandatos de Marietta. El abuelo

de la niña, que vivía en la vecindad, contribuía también a echarla a perder. En las raras ocasiones que sus padres se oponían a darle el gusto, el abuelo tomaba a su cargo el mimarla y acariciarla.

En la escuela, Marietta demostró ser alumna capaz: aprendía rápidamente y bien, y ascendió de grado en grado mereciendo siempre el primer puesto de la clase. Era imposible que dejara de asumir un aire superior, la actitud que dice: "Yo lo sé todo, y más que ustedes, en todo caso." Convirtióse, naturalmente, en la favorita de la maestra, pues que los maestros prefieren siempre al alumno más inteligente. En la escuela, del mismo modo que en el hogar, tuvieron ocasión de desarrollarse su egoísmo y su vanidad.

A los trece años, cuando Marietta comenzaba sus estudios de instrucción media, falleció la madre. Este acontecimiento trastornó por completo el curso de la vida de Marietta. Probablemente se habría desarrollado normalmente, llegando a convertirse en una persona egoísta y arrogante, sin encontrar obstáculos en su camino. Mas prodújose una crisis imprevista.

Durante los primeros meses subsiguientes a la muerte de su madre, Marietta y su padre estaban juntos constantemente, siendo los mejores "camaradas" del mundo. Pero el padre comenzó pronto a sentir el peso del hogar entregado en manos de una deficiente ama de casa. Comprendió que la única solución del problema era contraer nuevo matrimonio. Habló con Marietta del asunto; pero ella, entonces de catorce años, estalló en un acceso de furia. Por primera vez en su vida el padre no prestó atención ninguna a sus deseos; su voluntad se vió atropellada.

Marietta se puso celosa de su padre. Siempre había sido celosa: su padre jamás se había atrevido a besar a la madre sin besar a Marietta al mismo tiempo. Marietta se tranquilizó, sin embargo, comprendiendo que no le quedaba otra cosa sino obedecer. Su padre continuaba siendo el mismo amigo bondadoso e indulgente de otro tiempo, y satisfaciendo todos sus caprichos. La mujer con quien se casó era buena para con Marietta y procuró ganarse su confianza. Marietta tuvo un serio conflicto con su padre antes de decidirse a llamar "mamá" a su madrastra.

La parte más difícil para Marietta era participar a sus amigas el nuevo matrimonio de su padre (sus compañeras de la escuela de instrucción media no vivían en la vecindad, de manera que ignoraban lo sucedido). Día tras día proponíase ella decírselo, pero asimismo lo retardaba día tras día. Su carácter se hizo agrio, irritable, y la joven sentíase terriblemente desgraciada. Estaba celosísima de su padre. El matrimonio de éste significó el abandono del antiguo compañerismo que tanto la hacía gozar; siempre había de por medio la tercera y, para Marietta, antipática persona a quien considerar. Sin embargo, no podía exactamente odiar a su madrastra ni molestarla de frente, cuando la otra parecía siempre ansiosa de complacerla.

La joven sentíase cada vez más impaciente. En esta etapa fué cuando comenzó a robar, aunque tenía a su disposición una cantidad semanal considerable y no necesitaba dinero. Al principio hurtó solamente monedas pequeñas de cinco, diez o veinticinco centavos de los bolsillos de su padre. Luego, con el transcurso del tiempo, se lanzó a robos más importantes. Prodújose la crisis cierto día en que desapareció de la casa de una amiga un anillo de valor que llegó a descubrirse en posesión de Marietta. La joven no pudo dar razón alguna particular que la impulsara a esta acción. "Lo tomé, eso es todo."

El padre de Marietta, sin embargo, era hombre de cordura y no le impuso castigo alguno. En vez de eso, trató de descubrir la causa y analizar el caso. Trasladó su residencia al lado opuesto de la ciudad, envió a su hija a otra escuela para que formara amistades enteramente nuevas, y poco a poco la situación se arregló. Marietta se adaptó gradualmente a la vida del hogar que, en realidad, nada tenía de insoportable, porque el padre era siempre el mismo amigo en extremo indulgente y la madrastra procuraba seguir el ejemplo de su marido.

A pesar de que tanto los rasgos individuales como los personales entran en la composición de la personalidad, el sello esencial lo imparten las relaciones sociales, esto es, la posición que ocupa y el papel que desempeña la persona en el grupo social. Los Állport, Floyd H. y Gordon W., reconocen explícitamente este hecho en un artículo publicado en el *Journal of Abnormal Psychology and Social Psychology.*

El criterio real de la personalidad se encuentra indudablemente en la esfera de la acción recíproca social. Es imposible dar una completa y generalmente aceptada descripción de la personalidad sin indicar la manera en que dicha personalidad estimula reacciones o ejerce influencia sobre otros seres humanos, y la manera en que la conducta de otros seres humanos afecta o provoca las reacciones de la personalidad en cuestión. Al describir aquella personalidad asumimos inevitablemente el punto de vista de esos "otros seres humanos."

Cuando Róbinson Crúsoe se encontró solo en una isla desierta, desplegó sin duda grado considerable de inteligencia en su adaptación al ambiente. Podría decirse, empero, que desde el advenimiento de Friday es cuando su personalidad se destaca en la plenitud de su significación. No solamente es el lenguaje de la personalidad un lenguaje social, sino que los problemas emanados de la acción recíproca de varias personalidades son, en su sentido más lato, problemas sociales. Incluyen todas las formas de desorden social, desde los caprichos del excéntrico hasta los peores excesos del criminal. En general puede decirse que el objeto de la medición de la personalidad es establecer el grado de adaptación, ventajoso para ambas partes, que existe entre determinado individuo y sus semejantes.[16]

LA COMPENSACIÓN COMO FACTOR EN EL MANTENIMIENTO DE LA POSICIÓN

LA POSICIÓN de la persona en el grupo social es, en último análisis, el resultado de ciertos aspectos de la actitud social: (*a*) la concepción individual del propio papel, y, lo que es todavía de mayor importancia, (*b*) la actitud que asumen para con el individuo los demás miembros del grupo, de la comunidad o de la sociedad.

Esta suma de actitudes de los demás hacia uno de los miembros de la colectividad está sujeta a variación. Los cambios pueden ser graduales o repentinos. La ganancia o pérdida en posición es, naturalmente, de gran importancia para la persona. Puesto que todos comenzamos la vida como infantes, y puesto que en algún respecto por lo menos, si no en muchos, cada cual es sobrepasado por sus semejantes, es inevitable que la conciencia de la propia inferioridad sea una experiencia general. El complexo de inferioridad tiende a organizarse en torno de la deficiencia en una característica de valor en el grupo que constituye el mundo social de la persona. La posesión de esta característica de una posición superior en el grupo. En su obra *Neurotic Constitution* analiza Ádler este fenómeno de la compensación en casos de inferioridad física o psíquica.

El siguiente ejemplo revela cómo un muchacho negro llegó a desarrollar, mediante el mecanismo de compensación por inferioridades físicas o mentales, una norma de conducta personal que le granjeó autoridad y una posición superior en el mundo social de la esfera de su vida.

CASO CUARTO

HARRY M. es un mozalbete de color, que cuenta catorce años de edad y mide ciento quince centímetros de estatura. Es marcadamente raquítico y de piernas algo deformes, aunque no lo suficiente para impedirle el caminar. Tiene rodillas protuberantes, anda con cierto balanceo y sufre a causa de su diferencia física de los demas muchachos. Sus dos hermanos, de doce y dieciséis años, son bien desarrollados. Harry viste como los adultos y asume un aire de aplomo estudiado. No habla con espontaneidad, ni siquiera en los juegos. Su comportamiento indica el empeño de ocultar su debilidad y deformidad físicas bajo el prestigio que sus íntimos pensamientos y su *posible* fuerza puedan inspirar.

Entre Harry y su hermano mayor ha habido rivalidad por la supremacía en su grupo común. Harry tiene una cicatriz en la cabeza como resultado de riña anterior.

Por el lado del padre hay indicios de alcoholismo. Los padres de Harry han estado separados por algunos años. Una de las primeras reminiscencias del muchacho es su comparecencia ante el tribunal cuando se seguía el proceso de divorcio. Recuerda distintamente que sus padres debatían quién debía quedarse con los chicos, demostrando cada cual su preferencia por verse libre de esta responsabilidad. Finalmente se decidió que dos de los chicos residieran con la abuela. Harry no cree que su abuela haya sido casada. No tiene simpatías por su padre, a quien acusa de estar "borracho y maldiciendo la mayor parte del tiempo;" y experimenta cierta afección por su madre, a pesar de que sólo la ve de tarde en tarde por el hecho de vivir ella en diferente barrio de la ciudad.

Harry no ha llegado sino al tercer grado de instrucción elemental. Cree que sus maestras le tienen "tirria." Las maestras declaran que es tardo de inteligencia y perezoso y que no le interesan los estudios. Posee conocimientos superficiales en aritmética y razona lamentablemente. Por ejemplo, dice que un caballo que pesa cuatrocientas libras descausando en sus cuatro patas, pesa trescientas cuando está parado en tres.

Su abuela trabaja fuera de la casa durante el día, y él y su hermano quedan abandonados a sus propios impulsos, La familia vive en el

[16] "Personality Traits: Their Classification and Measurement," *Journal of Abnormal Psychology and Social Psychology*, tomo XVI, 1921, página 7.

barrio de los negros, comunidad que produce el mayor número de delincuentes juveniles de color. El muchacho no ha comparecido nunca por sí ante el tribunal de niños, pero muchos de sus compañeros han sido juzgados en dicho tribunal. Su instructor en trabajo manual asegura que es uno de los caudillos de su banda, a pesar de ser el más chico de la partida. Varias veces ha sentido Harry la tentación de abandonar la casa de la abuela "para buscar trabajo en cualquier parte, sí señor," dice. Este deseo le acometía generalmente cuando se sentía irritado por los agravios que le inferían su padre y su hermano mayor.

Su abuela le ha infundido algunos preceptos y prácticas morales, como recitar sus oraciones y dar gracias antes de las comidas y después de ellas. Posee juicio bastante definido acerca de lo que es bueno y lo que es malo, pero "a veces se le olvida" en sus juegos. Su abuela se queja, entre otras cosas, de que es voluntarioso, que sale a la calle siempre que le provoca, y hace por lo general cuanto se le antoja. Sus defectos principales son la indocilidad, el carácter pendenciero, las escapadas y la mentira. El éxito de sus riñas se debe en gran parte a que posee la facultad de inducir a sus camaradas a que peleen por él. El mozalbete ejerce influencia notable sobre la "banda," y es capaz de interesarse tanto por hazañas útiles como destructivas. La prueba de su capacidad se obtuvo recientemente cuando su instructor lo nombró jefe de la cuadrilla de traspalar nieve. El conflicto mental parece haber resultado de su antipatía por su padre y su rivalidad con su hermano. Quizá esto explica también sus impulsos de escaparse del hogar.

Aunque Harry parece haber compensado sus deficiencias físicas con su autoridad sobre los demás muchachos, sus notas de escuela podrían mejorarse despertando su interés y tal vez colocándole en otra escuela con maestros del sexo masculino, porque según declara, "las maestras mujeres lo sacan de tino."

Las tendencias de conducta se inclinan claramente en este caso a la delincuencia juvenil. Aunque el muchacho ha llegado a conquistarse una posición superior en su grupo de recreación, continúa en posición de irritante inferioridad en la familia, sin la compensación del buen éxito en sus estudios escolares. El conflicto mental tiene gran importancia en relación con la posición, conforme lo indica este caso. Las tendencias a la delincuencia, tales como las escapadas del hogar, podrían evitarse indudablemente mediante ciertos arreglos obvios en cuanto a la situación social.

EL MUNDO SOCIAL DE LA PERSONA

LA POSICIÓN, conforme lo hemos indicado, debe estudiarse desde el punto de vista de ciertos aspectos, fuerzas y procesos sociales. Las condiciones saludables de un normal desarrollo social requieren un mundo social armónico donde puedan encontrar expresión los anhelos de la persona. La tentativa de suprimir en absoluto estos anhelos conduce a pervertir la forma de expresión. La técnica de la labor social, originada en la juiciosa observación de ciertas situaciones, ha carecido a menudo de la delicadeza necesaria para la adaptación de diferencias entre los miembros de familia y entre las masas, para la percepción de sutiles matices de actitud personal, o para la apreciación de los surgentes y variables anhelos de la persona. La clarividencia simpática que la literatura imparte sobre las diversas formas de expresión de la naturaleza humana, tan complejas en la multiplicidad de sus variaciones superficiales, tan semejantes en su simple patrón fundamental, no se adquiere en la enseñanza típica de la estrecha rutina de los principios de investigación de los casos. Con demasiada frecuencia las instituciones de labor social atribuyen el fracaso a la negativa de la persona o de la familia a prestar su cooperación, a despecho de las "buenas oportunidades" ofrecidas. En el caso de una joven delincuente, de quien la institución de beneficencia decía haber tenido más "oportunidades de enmienda" que cualquier otra muchacha de la historia, un análisis simpático demostró claramente que ni una sola de las pretendidas "oportunidades" ofrecía coyuntura eficaz de reforma. El siguiente caso es ejemplo patente de la diferencia entre la superficie y la realidad de uno de aquellos considerados "centros saludables" para una joven delincuente.

CASO QUINTO

AVANZABA yo a lo largo de la avenida buscando el número de la casa, y preguntándome cómo era posible que la pobre chica cuya sórdida historia acababa de leer procediera de barrio semejante. "Esto está muy lejos de ser

el ambiente que yo esperaba encontrar," pensé. "No cabe duda de que la niña es una degenerada." Por entonces había ya descubierto el número que buscaba. Ante mí aparecía el cuadro de una pequeña casa de campo, situada en medio de un prado verde y suave, sombreada por grandes y viejos árboles, un verdadero refugio contra el ardoroso sol de junio.

Golpeé a la puerta—no había timbre a la entrada—y respondió a mi llamamiento una anciana de cabellos blancos. "Mrs. Brown," dije, "yo soy Miss James. He venido a conversar con usted acerca de Elsa." Me habían informado de que Mrs. Brown era abuela de la niña, pero parecía imposible que fuera parienta suya. En realidad, no era su abuela, sino su madre adoptiva. Me recibió cordialmente. "¿Cómo está la pequeña Elsa? ¿Dónde está? Pase usted adelante, querida mía." Penetré en una casa de la generación pasada, e inmediatamente acudió a mi imaginación la frase: "Haced retroceder el universo y dadme los tiempos de ayer." "¡Qué morada más placentera!" exclamé.—Sí; en verdad que lo es, y continúa lo mismo que cuando yo vine aquí hace treinta años. Éste era el cuarto de Elsa. Mi hogar y mi corazón están vacíos con la ausencia de esta criatura.—En respuesta a sus ansiosas preguntas díjele que Elsa estaba en la escuela industrial, que yo estaba investigando las condiciones domésticas para asegurarme de la conveniencia de su regreso a su antiguo ambiente; pregunté qué clase de mujer era la madre de Elsa, qué clase de hogar había tenido la niña. Mrs. Brown interrumpió:—¡Ese hogar! En esa casa no hay día de lavar ni día de planchar, ni sábados ni días del Señor. ¿Cómo podía ser buena una criatura?—

Me refirió a su manera—que me agradaría repetir exactamente, pero que alargaría demasiado la historia—que la madre de Elsa enviudó cuando la niña contaba cuatro años; habló de la salud delicada de la madre, de sus luchas con la miseria, trabajando hasta donde le alcanzaban sus escasas fuerzas, mientras la chica andaba casi muerta de hambre en ocasiones, y con los labios sin sangre. Luego, cuando Elsa había cumplido once años, el segundo matrimonio de su madre con un "beodo bestial;" los dos mezquinos y atestados cuartos en que vivían; de cómo Elsa había "visto demasiado," y su delincuencia subsiguiente; de la madre, frenética de ansiedad, recorriendo las calles por la noche en busca de su hija; de sus esfuerzos por distraer a su hija a su manera, llevándola al cinematógrafo, a cualquier sitio donde hubiera animación, tomando el peor camino para reformarla, no infundiéndole interés alguno saludable para reemplazar los gustos malsanos que la muchacha alimentaba; de las faltas de Elsa y su castigo en la escuela, y más tarde su confinamiento en una casa de corrección; del pesar de la madre y del deseo de suicidarse de la hija. Luego, de cómo ella, Mrs. Brown, había sacado a la muchacha de la casa de corrección, la había traído a su hogar y la había tenido consigo siete semanas, enseñándole a cocinar y a servir la comida, a lavar y planchar y a limpiar las habitaciones, a rezar y a quedarse en casa por las noches sin más compañero de juegos que un perrillo.

En seguida me condujo bruscamente al vestíbulo posterior de la casa.—Recite usted el *Salmo* vigésimotercio,—me dijo; y yo por darle gusto comencé:—"Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de hierba me hará yacer."—Estos son los lugares de hierba,—y yo contemplé la verde alfombra de césped con su borde de flores al estilo antiguo.—Continúe usted,—insistió, y yo seguí:—Junto a aguas de reposo me pastoreará.—Ella señaló el lago, brillando tranquilo y azul bajo el sol de la tarde.—¿Cómo pudo Elsa escaparse? ¿Cómo podía ser desgraciada aquí? No puedo imaginarlo.—Pero yo sí podía imaginarlo. Podía figurarme a la pequeña Elsa, sentada en el vestíbulo posterior, abatida por la monotonía y la quietud del ambiente, y pensando: "Sé buena y serás feliz . . . pero no tendrás diversión alguna," porque Elsa pertenece a la clase que originó esta expresión; y comparando en su fuero interno esta cómoda morada, su limpieza, su orden y sus restricciones, con la casa de su madre donde reinaba la suciedad, la miseria, la libertad y la alegría. Una niña de catorce años no encuentra más atractivo ni satisfacción en dedicarse exclusivamente a mantener una casa en orden y cocinar que en vagar por los alrededores con muchachos desconocidos y dormir en los umbrales por el gusto de correr aventuras. Si hubiera tenido una combinación de ambas, el hogar respetable de Mrs. Brown con su educación práctica, y algo del amor de madre para suavizarla, algunos compañeros de juego, algunos entretenimientos, alguna distracción, probablemente Elsa se habría convertido en una joven industriosa y moral. Pero Elsa huyó a la casa de su madre. Mrs. Brown logró que regresara, mas la semilla estaba echada. Elsa estaba descontenta y se volvió impudente. Mrs. Brown no quiso tenerla consigo más tiempo y la entregó al tribunal.

Por entonces su madre había degenerado por completo, siguiendo el ejemplo de su marido y entregándose a la bebida; y si bien no llevaba una vida inmoral, había descendido a nivel "más bajo que el de los negros," enseñando a Elsa a robar. Hacíase acompañar por la joven

a las tiendas de comestibles durante las horas de mayor gentío, y mientras ella hacía alguna pequeña compra, la hija se apoderaba de los paquetes destinados a otras personas.

"Quiero hacerme cargo de Elsa una vez que haya terminado su educación escolar," dijo Mrs. Brown cuando yo me despedía. "Hay elementos buenos en esa muchacha, y yo puedo desarrollarlos." Prometí que vendría otra vez a verla en cuanto tuviera tiempo, o por lo menos escribirle dándole cuenta de los adelantos de Elsa en la escuela.

De acuerdo con las normas tradicionales, la casa de la madre adoptiva constituía un ideal ambiente social. Desde el punto de vista de las aspiraciones aun de la muchacha más normal, sin considerar a Elsa con la delincuente carrera que había ya iniciado, esta morada no representaba otra cosa que una prisión.

A menudo se ha estigmatizado la casa de juego, no sin razón, como "foco del crimen." Un análisis meditado, desde el punto de vista de la actitud social y los anhelos de la juventud, demuestra que es el mundo social de los jóvenes. La historia de la vida de Jerry nos revela cómo le atrajo el garito, cómo dió expresión a sus deseos y determinó y orientó su filosofía de la vida.

CASO SEXTO

JERRY es un mozalbete irlandés, inteligente y enérgico, que tomó el mal camino a consecuencia de su temperamento emocional, de falta de autoridad en el hogar y de su asociación con malos compañeros. Ha sido arrestado dos o tres veces por riñas, asistencia a los garitos, y pequeños hurtos, pero no ha sido confinado todavía en ninguna casa de corrección.

Los padres de Jerry no demuestran al parecer gran interés por el muchacho, y se nota en Jerry marcada falta de respeto por los autores de sus días. Llama a su padre "el viejo" y a su madre "la vieja." Entra y sale como le place; si la puerta del frente está cerrada cuando llega a la casa, se mete a su cuarto por la ventana. Hay muy poca vida religiosa en el hogar. Se reza la acción de gracias en las comidas cuando la familia está reunida, y los domingos por la tarde la hermana de Jerry toca himnos religiosos en el piano mientras su madre canta. Jerry dejó de asistir a la escuela dominical cuando cumplió catorce años, y dos semanas después aprendió a jugar a las cartas. Ahora pasa en el garito la mayor parte de su tiempo libre, jugando cuando tiene algún dinero y dando vueltas por allí cuando se encuentra sin blanca. En sus primeros años recibía Jerry frecuentes azotes du su padre; pero cuando estuvo demasiado crecido para esta clase de corrección no se inventó nada para reemplazarla, y el muchacho quedaba sin castigo. Abandonó la escuela de instrucción media en el segundo año de estudios para buscar trabajo, pero solamente permanece dos o tres meses en el mismo empleo. Apenas reúne un poquillo de dinero abandona el trabajo y holgazanea hasta que se le acaba. Es inteligente, y como tiene facilidad de palabra no tropieza con dificultades para conseguir empleo. En el garito, donde ha hecho la mayor parte de sus amigos, es bastante popular; pero tiene condiciones de corifeo, no de caudillo. Es violento y camorrista, pero sus cóleras desaparecen tan pronto como se encienden. Actúa según el impulso del momento y jamás ha demostrado especial habilidad o visión para formar planes de antemano. Es valiente por naturaleza, y habitualmente jovial y agradable.

Jerry no es ambicioso. Cuando niño, envidiaba a los bomberos que se pasan el día arrellanados en cómodos sillones conversando y jugando naipes. Otras veces quería ser guardián salvavidas en las playas o *chauffeur* de algún potentado.

La mala conducta de Jerry y su fracaso en la vida no se deben a carácter "depravado" o ideales inferiores, sino más bien a falta de carácter y a su naturaleza variable e impulsiva. La escasez de disciplina en el hogar y la vida libre y holgazana del garito le impidieron tomar el buen camino.

El análisis social del caso revela aquí una conversión, en el sentido sociológico de una mutación repentina de actitud, de la escuela dominical a la casa de juego. El garito aparece como un mundo social cuyos peculiares cánones o reglas de conducta satisfacen los deseos de la persona. Por ejemplo, en el garito se encuentra la participación y correspondencia en el compañerismo de los parroquianos, la aceptación del triunfo en el juego, las nuevas emociones en las osadas y a veces peligrosas hazañas de la banda. Y finalmente, la filosofía de la vida se definió para Jerry en la precaria existencia del camino más fácil, en la tarea de desempeño más cómodo que pudiera encontrar.

EL DERRUMBAMIENTO DEL MUNDO SOCIAL DE UNA PERSONA

ESTE último caso revela una situación que adquiere significado profundo cuando se estudia la carrera de un delin-

cuente considerado como persona y no como individuo. La pérdida repentina de la posición o "el derrumbamiento del propio mundo social" es, quizá, la catástrofe más terrible en la vida de una persona. Pocas personas se recobran o "reaccionan" después de una pérdida completa de su posición. El siguiente caso es un ejemplo ilustrativo de una vida "malograda" a causa de los ataques a la posición de una persona entre sus compañeros.

CASO SÉPTIMO

ESTA vez se trata de un joven de veinte años aproximadamente, cuyo carácter ha sido lamentablemente afectado por inusitadas condiciones de su hogar. Prometía mucho, a pesar de circunstancias propicias para desarrollar una actitud antisocial. Toda su familia, con excepción de su madre, tiene reputación de conducta excesivamente irregular en punto a moralidad. El padre es jugador de mala nota, y hombre que siempre se ha comprometido abiertamente con mujeres. Es individuo de hermosa presencia, alto, robusto, atrevido, y con aquel aire desdeñoso del "¡que se me da a mí!" Ha pasado algunos años de aventuras en el África del Sur, conquistándose un valor y una fuerza de carácter que le hacen temido y admirado. Es hombre muy amable y atractivo, pero de índole violenta e irritable. El hijo y la hija mayores han llevado también conducta irregular en materias sexuales, pero el comportamiento del hijo menor durante sus años de instrucción media ha sido irreprochable.

Surgen dificultades porque el joven ha entablado naturalmente relaciones de amistad con hijos de familias respetables, reuniéndose con ellos en la calle, pero rara vez ha sido invitado a visitar su casa. En los últimos cinco años el jóven se ha sentido más y más amargado. El hermano mayor es de físico poco favorecido, y tiene todas los malos hábitos de su padre sin ninguna de sus cualidades. El joven de quien nos ocupamos es la viviente imagen de su padre; goza de salud excelente, es extraordinariamente guapo, y en lo que respecta a inteligencia se ha mantenido sin gran esfuerzo a la cabeza de su clase durante todos los años de instrucción media. Tiene modales tan francos, nobles y caballerescos que se granjea amigos dondequiera que se presenta. Pero es orgulloso como Lucifer, mucho más todavía que su padre. Su generosidad en cuanto se refiere al dinero es una de sus cualidades más sobresalientes. Ingresó a la universidad con algunos de sus amigos de la escuela superior, sintiéndose profundamente indignado, humillado y herido porque los padres hicieron cuanto estuvo en su mano para evitar que sus hijos asistieran a la misma universidad que él.

Este incidente fué la culminación de una larga serie de pequeños desaires y ofensas que no habían dejado mucha huella cuando el muchacho era más joven. Yo le vi el día antes de su partida, y era evidente que nada hasta entonces en su vida le había afectado tan cruelmente. Parecía bajo la impresión de alguna tragedia de que nunca podría recobrarse. Sentíase furiosamente indignado por el asunto. Tenía razón de sentirse ofendido, porque su propia conducta había sido irreprochable en casi todo sentido. Los únicos malos hábitos de que podría censurársele eran fumar y jugar a los naipes; pero ninguno era llevado al exceso. En su familia no había inclinación a la bebida, y él por su parte parecía libre de la tendencia común en sus allegados a la irregularidades sexuales.

Hizo labor excelente en la universidad, pero jamás pudo sobreponerse a la injuria inferida a su orgullo. Su carácter se tornó melancólico, y declinaba acompañar a sus amigos a reuniones sociales, a pesar de que se hallaba fuera del alcance de lenguas maldicientes. Sus amigos, tal vez inconscientemente, no eran tan cordiales ni afectuosos para con él como en otro tiempo. El hecho es que, ya sea de parte suya o de los otros, se había producido un cambio de actitud. Comenzó a frecuentar garitos y casas mal afamadas; pero era demasiado hábil para perder dinero. Sin embargo, aquello le ocasionó contratiempos. Aunque sus trabajos en la universidad eran más que satisfactorios fué llamado ante los directores por haberse encontrado en cierto sitio que la policía hubo de invadir. Su latente indignación estalló contra el decano y los demás miembros de la facultad presentes. Sostenido por su intrepidez natural declaró a estos funcionarios, en un torrente de palabras agresivas y profanas, que nadie tenía el derecho de dictarle con quien podía o no podía asociarse. Protestó de su intervención con todos los votos de que su lengua pudo hacer uso, injuriándolos ciegamente a impulsos de su desesperación. Sobre la mesa había algunos papeles relativos al asunto. Se apoderó de ellos violentamente y los destrozó, jurando que no se darían el gusto de expulsarlo porque en ese momento abandonaba la universidad.

Regresó a su casa, y obtuvo inmediatamente un puesto importante que ha seguido desempeñando desde entonces. Pero ha tomado con rapidez la vía descendente. Se embriaga a menudo, frecuenta de continuo lugares escandalosos y está malamente enfermo. No ha sido capaz de realizar lo que su padre ha logrado:

desafiar las normas morales aceptadas de conducta y gozar de la vida a su manera.

LA SOCIOLOGÍA DE LA DELINCUENCIA

LA SOCIOLOGÍA atraviesa ahora una transformación semejante a la que ha cambiado casi por completo a la psicología, convirtiéndola de metafísica en ciencia experimental. De filosofía de la sociedad, la sociología está transformándose en ciencia de la sociedad. Por consiguiente, el interés de la nueva sociología tiende ahora a definir el punto de vista experimental, a clasificar los problemas que hayan de investigarse y a desarrollar la técnica de la investigación.

No solamente la delincuencia, sino todos los problemas sociales, a decir verdad, la esfera completa de la conducta del grupo y la vida social, se sujetan al presente a descripción y análisis sociológicos. La persona se estudia en los diferentes aspectos de sus relaciones con la organización social: la familia, la vecindad, la comunidad y la sociedad. La explicación de su conducta se busca en términos de las aspiraciones humanas y las diversas actitudes sociales: instabilidad y desasosiego, cordialidad y posición, contactos sociales y acción recíproca social, conflicto, idoneidad y asimilación.[17]

El estudio del delincuente como persona abre un campo muy fértil. Materiales en forma de anales del caso, documentos personales, historia de la vida, se utilizan ahora para el análisis. La psiquiatría y la psicología, atacando el problema de la delincuencia desde el punto de vista de la conducta individual, han aportado contribuciones valiosas que prepararon el camino para las investigaciones sociológicas. Los métodos de investigación psiquiátrico, psicológico y sociológico no son antagónicos, sino que, por el contrario, se suplementan y completan recíprocamente. El sociólogo continuará basándose en los descubrimientos de estas otras ciencias de la conducta para obtener mejor conocimiento de las diferencias individuales en mentalidad y temperamento, en tanto que dichas ciencias buscarán a su turno luces en la sociología respecto de la adaptación de la persona a la organización social.

En conclusión, puede objetarse que este artículo se refiere más bien a la sociología de la personalidad que a la sociología de la delincuencia. El criminal, empero, es, en primer lugar, una persona, y, en segundo, un criminal. Por lo tanto, es conveniente estudiarlo primero como persona y después como transgresor de las leyes de la sociedad organizada. El hecho fundamental para la comprensión y dominio de la conducta del criminal parece ser que el delincuente es una persona, esto es, un individuo con los anhelos comunes a todos los seres humanos, y con determinada concepción de su papel en la vida de la colectividad.

[17] Véase Róbert E. Park y Érnest W. Burgess: *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago 1921.



LOS PINTORES DE LOS ESTADOS UNIDOS

WÍLLIAM MORRIS HUNT

POR

ROSE V. S. BERRY

Es tendencia generalizada, y que, a la verdad, no se limita a los Estados Unidos, aquello de interesarse y apreciar más el arte extranjero que el arte nacional. Como verán nuestros lectores, el departamento de artes de la federación de clubs femeninos inició hace tiempo un movimiento destinado a combatir esta tendencia en el país, haciendo conocer a los pintores prominentes norteamericanos, y dando así merecido mentís al antiguo proverbio: "Nadie es profeta en su tierra." La autora estudia en el presente artículo la carrera y rasgos característicos de Wílliam Morris Hunt, una de las figuras importantes del mundo artístico.—LA REDACCIÓN.

EL DEPARTAMENTO de artes de la General Federation of Women's Clubs ha consagrado durante diez años esfuerzos continuados al estudio celoso y cabal del arte pictórico en los Estados Unidos, organizando programas de conferencias acompañadas de vistas de los cuadros de pintores norteamericanos. En los clubs femeninos fué donde los admiradores del arte pudieron observar que las discusiones artísticas no se relacionaban en manera alguna con el arte nacional, sino que elegían como tópico el arte francés, italiano, español o inglés tratándose de pintura, o el griego o el francés tratándose de escultura. Muchos norteamericanos están más al corriente del desenvolvimiento artístico europeo que del de su propia pueblo. Por más increíble que parezca, ha sido una verdadera revelación llevar la historia de la pintura y de los pintores nacionales a regiones donde eran totalmente desconocidos. En los últimos tres años, las conferencias sobre arte y las vistas preparadas por la federación general se han presentado al público en casi todos los estados de la Unión, y en algunas de las provincias del Canadá.

El primer paso en esta dirección, conforme se llevará a efecto en los clubs y departamentos de arte, será relacionar más estrechamente las obras y tendencias artísticas predominantes americanas con la influencia europea en que se hayan inspirado, no obstante la diferencia de ambiente y de carácter. Con esta mira y comenzando desde 1850, los pintores norteamericanos de reconocida importancia y cuya influencia se haya dejado sentir más ampliamente, serán presentados como estudio. De tal manera se realizarán dos fines: poner de relieve la contribución de dichos pintores al desenvolvimiento artístico de su patria, y vincular en forma definida la historia de la pintura en los Estados Unidos con la historia de la pintura moderna.

Al determinar el punto de partida se hace inmediatamente indispensable ahondar en el pasado. Esta necesidad es más evidente que nunca cuando se trata de establecer y explicar aspectos definidos del carácter de un hombre, cuya vida entera constituyó un proceso de desenvolvimiento que se tradujera en un despliegue espiritual, una efusión siempre creciente de sí mismo, sus visiones, ideales y aspiraciones. Por consiguiente, en la investigación retrospectiva, la primera pausa se produce a menudo en la consideración de los antecesores inmediatos del sujeto. Y esto es particularmente cierto en el análisis de la carrera artística de Wílliam Morris Hunt.

Era hijo del juez Jónathan Hunt, quien obtuvo su grado en Dártmouth College, fué representante a congreso por Vermont durante muchos años, falleció en Wáshington, distrito de Columbia, y cuya oración fúnebre fué pronunciada por Daniel Wébster. Al juez Hunt sobrevivieron cuatro hijos varones y una mujer. En este caso, la madre era "una dama de notable inteligencia y fuerza de carácter, hermosa, dotada de exquisita sensibilidad, y ansiosa

de ilustración." Habíase visto forzada a sacrificar a la autoridad paterna su afición por la pintura; pero al amor de lo bello había sido y continuaba siendo el rasgo dominante de su psicología. Determinada a que sus hijos gozaran de las mayores ventajas, puso en juego todos sus esfuerzos para procurarles educación excepcional. En los actuales días de especialistas, dedicados a estrecho y determinado ramo, es interesante observar cuán devotamente amaba el hijo artista diversas formas de expresión propia. En su temprana infancia cortaba y tallaba figurillas de madera; era aficionado a coser, a cualquiera cosa de color, susceptible de adquirir forma; a la par que le gustaba la música apasionadamente, y siempre trataba de gozarla mientras trabajaba. Más tarde, siguió la rutina escolar y universitaria como quien desempeña una ligera tarea o deber; pero la alegría de vivir se multiplicaba muchas veces para él en razón de la apreciación intensa de la belleza que le rodeaba y del deseo instintivo de traducir sus sentimientos en un arte que se convirtiera en parte integrante de su existencia.

Cuando en el curso de sus estudios se alteró su salud, comprometiéndole los pulmones, su madre decidió trasladarse con toda la familia al sur de Europa. Pasaron el verano de 1843 en Francia y Roma, donde Hunt se dedicó a la escultura, modelando con H. K. Brown. La mente recuerda instantáneamente el *Italian Note Book* [Apuntes de Italia] y *The Marble Faun* [El fauno de mármol] de Háwthorne, y sus primeras y fascinadoras impresiones del grupo de escultores norteamericanos que estudiaba en Roma. Era un círculo interesante, que incluía entre otros a Gréenough, Powers, Brown, Pálmer, Ball y W. W. Story. Roma era demasiado para la naturaleza sensible, vibrante, de Hunt. Sintiendo vivamente esta depresión, abandonó la ciudad dirigiéndose a París donde continuó sus estudios con Antoine Louis Barye.

Ciertos rasgos dominantes de sus primeros tiempos de estudiante hacen presagiar el rumbo que Hunt había de seguir. La índole de sus inclinaciones en aquel período augura sus méritos como profesional. Su selección de los cursos que adoptó y continuó como fundamento de sus obras, da la medida de su habilidad. Analizando las fuentes donde Hunt bebió su inspiración, observando su repugnancia por ciertos estudios y el deleite que encontraba en otros que, al parecer, había buscado diligentemente, descubre uno muy pronto que tan sólo el hombre osado, investigador, iconoclasta, despertaba el interés de Hunt. Barye fué una de las eminencias del mundo artístico, aunque por aquel entonces estaba lejos de ser reconocido como tal. Barye trasformó por completo la historia de la escultura moderna. Los temas artísticos aceptados y consagrados por la tradición en los días de Barye eran los del tiempo de las Cruzadas: el caballo, el león, el cordero, el ciervo, el centauro, el unicornio, el grifo y algunos más. Barye modelaba los animales que le interesaban, en cualquier forma que le interesaren, el oso con su bufonería, la pantera, la serpiente, el jabalí, el tigre, el caimán; y, en el sentido de luchas feroces, mucho más de lo que haya producido artista otro alguno. Con todo, sólo retuvo a Hunt hasta que llegó a oídos de éste la fama de Dússeldorf.

En la fascinación de Dússeldorf entraban varios elementos estrechamente combinados. Era una pequeña capital con la cultura íntima de una ciudad reducida. Diez años antes, Méndelssohn había iniciado los festivales músicos de cuatro y cinco días que tanto contribuyeron al renacimiento de Bach. Léssing, Sohn, Leutze, Schróedter, Schádow, Schírmer, seguidos posteriormente por Vautier, Knaus y otros, habían hecho famosa la academia de arte.

Aquí también, empero, se rebeló Hunt contra el inflexible y estrecho régimen de instrucción. Proyectaba ingresar en la clase de pintura; mas la idea de que allí se ahogaba la iniciativa y se aplicaban las reglas con prescindencia de la personalidad, además de la amenaza, inminente al parecer, de un estancamiento del arte, incitaron pronto al joven americano a regresar a París, donde intentaba continuar sus estudios de escultura con Pradier.

Mientras esperaba que el maestro abriera su *atelier*, descubrió Hunt las obras de Couture, pintor hábil y experto, que no solamente pintaba lienzos fascinadores, sino que consagraba a su trabajo tal cui-

dado y concentración que sabía la manera de realzar sus efectos y podía transmitir a sus discípulos este conocimiento. Lleno de entusiasmo por su nuevo maestro, se entregó el joven artista a la pintura en un embeleso de energía y ardor. Aun cuando recibió censuras por falta de corrección en sus dibujos, lo cual le ocasionó bastante sorpresa, hizo tan notables progresos que llegó a convertirse en el mejor estudiante de la clase.

Helen M. Knowlton, en su obra sobre Wílliam Morris Hunt, describe lúcidamente la manera en que Couture obtenía sus extraordinarios resultados. "Su método con sistía en hacer primero un cuidadoso, y hasta donde fuera posible pulido y delicado esbozo del sujeto, añadiendo unos cuantos relieves o sombras simples mediante una capa diluída de color que se dejaba secar durante la noche. Al día siguiente, según fórmula que se encontrará en la *Méthode et entretiens d'atelier* de Couture, se usaba otra capa ligera de pintura en ciertas partes, y luego, a grandes pinceladas con una brocha de largas cerdas, se aplicaba el color en su sitio verdadero, definiendo y armonizando las sombras, dando toques vigorosos y brillantes efectos de luz. Ni una sola pincelada podía retocarse, porque aquello significaba echar a perder el cuadro. Los tonos medios requerían gran osadía, sentimiento y decisión. Este método de pintar atrajo artistas y estudiantes de todas partes del mundo. Era una reacción sublime de la austera y fría pintura alemana de moda en aquel tiempo, así como de la llamada pintura clásica en Francia."

Hunt descubrió también esta vez al innovador, no a causa de su reputación o de dictamen ajeno, sino al contemplar uno de sus lienzos en cierta tienda de objetos de arte, demostrando así que poseía notables dotes críticas y apreciaba prontamente una escuela nueva digna de admiración. Sensible a otras influencias y constantemente en busca de todo cuanto pudiera servirle para la expresión mejor de sí mismo y de su arte, Hunt, mientras trabajaba con Couture, encontró a Millet. Nunca abandonó la escultura, y su conocimiento de este arte debe de haberle sido provechoso en el estudio de la pintura. No hubo ocasión que Hunt no utilizara en beneficio de sus conocimientos artísticos. Cultivaba la amistad de los hombres conocidos, activos y prominentes de su época, a la par que buscaba siempre la inspiración de los antiguos maestros. Durante los años de 1847 a 1851 produjo sus mejores obras y viajó extensamente. Fué a Holanda, y copió obras maestras de la escuela flamenca, entre ellas, *De Nachtwacht* [El vigilia nocturna]. Viajó por Francia y atravesó toda la Italia; y conociendo su pasión por la escultura, no es difícil imaginar lo que Grecia significó para él. Antes de dar por terminada su excursión al oriente había avanzado hasta Constantinopla.

Al copiar cuadros holandeses descubrió Hunt que los brillantes lienzos de Couture no alcanzaban a compararse con los de los antiguos maestros flamencos. Para reproducirlos, Hunt hubo de comprar nuevos colores y trabajar con diferente paleta. Por más que sintiera respeto y viva gratitud hacia Couture, comprendió el joven americano que aseguraría mejor sus progresos en el arte mediante un cambio. Habiendo estado asociado con Millet por varios años, y persuadido de que éste se había lanzado de lleno en el camino de la investigación, Hunt, con el valor de sus convicciones, penetró en la vía inexplorada del sabio innovador, y se trasladó a Barbizón, determinado a consagrarse por entero a la pintura. Esta amistad fué el comienzo de una vida más intensa para Hunt, permitiéndole alcanzar la plena madurez de su talento. Sentía dicha tan exuberante en su labor, energía tan colmada de entusiasmo, y regocijo tal en el ambiente, que su espíritu debe de haber vibrado con reminiscencias de la edad pagana. En estas circunstancias Millet fué para el joven artista una excelente escuela. Hunt era impresionable, tenía ansia de aprender, rápida comprensión y la facultad de poner inmediatamente en práctica sus nuevos conocimientos; era capaz de apreciar, de pensar y de sentir. Con tales cualidades para una comunión completa, los amigos paseaban juntos, conversaban, estudiaban y pintaban juntos. Hunt había conservado siempre un espíritu abierto en materia de dibujo, pintura, modelado, música, amistades encantadoras, en su insaciable deseo de saber y de observar,

de producir y de penetrar íntimamente los misterios de su arte. Por tercera vez en su carrera se hallaba ahora en contacto estrecho con un hombre valeroso que, en su vía poco frecuentada, se apartaba de lo académico y lo tradicional, salvo en aquello que constituye los grandes fundamentos de toda obra imperecedera. El arte encarnaba para Millet la esencia hondamente reverenciada de su vida, que a su turno era la esencia concentrada de seiscientos años de descendencia campesina. Hunt presenciaba la inflexible determinación con que el intrépido artista campesino imponía al público francés sus rústicos, mas para él, sagrados temas; y cómo el público, fiel a las tradiciones establecidas, rehusaba apreciar o someterse al encanto de sus lienzos. El espíritu de Millet se infiltró en el alma de Hunt. Acostumbraba decir: "Cuando conocí a Millet, se desplegaron ante mi mente perspectivas más vastas de la humanidad, del mundo, de la vida."

Recordando sus impresiones de París, Hunt reunía a menudo en su apreciación a Millet y a Barye—a quien estaba siempre reconocido—como figuras de importancia trascendental en el arte. T. H. Bártlettt declara que: "Hunt juzgaba a Millet y a Barye no sólo como los hombres más eminentes de su tiempo, sino como artistas que aportaban a su época y a las generaciones venideras obras de arte individuales y eternas."

Por este breve esbozo de los estudios y personalidad de Hunt puede comprenderse el gran capital de experiencia que trajo consigo a su regreso a los Estados Unidos en 1855; estaba preparado en muchos respectos para orientar el arte; había fijado su criterio solamente después de varios años de viajes, estudio, asociación con hombres eminentes de su tiempo, y después de varios años de asimilación.

Indudablemente ningún pintor norteamericano ha regresado a su patria con tal bagaje de conocimientos; y positivamente ninguno con entusiasmo y amor semejantes por el arte, y con modo tan delicioso de despertar el interés por el tema en todos aquellos con quienes se pusiera en contacto. Hunt debe haber poseído un temperamento decididamente dinámico, en el verdadero y moderno sentido de la palabra. Sus lienzos llamaron la atención; pero su actitud hacia los pintores franceses, hacia el arte francés, y especialmente hacia el arte de Millet, provocaron vigorosa oposición y largas controversias y repetidas objeciones. Dice mucho en favor de Hunt el observar que los hombres, los antiguos maestros que recomendaba a sus discípulos, y los artistas modernos que prefería, ocupan hoy en el mundo del arte el lugar que Hunt les atribuía cuando se declaró tan abiertamente por sus métodos. No se equivocó al juzgar sus méritos ni su lugar en el mundo del arte.

Entre los maestros cuyo estudio y métodos recomendaba Hunt constantemente a sus alumnos, y las máximas que les inculcaba, mencionaremos los siguientes:

"Copiad a Álbert Dürer, a Mantegna y a Holbein en la escrupulosidad y en la forma. Dibujad luego sus cuadros de memoria, para hacerlos así parte de vosotros mismos."

"Trabajad con la exactitud que Holbein acostumbraba."

"Siempre que contemplo la naturaleza recuerdo a Millet, Corot, Delacroix y en ocasiones a Daubigny."

"Veronese será siempre reconocido como gran artista. Hasta que florezca otro más eminente, debemos creer en él. Lo mismo se aplica a Miguel Ángel. Diréis, quizá, que retorcía los músculos, que exageraba ciertas partes a expensas de otras. ¡Miguel Ángel, como Veronese, jamás usó una pincelada que no fuera necesaria! Deberíais contemplar sus cuadros en el lugar para el cual fueron pintados."

"Id a Europa y permaneced allá cinco años . . . y preferiréis Mantegna a Ribera. Comenzaréis con Murillo y terminareis con Velázquez. Velázquez pintaba y pintaba y pintaba, y nadie se interesaba en sus lienzos hasta que se hizo conocer en Madrid."

"Rafael y Van Dyck pintaban en la forma que se les había enseñado; el primero, según la escuela de Perugino, el segundo, según la de Rubens."

"Durante muchos años Millet pintó hermosos cuadros a que nadie prestaba atención. Hoy es uno de los artistas eminentes de Europa."

"Dentro de cien años, Túrner figurará

entre los grandes artistas que jamás haya producido el mundo."

Todas estas observaciones podrían haber sido hechas ayer, tan pertinentes son a la época. Hunt las enunció hace cincuenta años, y sus profecías han quedado comprobadas con el transcurso del tiempo.

El encanto personal de Hunt era extraordinario. Era la encarnación misma de la generosidad, considerado para con los estudiantes, y en extremo benévolo y hospitalario con los jóvenes pintores norteamericanos que regresaban a la patria después de haber estudiado en Europa. Los introducía en el mundo del arte, los ayudaba con exposiciones, los encomiaba liberalmente cuando la alabanza era merecida, siendo a menudo para ellos su primer Mecenas. Thomas Róbinson, J. Fóxcroft Cole, A. H. Bícknell, Élihu Védder y Frank Dúveneck contáronse entre los jóvenes norteamericanos a quienes Hunt facilitó el camino del triunfo. Al mismo tiempo inducía a los opulentos aficionados al arte a que compraran cuadros de Corot, Millet, Díaz, y otros pintores de Barbizón; y a él se debe también directamente la apreciación de Barye en los Estados Unidos. (La colección más completa de Barye en todo el mundo, ciento nueve piezas, se encuentra en la Córcoran Gallery, en Wáshington, distrito de Columbia.)

Miss Knowlton, en su *Life of Hunt* (Vida de Hunt), alude a la morada del artista en Beacon Street, Boston, como muestra de su buen gusto y liberalidad, en tanto que su amplio estudio en Summer Street estaba arreglado para ofrecer brillantes recepciones. Muchas veladas se consagraban a espectáculos, cuadros vivos y representaciones dramáticas en que Hunt tomaba parte con notable talento, porque tenía admirables dotes de actor que abrazaban tanto la comedia como la tragedia. Además de estas funciones dedicadas a otras formas de expresión artística, había veladas musicales, en que Hunt sacaba su querido Amati y se ponía a tocar. En los últimos cinco años pasados se ha desarrollado un poderoso movimiento en el este, oeste, norte y sur de los Estados Unidos para relacionar estas tres artes. Hunt lo hacía hace sesenta años a consecuencia de su decisión por la música, la literatura y la pintura.

En este esbozo no es posible analizar a Hunt como pintor. Mucho han hablado de sus lienzos los historiadores del arte. Hay que confesar, sin embargo, que pocas personas, fuera de los pintores norteamericanos, aprecian su mérito; y que se hace necesario buscar especialmente sus obras, tan pocas son las que se hallan al alcance del público. El hecho de que muchas de ellas sean propiedad particular, y que dos devastadores incendios destruyeran la mayor parte, elimina la posibilidad de que lleguen a ser fácilmente conocidas. Hunt decía: "La prueba del valor de una crítica de arte es que sea aceptada en todo el mundo," *y en todo tiempo*, podría haber añadido. "Esto es verdad también en cuanto se refiere a la pintura." Es verdad con respecto a los maestros cuyas obras admiraba; es verdad con respecto a las mejores de sus propias obras.

Entre otras valiosas contribuciones de Hunt a la ciudad de Boston, y más tarde al mundo artístico—inapreciables para los estudiantes de arte—figuran sus *Talks on Art* (Pláticas de arte). Estas pláticas deleitaron a sus oyentes en aquel tiempo, y han llegado hasta el lector de nuestros días por intermedio de Miss Helen M. Knowlton, quien las coleccionó conforme habían sido "anotadas por sus discípulos en el revés de los lienzos y en trozos de papel de dibujar, fragmentarias e incompletas." Parecen haber constituído la esencia misma del hombre; son expresivas, llenas de vivacidad, inspiradoras, a menudo epigramáticas y chispeantes.

"Los hechos no son poesía." (¿Encerrará esto alguna alusión a Miss Lówell?)

"No persigais con demasiado ardor sino las cosas agradables. Podemos encontrar todas las cosas desagradables del mundo en el espacio comprendido entre los zapatos y el sombrero que llevamos."

"Un cuadro representa aquello que no puede describirse de otro modo que por medio de la pintura. La literatura no alcanza a reemplazar el arte pictórico."

"La belleza no consiste en el pulimento, y nunca se ha dado el caso de que el papel de lija haya hermoseado un trabajo malo."

"Las facultades de un niño pueden desarrollarse mejor por medio del dibujo que

por medio de los libros; ningún otro estudio avivará tan eficazmente su percepción."

"¡Es necesario que un cuadro se apodere de nosotros con la misma fuerza con que un individuo nos coge por el hombro! ¡Debe impresionar tanto como impresiona la realidad! Velázquez y Tintoretto eran capaces de hacer esto como ninguno, ni siquiera el Ticiano."

"Dedicamos la vida entera a contemplar pequeñeces. Rehusamos una perspectiva amplia, apreciar el conjunto."

"Más gente se consagra a estudiar el arte griego que la literatura griega."

"El arte es lo que subsiste del hombre."

"La memoria es una cosa extremadamente simple, y se perfecciona agregándole *una* cosilla pequeña y no material a paletadas. ¿Podríais llenar un cubo en el Niágara? ¡No; sería necesario llenarlo gota a gota!"

"Cuando cada cual posea originalidad, la vida será digna de vivirse. ¡Cuán interesantes son las pocas personas que se atreven a expresarse a sí propias!"

"De una nación perduran su poesía, su pintura, su escultura y arquitectura."

"La pintura es solamente un adjunto. A menudo un dibujo es superior a un cuadro. Es ésta una verdad que ciertos críticos jamás llegarán a descubrir."

"Si la verdad no constituye la base fundamental, es inútil incluirla a fuer de ornamentación."

"Si queréis hacinamiento, acudid a un pedante; si queréis desarrollo, escuchad a un pájaro. El uno convierte en soledad la alegría. El otro hace un canto de la soledad."

"El arte enseña la filosofía de la vida, y quien no puede aprenderla del arte, no podrá aprenderla de ningún otro modo."

"Esto demuestra que la *perfección* no existe. Hay luces, y hay sombras. Todo se resuelve en medias tintas."

Y por último, Hunt decía de ciertos grandes artistas lo que podría decirse de él tanto como de los otros:

"¡Ah! ¡Qué hombres más eminentes! ¡Su vida fué una plegaria constante! Se consagraron únicamente a su obra; sólo les interesaba su labor, y ¡cuán poco los aprecia el mundo!"





Retrato Kodak

Hecho con una Kodak Autográfica Junior No. 2 C, equipada con lente Kodak Anastigmático *f*.7.7. y Aditamento Kodak para Bustos. Reproducción del tamaño exacto.

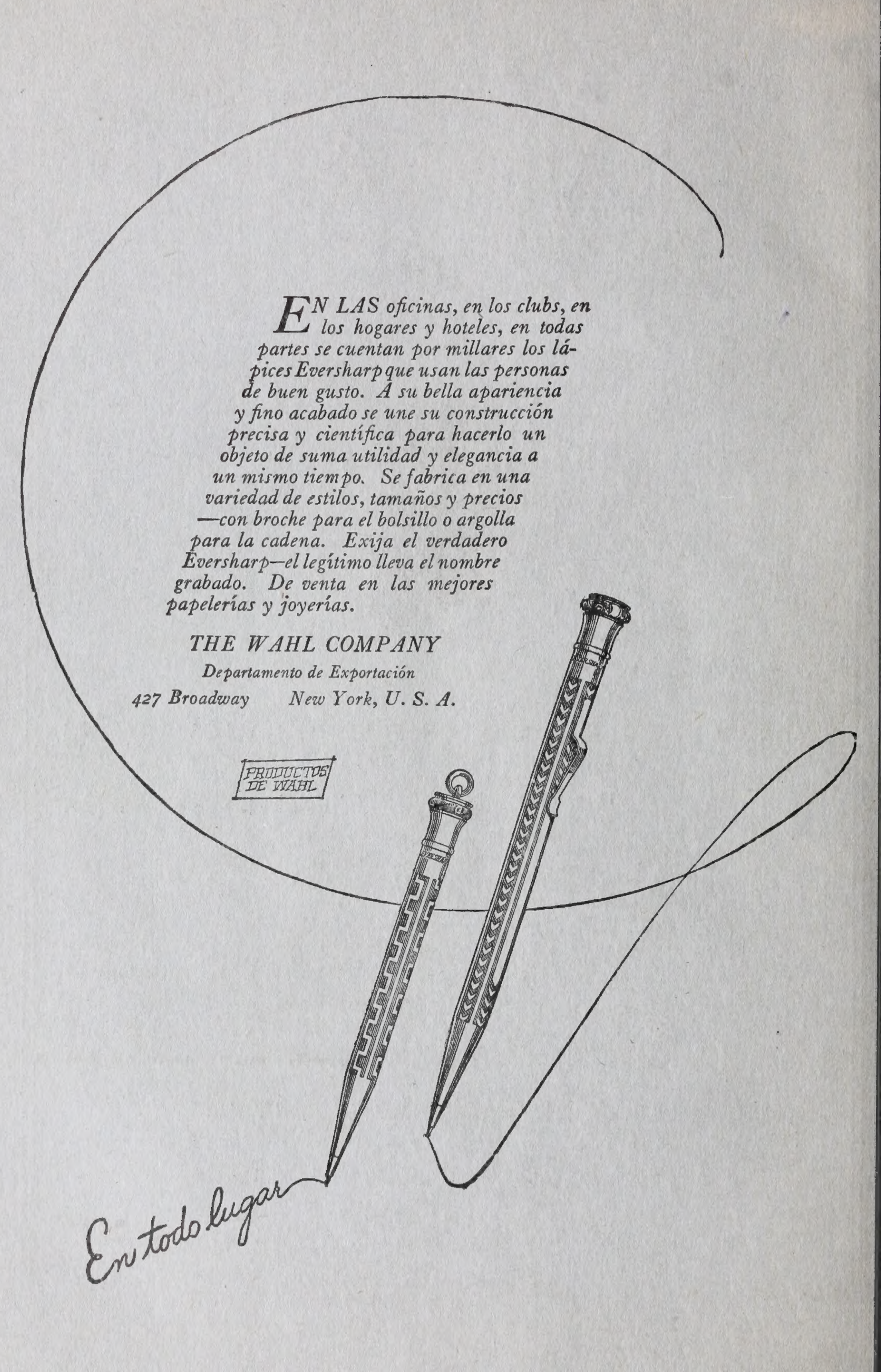
También usted puede hacer retratos como éste

El Aditamento Kodak para Bustos es un lente adicional que se ajusta sobre el lente corriente con que está equipada la cámara, modificando el foco, y permitiendo hacer retratos más de cerca, con toda corrección y del tamaño completo de la película como se observa en la ilustración.

EASTMAN KODAK COMPANY, Rochester, N. Y., E. U. de A.

KODAK ARGENTINA, Ltd.
Corrientes 2558, Buenos Aires

KODAK BRASILEIRA, Ltd.
Rua Camerino 95, Rio de Janeiro



EN LAS oficinas, en los clubs, en los hogares y hoteles, en todas partes se cuentan por millares los lápices Eversharp que usan las personas de buen gusto. A su bella apariencia y fino acabado se une su construcción precisa y científica para hacerlo un objeto de suma utilidad y elegancia a un mismo tiempo. Se fabrica en una variedad de estilos, tamaños y precios —con broche para el bolsillo o argolla para la cadena. Exija el verdadero Eversharp—el legítimo lleva el nombre grabado. De venta en las mejores papelerías y joyerías.
THE WAHL COMPANY
Departamento de Exportación
427 Broadway New York, U. S. A.
PRODUCTOS DE WAHL
En todo lugar